

Irany Mocha

REVISTA

SEMANAL



"EL TREBOL DE LA SUERTE"

Por Oscar Soldati

N.º 850





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, agosto 7 de 1928

N.º 850

EL FIN DE LA HIDRA, por Rojas



Pretende el monstruo, insaciable,
tragarse el rico filón;
mas San Jorge, inexorable,
hará rodar con su sable
la cabeza del dragón.

El alba vestía con tules de novia toda la campiña; la naturaleza despertaba lentamente. Un aura tiibia mecía el follaje de los árboles cercanos. Los pastos, temblorosos como de emoción, recibían inquietos aquella caricia blanda. Los "terros", cual si fueran liliputienses gauchos "compaurones", lanzaban desde los matorrales su estridente y jubiloso grito. Algunos potros, de flotantes crines, corrían libres por las llanuras y con sus agudos relinchos, iban quebrando la paz del ambiente casi diurno. Los gallos, sunanes del gallinero, hacían estremecer el aire con sus cantos, paseando su elegante sinueta con arrastres de ala ante el esponjamiento de las favioritas del harem.

Serían las cuatro de la mañana. Adentro del rancho, de pareces de ladrillo sin revoque y techumbre de "paja brava", recostado en el marco de la ventana que daba al campo, estaba don Floro, aquel criollo de barba medio cenicienta, de líneas severas y de mirada torva. Paso, desapercibida, para él, una carreta de crujientes ejes, que marchaba lenta, pesadamente, por el camino cercano. Tampoco oyó la lánguida "vidanita" que iba chiflando el carrero.

Don Floro, al mismo tiempo que contraía las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes, apretaba un cigarro de chala entre los dedos. Parecía estar mascando algo muy duro de tragar.

Al lado suyo, sentada en un sillón, estaba doña Jacinta, la que de vez en cuando se pasaba la punta del delantal por los enrojecidos ojos. Esto lo hacía en el mayor silencio, sin una queja.

En la alcoba contigua, alumbrada por una lámpara de mortecina luz, estaba en la cama Nicasia, la única hija de ese matrimonio gaucho, próxima a parir. Acompañaba la Fulgencia, una negra fiel y servidora.

Apenas uno que otro quejido se oía. La parturienta soportaba con estoicismo sus dolores, mordiendo, a veces, frenéticamente, una tohalla.

Mientras tanto, allá lejos, coloreábase el horizonte con los rosados tintes de la aurora.

Don Floro todavía no había cambiado de postura. Estaba como pegado a la ventana. Varias veces su mujer estuvo a punto de dirigirle la palabra y otras tantas veces se vió obligada a retroceder, pues un nudo invisible le apretaba la garganta. Ella conocía muy bien el carácter de su hombre y temía algo grave. El tiempo transcurría así... en silencio.

Después de muchas vacilaciones, haciendo un gran esfuerzo, con voz entrecortada, temblorosa, doña Jacinta dijo:

—¡Perdónala, Floro!

El no respondió nada, ni se dignó mirarla. Permaneció siempre en la misma posición, manteniendo aún el rostro hacia el campo, la mirada dura y el entrecejo fruncido. Y seguía también contrayendo las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes y apretando con violencia el cigarro de chala apagado entre los dedos.

Ella continuó hablando en tono lastimero:

—¡Pobrecita! ¡Cómo estará sufriendo! Ni se queja... ¡Aguanta todo, resina! ¡Perdónala, Floro! Cuasi que eya no tiene la culpa... Yo mesma soy la causante de lo

Tarde o temprano...

Por Valentín García Sáiz

que ha pasao. Debía haberla vigilao más cuando andaba di amores con ese sabandija. ¡Quién diría que Marcos s'iba portar asina, tan chanchamente, después de haberlo tratao como a un hijo! ¡Perdónala, Floro!... ¿La perdonás?

—A eya... ¡sí! — respondió secamente, el criollo, sin hacer el más ligero movimiento.

Hubo un nuevo silencio entre los dos. Por la mente de aquella criolla cruzó instantáneamente una escena trágica. Creyó que su marido estaba tramando la venganza contra el seductor de su hija.

—¡No vayás hacer un disparate, Floro! — le dijo — Mirá qu'entua-

licitado. Ella misma cortó el cordón umbilical.

Durante todo ese tiempo, don Floro permaneció rígido, indiferente a todo, como si estuviera adherido a la ventana.

Muy pronto la estancia sahumóse con el sacro perfume de la maternidad. El gran árbol humano tenía un nuevo gajo, enflorándose con el rumor alegre de sus vajidos.

La naturaleza, en ese instante, parecía asociarse a esa manifestación de vida. El campo entero se llenaba con las alegrías del amanecer, mientras allá lejos, en el oriente, aparecía el sol con su rubia y despeinada cabellera de luz.

DIALOGO EN EL CREPUSCULO

La noche vencedora tiende copiosos tules.

—Hermana, ya no veo las colinas azules.

—Ni mis ojos aciertan a discernir el nido que amáramos del árbol más bello suspendido.

—El color de tus ojos se esfuma.—Y la sonrisa de tu boca invisible...—¿Cómo sabes?—La brisa, temiendo deshojarla, se aquieta y enmudece.

—La forma de los cuerpos una hada desvanece.

—La vaguedad se expande, y en su regazo flota el alma del silencio. Rueda como una gota de luna en nuestras almas... Y es la melancolía del sosiego. ¡Armonía, armonía, armonía!

—Tu voz conmueve, hermana, cristales inauditos.

—Las voces son viajeras de espacios infinitos y en la hora sedante del véspero, difunden.

timbres en que la tierra y el cielo se confunden

—La sombra balbucea, los álamos suspiran...

—Oye las dulces fuentes; ¡sollozan o deliran,

—Cantan el mismo salmo con emoción diversa

—La noche se adormece; sonoridad dispersa

fluye del melodioso latido de las cosas.

—¿Quién sabe si al morir cantan las rosas!

—¿Ignoramos la voz de las cosas más bellas!

Y en el azul brillaban las estrellas...

Rafael Alberto ARRIETA

vía está a tiempo pa tapar la falta; que puede que guelva y se case...

El no contestó. Seguía mascando, mascando esa píldora dura de tragar.

De pronto asomóse a la puerta la negra Fulgencia, mostrando en una sonrisa ancha las dos hileras de sus dientes blancos, y, con grandes aspavientos, dijo:

—¡Patrona, prienda la vela al San Ramón!

Doña Jacinta levantóse presurosa del asiento, encendió la vela al santo, sobre la veladora, y de rodillas comenzó a orar.

Poco después la enferma lanzaba unos quejidos apagados, largos, hondos...

—No se queje m'hijita... tenga pasencia. ¡Aguante, pa eso semos mujeres!

Al rato, la misma comenzó a gritar toda azorada:

—¡La tijera!... ¡Pronto, la tijera!...

Doña Jacinta corrió a la pieza de la parturienta, llevando lo so-

—¡Macho!... ¡Venga'verlo, don Floro! — dijo la morena, asomándose por la puerta entreabierta.

Tampoco respondió él, esta vez. Ni siquiera movió los labios. Seguía estático. Pero en cambio en la cueva de su cabeza hormigueaba un sin fin de pensamientos feroces llenos de venganza.

—¡Tarde o temprano me las voy pagar! — dijose al fin, al tiempo que apretaba nerviosamente el cigarro que tenía entre los dedos.

Con la uña larga del meñique izquierdo, tiró la ceniza del pucho. Encendió el yesquero y luego comenzó a "pitar" con parsimonia.

Hacía más de una hora que estaba solo. De pronto abrióse la puerta que daba a la alcoba de la enferma y apareció doña Jacinta trayendo en brazos al niño desnudo. Sin miedo alguno, detúvose ante don Floro, y acomodó bien al recién nacido sobre sus manos como si descansara en una bandeja. Luego, sonriente, alzó bien alto los brazos, y a modo de ofrenda, dijo-le a su esposo:

—¡Mirálo Floro, qué lindo es!

El apenas movió la cabeza. En el rostro del criollo, no se reflejaba ni la menor sorpresa. Miró a su mujer y después al niño, el que seguía durmiendo con una sonrisa dulce entre los labios.

—¡A verlo! — dijo de pronto con voz sorda, mientras tomaba con sus manoplas aquel montoncito de carne recién salida del crisol humano.

Lo acercó a la ventana para que la luz le diera de lleno en el rostro. En ese instante, el niño abrió los ojos, hizo unos pucheros y comenzó a llorar.

Don Floro, mientras tanto, lo contemplaba como asombrado, casi sin pestañear.

—Tiene el pelo a lo inglés... los ojos azules... ¡ni parece nacido en el país! — dijo, para sus adentros con íntimo desprecio.

—¡Tráilo que toma frío! — rogó doña Jacinta.

—Ya te lo vi'a dar...

—¡Tráilo!... — repitió su mujer medio asustada al ver el semblante demacrado de su marido y la mirada terrible que le dirigía al pequeño.

El, pausadamente, dijo:

—Lindo gurí... ¡Lástima que se parece a Marcos!

En seguida alzó con violencia el brazo izquierdo, aferrando con los grifos de sus dedos al tierno niño. Lo miró fijamente unos segundos, sin escuchar su llanto. Favorecido por la caída del poncho, llevó la diestra a la cintura y cautelosamente, sin ser visto, fué desenvainando la daga.

Doña Jacinta permanecía inmóvil. El miedo la había hecho enmudecer y corrióle un frío por la garganta. A pesar de todo, no perdía de vista a su marido; estaba atenta, pendiente al más mínimo gesto o ademán.

Cuando él, fuera de sí, pretendió hundir la daga en el pecho de la criatura, ella, cual si fuera una tigra, dió un tremendo salto y de un zarpazo, le arrebató la presa. Entre ellos se cambiaron unas miradas trágicas, con las facciones descompuestas.

Ambos pechos estaban en suspenso; ambas lenguas estaban como trabadas; ambos estaban como petrificados.

Inesperadamente sonó una voz lánguida de la otra pieza:

—¡Mama, traigameló!

—Ya voy m'hija.

Doña Jacinta antes de dar la espalda a su esposo, le dijo en voz baja, ahogada por la emoción:

—¡Bárbaro!... ¡Qué ibas'hacer!

—Nada mujer... ¡Jué una broma!... — respondió. — Jué pa asustarte.

En seguida se marchó doña Jacinta a la pieza de su hija, cantando un arroró al niño que lloraba en la cuna de sus brazos.

Pasaron varios años. Nadie se enteró de esa escena bárbara. Con el tiempo, el carácter adusto de don Floro se fué trocando poco a poco en una bondad sin límites y en un acendrado cariño hacia todos los suyos. El niño crecía al calor de los mimos de la madre y de los abuelos. Ya estaba próximo a cumplir los cinco años.

Con todo, doña Jacinta no cesaba de vigilar a su marido, pues aún no le merecía toda su confianza. Temía ser sorprendida el día menos pensado con un arrebatado de su cólera. El, por su parte, también

se había dado cuenta de la vigilancia de que era objeto.

Cierta vez don Floro dijo a su mujer:

—No tengas miedo... No le voy a hacer nada. ¿Qué culpa tiene el pobre inocente? En cuanto a Marcos... ¡ese sí que me las pagará tarde o temprano!

—¡Pero Floro!... ¿entavía tenés malas ideas después de tanto tiempo? ¡Andá a saber que será de la vida de Marcos! ¡A lo mejor ha muerto!

—Ya me lo he jurao... Tarde o temprano... — rumió él.

—Dejate de sonseras, ¿querés?... Estás chocho, ni sabés que hacer con el gurisito. Si no fuera rubio, sería tu mismo retrato. Tiene la nariz repingada y los ojos encapotaos como vos.

Hubo un silencio y al rato él dijo:

—¿Sabés una cosa, vieja?

—¿Qué?

—El otro día me dijeron que Marcos estaba empleado de guarda por la frontera.

—¡Floro!... — ¡Sé prudente!... ¡No vayás hacer un disparate!

—Tené pasencia. Hace cinco años que lo ando campiando. Ya lo he jurao...

—¡Floro!...

—Tené pasencia... — dijo y calló.

Hacía mucho tiempo que don Floro vivía alejado de todo centro de reunión. No visitaba a nadie. Si alguna persona conocida llegaba a "las casas", él trataba de "sacarle el cuerpo". A veces, cuando doña Jacinta le instaba para que concurriera a tal bautismo o casamiento a realizarse entre sus amistades más íntimas, él siempre respondía de mala gana.

—¡Pero vos te crés mujer, que yo tengo cara de presentarme delante de la gente, después de lo que ha pasao con m'hija?

En el pago se iba a realizar unas carreras de importancia. Don Floro había resuelto presenciárselas. Hacía varios años que no experimentaba las emociones de esa su diversión favorita.

Llegó al fin el deseado día. Don Floro ensilló su "pingo" y se marchó con el cinto repleto de "doradillas".

La mala suerte quiso que, un par de leguas antes del punto de reunión donde se iban a celebrar las carreras, se encontrara con Marcos. Ambos, al verse, sofrenaron los caballos a corta distancia, cruzándose una mirada llena de asombro.

Don Floro encogióse de hombros, desfrunció el ceño, adoptó una sonrisa y le dijo con bastante dulzura:

—Marcos...

—¡El mismo! — contestó con altivez el mozo.

—Pero... ¿sos vos, Marcos?... ¡Cuántos años que no te veía! Te creíamos muerto. ¿Qué es de tu vida muchacho? ¿Pa onde vas?

El gauchito bastante desconcertado ante tan humildes palabras, no supo que contestar. Al rato, sin darse cuenta, dijo:

—Voy pa las carreras.

—Pa ya mesmo voy yo.

—¿Va pa'ya?... Entonces...

—Vamos... Parece que van a'star muy lindas.

—Asigún las mentas...

—Vamos diendo, pues...

—¡Qué Marcos éste!... Parece que nos olvidaste del todo. Dend'el

día que te juiste la pobre Nicasia quedó sufriendo; entavía no te ha olvidao. La vieja y yo, con frecuencia nos acordamos de vos.

—¿Qué quiere?... ¡Cosas del destino, don Floro!

—¡Qué destino, ni destino! Decí locuras de muchacho. ¿Vos te crés que yo también no hice locuras de

sito una güena persona al lado mío.

—Don Floro... ¿qué güeno es usté!

—¡Si vieras que lindo gurisito tuvo Nicasia! Es tu mismo retrato. Tiene el pelo a lo inglés como vos; los ojos bien azules... Es tu figura en pinta.

¿QUIEN TRIUNFA EN LA VIDA?

—¿Quien triunfa en la vida? — preguntó una voz cansada.

Y una respuesta salió de la multitud:

—El oro.

Pero el viejo replicó:

—El oro es estiércol; no es un triunfo, pero sí es derrota, porque es el símbolo de la traición, de la bajeza, de la ruindad. El hombre lo sacó de las entrañas de la tierra para pagar su egoísmo.

De la multitud salió una voz enérgica, resonante, bravia:

—En la vida triunfa la espada.

Mas la cascada voz dijo:

—Sois demasiado niños. La espada es símbolo de la destrucción, de la propia derrota. La espada que apunta al semejante, que quiere herir al propio corazón. Todos los grandes por su espada, han caído bajo el filo de otra espada.

Y otra respuesta se levantó de la multitud. Cuatro o cinco dijeron a coro:

—En la vida triunfa la belleza.

Pero el anciano exclamó:

—La ilusión es ciega, estáis en el principio de vuestra vida. Toda belleza es efímera. Toda beldad declina. Toda grandeza acaba. Todo resplandor toca a su ocaso.

Del seno de la multitud brotó un murmullo que fué creciendo, alcanzando ímpetus de huracán y estalló en un terrible grito como trueno, que dijo:

Nosotros triunfamos; la multitud triunfa; el pueblo triunfa.

Pero el viejo estaba impasible, y con voz aun más cansada y fría que su propio ser, habló:

No sois vosotros, no es la multitud la que triunfa, tras de vosotros están los triunfadores, vosotros sois el arma, sois el instrumento.

Y él hizo un silencio grande como la calma del mar.

La mirada del viejo escrutadora en el fondo de las almas y en todas leía la duda y la congoja.

Y levantando su voz, dijo:

—Pocos son los que triunfan en la vida, es verdad. Mas todos llevan el germen del triunfo. Los más lo desperdician y lo aplastan con los pies como la uva en el lagar. En la vida triunfan los constantes. Es en vano que iniciéis vuestro perfeccionamiento sin constancia. Toda obra emprendida sin auxilio vana es, porque será tan sólo un fuego que se apagaría una mañana. La constancia es fuente de sabiduría y de santidad. En la vida existen dos clases de hombres que triunfan: los sabios y los santos, mas éstos son los verdaderos triunfadores porque la santidad es la gran sabiduría. El santo es el hombre más sabio porque se ha conocido y se ha perfeccionado, y es el verdadero triunfador.

Oscar WILDE.

mozo? Tuitos hemos hecho nuestras diabluras. Si vos me hubieras habiao como hombre, las cosas se hubieran arreglado de otro modo. Yo les hubiera hecho hacer unos ranchos, les hubiera regalao un pedazo de campo y unas cuantas ovejitas pa que lo poblaran...

—Reconozco, don Floro, que m'he portao con ustedes puercamente.

—¡Cosas de muchacho sin cabeza, nada más! Si hubieras sido franco, hoy serías el hombre de mi confianza. Ya voy pa'viejo y nece-

—¿De veras, don Floro?

—¿No sabías nada?

—Malisíaba...

—Vos hiciste las del tordo... hiciste las mismas locuras que hemos hecho todos. Mirá... — díjole de pronto, deteniendo la marcha de tu caballo. — ¿Vamos a no dir a las carreras? ¿Te animás a venir conmigo hasta casa? Asina conocés a tu hijo. No te van a recibir mal... ¡En medio de todo, ya hace tantos años!... Tuitos te han perdonao.

Vení, da güelta; vamos pa mis ranchos.

—¿Qué van a decir de mí, don Floro? ¡Yo me he portao tan mal con ustedes!

—Dejá que todo corra por mi cuenta. Ya vas a ver como tuito se va'arreglar.

Desandaron el camino y llegaron a "las casas", ante la estupefacción de todos.

Aparentemente, todo parecía haber quedado en la más perfecta armonía. Marcos los visitaba con frecuencia, y era tratado igual que antes, como cuando era novio de Nicasia. No tardó en habiarse de casamiento. Un buen día el mozo trajo sus "cacharpas", hizo abandono de su empleo y se quedó en la estancia. Las tareas a realizarse requerían muchos brazos. Todo permanecía en el más completo abandono. Don Floro había perdido hacia tiempo, hasta las ganas de trabajar.

Allí todo era desidia. El potrero estaba lleno de abrojaes. Al fondo del campo, por donde pasaba el camino, límite de su heredad, enseñoreabase las chilcas y los cardos.

Las cañadas estaban lampiñas, huerianas de agua. Se habían perdido muchas ovejas ese año y el ganado vacuno se moría, sin que se tomara medidas para evitar el mal. Solamente en una extensa hondonada, en la que había un poco de verdor, pacía el ganado, cuanto como para mantenerse de pie. Los rigores del verano amenazaban con una sequía interminable a toda la hacienda.

El campo asemejábase entonces a un inmenso poncho de vicuña extendido sobre la tierra. Tal era la impresión que daban los pastos resecos, los que, a la menor pisada, quebrabanse como si fueran varillas.

Cierta tarde, don Floro, aprovechando la ausencia de su familia, convidó a Marcos para hacer una recorrida por sus dominios. Ensilieron y partieron al tranco, conversando sobre cosas triviales del ambiente en que vivían.

Don Floro, en silencio, contemplaba con tristeza el panorama yermo que ofrecían las tierras con sus pastos resecos. Luego, díjole a su acompañante pausadamente:

—Año malo va'ser éste... ¡Qué pena, como muere el ganao!...

—¡Devera, es una lástima! — contestó Marcos.

—Ni tiene miras de cáir agua. El arroyito se ha seco más de un mes... En las cañadas no hay ni una gota... ¡Hasta el pozo va en camino de secarse!

—Me parece que áhura, don Floro, ta soplando un vientito medio cargao... ¿no s'estará armando el tiempo?

—¿Qué va'llover! ¡Ni que metan veinte San Antonios cabeza pa abajo n'el pozo!

Y así, unas veces silenciosos y otras "prosiando", emplearon varias horas, en la recorrida, bajo un sol ardiente. La palabra se les hacía cada vez más pesada y salía de sus labios con intermitencias. Los caballos iban casi juntos; muchas veces chocaban los estribos. Solamente se detenían para reconocer algún animal muerto, exclamando condolido el dueño:

—¡Lástima no poder evitar esto! ¡La muerte se va colando por mi campo como si fuera viento!

Llegaron al fondo, al codo formado por el camino. Revisaron va-

rios postes del alambrado, cerraron una portera y luego, lentamente, fueron atravesando el inmenso chilcal. Don Floro iba ensimismado; aparentaba estar poseído por una idea fija. Varias veces Marcos le dirigió la palabra, y él apenas si le contestaba con monosílabos, o con uno que otro movimiento de cabeza. Su rostro habíase tornado de pronto intensamente pálido; la mirada era torva, y, de vez en cuando, apretaba las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes. También oprimía con violencia el pesado "taler" que llevaba en la diestra. De pronto sofrenó el caballo, irguió el cuerpo y señalando un bulto a lo lejos, le dijo al mozo:

—Mirá pa ya... El torito pampa n'el suelo.

—¿Onde?

—Ahí nomás... Entre esos cardos...

Cuando el mozo dió vuelta la cabeza, don Floro enarboló el "taler", y con todas sus fuerzas, le asestó en la nuca un golpe brutal.

Desplomóse Marcos del caballo sin pronunciar palabra. Cayó boca arriba, sin sentido. El agresor, con gran presteza apeóse. Después de contemplar breves instantes al caído, desenvainó la daga con la idea de "despenarlo".

—¡Yo me lo había jurao que tarde o temprano me las ibas a pagar! —dijo pausadamente.

Con la daga empuñada y el sombrero en la nuca sostenido por el barbijo, miró al largo camino que se extendía a su frente. De un vistazo, a la redonda, fué escrutando las lejanías, para convencerse si realmente estaba sólo.

Nuevamente contempló a Marcos, y en tono áspero, dijo sentenciosamente:

—¡No merecés morir asina!... ¡No!... ¡Vos me has hecho sufrir mucho más!...

Paseó aquélla su mirada de lince por el vasto chilcal, y uniéndose a una idea repentina la acción, comenzó a cortar chilca con su filosa daga.

A cada golpe que daba, una mata caía la suele. Fué así, promontorió. Después, a grandes brazadas, comenzó a desparramaria sobre el cuerpo de Marcos, que permanecía inerte. Lo cubrió totalmente con un espesor de más de un metro. En seguida le encendió fuego por las cuatro puntas, como si fuera a velarlo. La chilca comenzó a arder rápidamente, lo mismo que algodón. Crepitaban las ramitas en complicidad con la fuerte brisa que empezaba a soplar. Algunos cardos ressecos también ardían y sus alcahofas explotaban al igual que cohetes.

Don Floro, se vió obligado a retirarse unos cuantos metros, pues el calor era intenso y sofocante.

Allí permaneció enhiesto, con los brazos cruzados, contemplando su obra con una serenidad pasmosa. Pero en su faz, de un amarillo mate, no se reflejaba la sonrisa macabra del bandolero vulgar que contempla satisfecho el fruto de su perversidad.

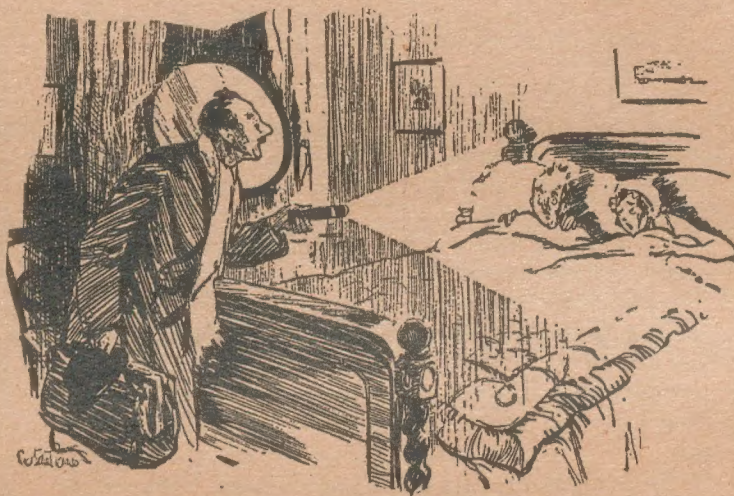
Los caballos encillados, huyeron

despavoridos sin rumbo; y uno de ellos, pasó rozando las llamas, dando enormes corcovos, como si sintiera el peso de la muerte, enhorquetada sobre el lomo.

La quemazón se iba extendiendo en proporciones alarmantes, amenazando incendiar todo el chilcal. Grandes torbellinos de humo denso dilatábanse y ascendían en caprichosas formas para luego ser arrastrados por el viento. La at-

serenidad imponente. Su esbelta silueta parecía alargarse a medida que el tiempo transcurría al lado de aquellos fantásticos resplandores. De pronto todo su cuerpo experimentó una sacudida y por su piel le corrió un erizamiento.

Cómo si despertara de un sueño, Marcos incorporóse en medio de aquella hoguera. Don Floro le vió dar varios saltos, echarse a correr entre las llamas con los brazos



EL INTRUSO, CON TODA CORTESIA. — No se alarmen. Esto solo ha sido para demostrar lo fácilmente que pueden entrar los ladrones en los domicilios que no disponen del aparato de alarma que tengo el honor de representar... Permitame que les muestre los diversos modelos que fabricamos...

mósfera se hacía cada vez más ardiente, sofocante, como si aquéllo fuera la boca de un enorme horno. A lo lejos, el sol iba escondiendo su testa cercada por nubes rojizas. En el horizonte, parecía que estaban estampados los reflejos del incendio.

Nuevamente don Floro, se vió amenazado por el fuego y tuvo que retirarse a gran distancia para no ser víctima del voraz elemento. Con los brazos cruzados seguía contemplando aquel espectáculo con una

abiertos, como si se hubiera clavado de una cruz. Después de unos pasos inseguros le vió caer con horribles contorsiones entre las brasas. Todo esto lo contempló con los ojos desmesuradamente abiertos, impávido, aterrado. Al rato el aire quedó impregnado con el olor pestilente de la carne quemada.

Fué entonces cuando don Floro hizo una mueca repulsiva; descurrió los brazos y miró las llanuras que en ese momento estaban amortajadas por las sombras de la

noche. Levantó la cabeza para observar el cielo, y sus pupilas se cansaron de "campiar" estrellas. Luego miró a lo lejos, al noroeste, donde los linternazos sucesivos de los relámpagos de plata, iluminaban un lejano horizonte, el cual, por momentos parecía rasgarse en caprichosas formas.

Y llegaron los truenos unos encima de otros, como si fueran la disparada de una gran tropilla de caballos dotada de poderosos cascos. Cuando las descargas eléctricas de la atmósfera abrían un paréntesis de silencio, de las hondonadas llegaba el mugido de algunos toros bravos y los balidos desesperantes de las ovejas, que corrían dispersas de un lado para otro, sin saber que dirección tomar.

Mientras tanto, el chilcal ardía impetuosamente. El alambrado de cinco hilos, que quedaba sobre el camino, estaba completamente enrojecido en una gran extensión, asemejándose a un pentagrama fantástico. Algunos postes rotos, carbonizados ya, pendían como si fueran en él, las notas musicales.

De pronto, comenzaron a caer, de trecho en trecho, unas gotas gordas de agua. Varias golpearon en el rostro de don Floro, y otras fueron escurriéndose entre los hilos grises de su barba.

—Esta agüita, viene como aníyo al dedo, — dijo para sí el criollo, al mismo tiempo que contemplaba aquella enorme masa ignea, que se debatía en una lucha desesperante, entre densas humaredas y chirridos, contra el agua que caía a torrentes.

Ensimismado y cabizbajo, disponíase don Floro a salvar la distancia que mediaba hasta "las casas", en medio de aquella obscuridad, cuando fué sorprendido por los gritos desesperantes de un "terutero" que avanzaba en dirección a las llamas con las alas extendidas, azoado por el humo y la quemante atmósfera.

En ese instante, todo el cordaje del alma simple de aquel viejo gaucho experimentó un estremecimiento. Todo su ser llenóse de una gran piedad por aquel animalito que irremediamente sería achicharrado por las llamas. Don Floro no vaciló. Exponiendo su vida, corrió a salvar al "terutero". Cuando estiró el brazo para cogerlo, una lengua de fuego le envolvió el rostro, quemándole parte de la barba y las cejas.

Don Floro estaba aún allí, teniendo entre sus manos al "tero", el que agitábase en un continuo temblor. Mientras le prodigaba caricias, poseído de una ternura infinita, más de una lágrima, salió de sus ojos para caer y luego resbalar sobre aquel sedante plumaje; y también más de una vez, murmuró entre sollozos:

—¡Pobre bichito!... ¡Cuasi que pagás las culpas d'ese hombre malo!... ¡Yo me lo había jurao que tarde o temprano!...

EL RATON Y EL GATO

Ante su enemigo fiero,
un gatazo tunantón,
solapado y marrullero,
así decía un ratón
asomado a su agujero:
—Si el mismo soplo divino
nos dió la vida a los dos,
¿por qué estorbás mi camino?
¿por qué has de ser mi asesino?
¡Gato, por amor de Dios!
¿Por qué perseguirme así?
—Si quieres charlar un rato, —
ratón, acércate a mí.
—Gracias, estoy bien aquí.
No me la dá ningún gato.
—Perjudicarte no quiero,
sal de tu obscuro agujero.
—Perdona que me resista.
Yo soy un contrabandista
y tú eres carabinero.
Alimento no me dan,
señor gato, y yo, por eso,
en cuanto a dormir se van,
busco miguitas de pan
y cortecitas de queso.
Pero tú eres un ladrón
que roba por afición,
y aunque te dan tu comida,
si algo ves sobre el fogón,
le echas la zarpa en seguida.
¿Por qué me has de perseguir

en cuanto llego a salir?
Ya que nadie lo mantiene,
¿un pobre ratón no tiene
el derecho de vivir?
Protestando del destino,
yo de mi suerte abomino,
y por abuso no paso.
¡He dicho, señor minino,
y me escondo, por si acaso!
El gato se sonrió,
relamiéndose de gusto,
los bigotes se atusó
y al ratón, muerto de susto,
de este modo contestó:
—Contra el alarde insensato
de tu discurso barato,
con esta razón replico:
Si fuera el gato más chico
que el ratón, ¡pobre del gato!
No discurras, imprudente;
con tu discurso elocuente,
escóndete en tu agujero
y no busques, inocente,
justicia en el mundo entero.
Desengáñate, simplón:
la fuerza aquí es la razón,
y en este mundo insensato
es preciso nacer gato.
¡Lo triste es nacer ratón!

Vital AZA.

Fué algo curioso — explicó el preceptor; — uno de esos incidentes extraños que no ocurren dos veces en una misma existencia y a causa del cual perdí una situación que seguramente no volveré a encontrar.

No sé si conoceréis bien la región de los Midlands, regada por el Avon. Es el sitio más "inglés" de Inglaterra. Nos dió a Shakespeare, que fué la flor de nuestra raza. Tierra de abundantes y nutritivos pastos para el ganado, forma al Oeste la llamada "Altura de Malvern". No hay en ella ciudades, sino pueblos más o menos grandes, todos con su campanario de piedra gris.

En el centro de la región y no muy lejos de Eversham vivía sir John Bollamore en su vieja mansión ancestral de Thorpe Place, a donde había ido yo para encargarme de la educación de sus dos hijos. Sir John era viudo; su mujer, muerta tres años antes, le había dejado dos niños de ocho y diez años, respectivamente, y una niña de siete, cuya institutriz, miss Whitherton, es actualmente mi esposa.

¡Un preceptor y una institutriz! ¿Puede haber mejor prólogo para un matrimonio?... Esto es lo que gané al ir a Thorpe Place.

La casa era muy vieja, de estilo prenормando en ciertas partes. Los Bollamore tenían a orgullo el declarar que se habían establecido allí antes de la conquista.

Al llegar, me dió frío al ver esos muros grises, de espesor enorme, esos bloques de piedras verduzcas de los que se desprendía un fuerte olor a humedad.

Excepto los criados, bastante numerosos sólo cuatro personas constituían la alta servidumbre de la casa: mis Whitherton, de veinticuatro años y tan encantadora como sigue siendo Mrs. Colmore; yo, Frank Colmore, de treinta y cinco años; Mrs. Stevens, la gobernanta, persona taciturna y reservada, ya de cierta edad y Mr. Richards, de aspecto militar que dirigía, como una especie de mayordomo-administrador la propiedad de Bollamore. Comíamos juntos; sir John lo hacía generalmente en la biblioteca, aunque a veces honrase nuestra mesa con su presencia. A decir verdad, aquel honor no nos agradaba mucho, porque su persona tenía algo de formidable.

Imaginaos un hombre de cerca de dos metros de altura, con espesas cejas y barba mefistofélica, cortada en punta. Sus ojos grises tenían una expresión extraña, a la vez de ternura y desesperación. Aunque algo encorvado por el estudio, conservaba aún para su edad — cincuenta y cinco años — todos los atractivos físicos que pudiera desear una mujer.

Jamás he vivido tanto tiempo cerca de un hombre sin conocerle menos. Cuando no salía, reclinaba en sus habitaciones de la torre de Este o si no en la biblioteca que formaba parte de la construcción moderna.

La regularidad de sus costumbres permitía saber a cualquier hora el sitio en que se encontraba. Dos veces al día subía a su gabinete de trabajo: después del desayuno y al terminar la comida, a eso de las diez.

El resto del día, sir John se encerraba en su biblioteca, excepto después de las doce en que salía

LA CAJA DE LACA

Por Arturo Conan Doyle

una o dos horas para andar a caballo, solitario siempre.

Transcurrió algún tiempo sin que yo supiera nada del pasado de sir John Bollamore, porque Mrs. Stevens y Mr. Richards eran dema-

había tirado al agua para salvarle.

Extenuado, chorreando, más trastornado que el mismo niño, me dirigía a mi cuarto, cuando sir John atraído por el rumor de las voces

desde hacía tres años a excepción de una sirvienta que arreglaba la habitación. La pieza era redonda, baja de techo, con una sola ventana que festoneaba la hiedra y amueblada muy sencillamente. Una alfombra gastada, un sillón, una mesa y un estante con libros constituían todo su lujo. Sobre la mesa había un retrato de mujer, de cuerpo entero, y, además, una caja de laca negra y uno o dos montones de cartas y papeles sujetos por unas gomas.

No hablamos casi porque sir John se dió cuenta de que yo estaba chorreando agua y necesitaba cambiarme las ropas.

Pero esta aventura me proporcionó una interesante conversación con Richards. Este no había entrado nunca en la habitación cuya puerta me había abierto la casualidad. Ardiendo en deseos de saber algo, vino a mi encuentro esa misma tarde y nos paseamos por el jardín mientras mis dos alumnos jugaban al "tennis".

—No se imaginará usted nunca que acaba de hacer sir John en favor suyo. — Esa habitación ha hecho nacer en los habitantes de la casa una especie de terror supersticioso. Si le fuera a contar a usted todo cuanto se dice al respecto — ruidos misteriosos, voces que han oído los criados — sospecharía usted que sir John había vuelto a sus antiguos hábitos.

—¿Qué hábitos? — pregunté.

—¿Es posible que ignore usted los antecedentes de sir John Bollamore? — me preguntó.

—En absoluto — contesté.

—No creí que las ignorase ningún hombre en Inglaterra, y me cuidaría muy bien de hablar de ello si no fuera usted de los nuestros y si, al callar los hechos, no le expusiera a que se los presentasen un día bajo una forma menos atrayente. Siempre he creído que usted había entrado en casa de Bollamore "el Diabolo" enterado de todo.

—¿El Diabolo?

—¡Ah!... Usted es joven y el mundo va ligero. Hace veinte años, Bollamore, llevaba uno de los nombres más conocidos en Londres y estaba a la cabeza de la más divertida sociedad. Jugador, bebedor, encarnaba el último sobreviviente del antiguo tipo y era de los más malos entre los peores.

—¿Cómo! — exclamé. — ¿Ese hombre tranquilo, estudioso y triste?

—¡El más perfecto libertino, el mayor degenerado de Inglaterra! Que todo esto quede entre nosotros, ¿eh, Colmore?

—¿Y quién le transformó en lo que es actualmente?

—La pequeña Beryl Clare el día en que aceptó el riesgo de ser su esposa. Había llevado sir John las cosas a tal extremo que acabaron por negarle la entrada en todos los salones aristocráticos.

Entre un hombre que bebe y un ebrio, existe un abismo. Toda esa gente bebe, pero cierra sus puertas a los ebrios. Sir John se había convertido en el esclavo de su vicio.

Beryl intervino en ese momento y vió que, por bajo que hubiera llegado, aún había en Bollamore algo de bueno. Corrió, como he dicho, el riesgo de casarse con él cuando hubiera podido elegir entre docenas de pretendientes mucho mejores. Le hizo volver al esta-

OBSEQUIO Dos grandes productos nacionales

KALISAY



es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.

El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 mn. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cía., Lda. (S. A.)

24 de Noviembre 480, B. Aires.

Deseando recibir el Estuche que anuncian, acompaño \$ 0.50 centavos.

Nombre

Domicilio

Localidad

F. C. Provincia

F. M.

siado leales para hablar de los asuntos íntimos del patrón.

En cuanto a la institutriz sabía tanto como yo y nuestra común curiosidad fué una de las cosas que nos acercaron.

Ocurrió, al fin, un incidente que me hizo trabar más amplia relación con Richards y por ahí entrever un poco de la vida del hombre que utilizaba mis servicios.

Ese incidente tuvo por causa inmediata la caída de Percy, el menor de mis alumnos, en el canal del molino, y el peligro de muerte que corrimos uno y otro porque yo me

abrió la puerta de su gabinete y me preguntó qué era lo que ocurría. Se lo dije, asegurándole que el niño estaba perfectamente bien. Me escuchó sin que en su rostro se contrajese un solo músculo, pero la intensidad de la mirada y la contracción de sus labios traicionaban la emoción que se esforzaba en ocultar.

—Entre... Aunque sea un momento... Deme algunos detalles— dijo.

Así entré en el pequeño santuario en donde — lo supe en seguida — nadie había puesto los pies

do de hombre y al sentimiento de su dignidad.

—¿Y aún le tiene ella bajo su influencia?

—Ese es el milagro. Cuando murió, hace tres años, todos creímos que sir John volvería a su antiguo vicio.

Ella también lo temía y ese temor hacía su muerte más terrible porque era el ángel guardián de ese hombre y sólo vivía para una idea. A propósito: ¿ha visto usted en el gabinete de sir John una caja de laca negra?

—Sí.

—Yo creo que ahí guarda las cartas de su esposa.

Cuando se aleja, aunque no sea más que por una noche, se lleva la caja. Le he dicho a usted, Colmore, mucho más de lo que hubiera debido decirle, pero espero que usted tendrá la misma confianza conmigo, si alguna vez llega a ocurrir aquí algo interesante.

Comenzaba a entender la extraña expresión de sus ojos y los profundos surcos de su rostro.

Mientras yo le observaba ir y venir por los corredores o el jardín, me parecía que un espíritu maligno iba detrás de él, esperando el primer minuto de debilidad para arrojarle sobre él.

Y la mujer muerta, la que había consagrado su vida a preservarle del peligro, se presentaba también a mi imaginación y la veía tendiendo sus brazos protectores al hombre a quien amaba.

Una adivinación sutil advirtió a sir John de la simpatía que me inspiraba y supo, a su modo, y sin apartarse de su silencio, demostrarme que era sensible a ella.

Una tarde me invitó a compartir su paseo y si apenas cambiamos diez palabras, me dió con aquella invitación una prueba de confianza que hasta entonces no había dado a nadie.

Me pidió también que hiciese el catálogo de su biblioteca, que era una de las mejores de Inglaterra. Así que pasé bastantes horas en su presencia: él, leyendo; yo, anotando uno por uno todos los libros y poniéndolos en su debido orden.

Un incidente vino a trastornar mis sentimientos y cambiar mi simpatía en repulsión, probándome que Bollamore era siempre el mismo, pero más hipócrita.

Miss Whitherton tuvo que ir una noche a Broadway, el pueblo vecino, donde cantaba en un concierto de caridad. Yo fui, según mi promesa, a buscarla para acompañarla hasta allí. La gran avenida da vuelta a la torre del Este y observé al pasar que había luz en la habitación.

Estábamos en verano y la ventana se hallaba abierta. Entretenidos por la conversación, nos habíamos detenido al pie de la torre. De pronto, algo interrumpió nuestra charla: era una voz, una voz de mujer. Hablaba tan bajo que no la hubiéramos oído sin la absoluta calma del ambiente. Pero por apagado que fuera su timbre, no había duda de que era una voz femenina. Hablaba precipitadamente, con frases entrecortadas, breves. Miss Whitherton y yo nos miramos asombrados y luego nos dirigimos hacia la puerta del vestíbulo.

—La voz viene de la ventana — observé yo.

—No hagamos el papel de esnifados — dijo mi compañera — y olvidemos lo que hemos oído.

Manifestaba tan poca sorpresa, que le pregunté:

—¿Ha oído usted otra vez esa voz?

—Bien a pesar mío y a menudo, porque duermo en el otro piso de la torre.

—¿Quién podrá ser esa mujer?

—No tengo la menor idea... Pero no hablemos más de ello, se lo ruego.

Por su acento, adiviné lo que pensaba.

Pero aún, admitiendo que sir John llevaba una vida doble, du-

extraordinario disimulo y lo hábilmente que ocultaba su verdadera personalidad.

Muchas veces, al mirar aquel rostro tan austero, preguntábame cómo podía ser que aquel hombre llevase una doble existencia, y traté de convencerme que mis sospechas no eran infundadas.

Y sin embargo, aquella voz femenina, aquella cita por la noche en la habitación de la torre... ¿cómo dar a esos hechos una inter-

MI SOBRETUDO

¡Oh, tú, mi sobretodo, mi buen amigo!
Tú que en mejores tiempos, cuando servías,
me cubriste en glaciales noches sombrías
y has sido de mi vida mudo testigo.

Antes a todas partes ibas conmigo;
la vejez de mis fluxes tapar solías,
y en las noches de duelo y en las orgías
me serviste de cama, colchón y abrigo.

Eras mi camarada, mi compañero;
por calmar mis pesares te llevó el hado
a las manos terribles del usurero.

Y hoy, grasiento, sin forros, roto y ajado,
te miro suspendido de mi ropero
como triste despojo de mi pasado.

Antonio G. MANRIQUE

dosa, ¿quién era aquella misteriosa mujer que le hacía compañía en la habitación de la torre?

Mrs. Stevens ejercía sobre todos una vigilancia severísima. La visitante no era de allí, pero ¿de donde venía?

Se me ocurrió después la idea de que en una casa tan antigua no sería extraño que existiese un pasadizo secreto. El gabinete de sir John ocupaba la parte baja de la torre, de manera que, según mi hipótesis, el pasadizo debía tener entrada por el piso.

Los alrededores de la mansión no estaban escasos de "cottages" y seguramente la otra entrada del pasadizo debía abrirse entre los setos espinosos.

No dije nada a nadie, pero comprendí que había adivinado el secreto de sir John, admirando su

pretación inocente?... La hipótesis de sir John me dió horror y repugnancia a un mismo tiempo.

Una sola vez, en el transcurso de varios meses, se presentó ante mí sin la máscara de indiferencia con que siempre le veían los que le rodeaban.

Adiviné el fuego que trataba de apagar en su corazón, y bastó para ello una ocasión vulgar, un enojo contra la sirvienta que arreglaba la habitación misteriosa.

Iba yo por el corredor que conducía a la torre cuando de pronto oí gritos de espanto que dominaban verdaderos rugidos de fiera: la voz de un hombre loco de furor. Era Sir John que decía:

—¿Se atrevería usted?... ¿Se atrevería usted a desobedecerme?

Casi inmediatamente la sirvienta apareció en el corredor, lívida,

LA JUVENTUD DE GRECIA

Grecia hizo grandes cosas porque tuvo de la juventud la alegría, que es el ambiente de la acción, y el entusiasmo, que es la palanca omnipotente. El sacerdote egipcio con quien Solón habló en el templo de Sals decía al legislador ateniense, compadeciéndolo a los griegos por su volubilidad bulliciosa: "¡No sois sino unos niños!" Y Michel ha comparado la actividad del alma helena con un festivo juego a cuyo rededor se agrupan y sonríen todas las naciones del mundo. Pero de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago y a la sombra de los olivos de Jonia, nacieron el arte, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana: todos esos estímulos de Dios, que son aún nuestra inspiración y nuestro orgullo.

José Enrique RODO.



temblorosa, mientras la voz gritaba:

—¡Que Mr. Stevens le arregle su sueldo y no vuelva usted jamás a poner los pies en Thorpe Place!

Intrigadísimo, no me pude contener y seguí a la criada, a quien encontré a la salida del corredor. Estaba apoyada en la pared, respirando afanosamente.

—¿Qué ocurre, Mrs. Brown? — le pregunté.

—El señor... — balbuceó. — ¡Qué miedo me ha dado!... ¡Si hubiera usted visto sus ojos!... ¡Cref que me mataba!

—¿Por qué?

—Por nada que valga la pena, señor Colmore. Puse la mano sobre esa caja que tiene sobre la mesa... Ni siquiera la abrí. Entró en aquel momento y ya ha oído usted los gritos... Aunque he perdido mi puesto, no me importa, porque cerca de él yo no estaría tranquila.

¿Así que la causa del escándalo era la caja de laca? ¿Qué relación habría entre esa caja y las secretas visitas de la dama cuya voz habíamos oído?

Sólo me resta agregar por qué singular casualidad descubrí la clave del enigma.

Una mañana, el techo de la habitación de la torre se vino abajo y la caja de laca fué salvada milagrosamente de entre los escombros. Sir John no se hallaba en el cuarto en aquel momento; pero enterado de lo ocurrido, llevó la caja a la biblioteca, guardándola bajo llave. En cuanto a la dama, creí que el accidente hubiera puesto fin a sus visitas, pero una noche oí a Richards preguntar a Mrs. Stevens, qué señora había hablado con sir John en la biblioteca. No oí la respuesta, pero comprendí que ya varias veces le debían haber preguntado lo mismo.

—¿Ha oído usted esa voz, Colmore? — me preguntó Richards.

—Sí — contesté.

—¿Y qué piensa usted de ello?

Me encogí de hombros, gregando que no me gustaba inmiscuirme en asuntos ajenos.

—Vamos, vamos... Usted será tan curioso como nosotros. ¿Era voz de hombre o de mujer?

—De mujer.

—¿De donde venía la voz?

—De la habitación de la torre.

—Yo la he oído en la biblioteca... ¿Cómo puede entrar allí esa mujer?

—Lo ignoro.

—¡Diríase que es algo sobrenatural!... Pero eso no es creíble en el siglo XX.

Alejóse sin decir una palabra más; pero comprendí que había que agregar una historia más a las muchas de aparecidos que circulaban respecto a Thorpe Place.

En aquella época yo concluía el

catálogo y trabajaba diariamente de cinco a siete en la biblioteca. Esa tarde tenía yo una fuerte neuralgia que había querido combatir con algunos calmantes.

La acción de éstos hizo que me quedara dormido en el sofá que había en un ángulo de la gran habitación.

¿Cuánto duró mi sueño? No lo sé; pero cuando desperté era ya noche cerrada.

Aún atontado por el efecto de la clorodina, permanecía en un estado de semiinconsciencia. La estancia estaba a oscuras; pero una ventana daba paso a un rayo de luna y a su luz ví a sir John Bolla-more sentado ante su mesa de trabajo. Oí el chirriar de una llave en una cerradura, e instintivamente uní ese ruido a la caja de laca que tenía sobre la mesa, y, luego, se elevó una voz...

No había error posible: era una voz de mujer; pero tan suplicante, tan llena de emoción y ternura que jamás la olvidaré. Las palabras se destacaban débilmente, como pronunciadas por una moribunda...

Sólo me voy aparentemente, John, pero estoy en espíritu junto a ti, esperando el instante en que nos volvamos a encontrar. Muero feliz sabiendo que día y noche oirás mi voz. Sé fuerte, John; sé fuerte hasta el día de nuestra unión definitiva.

Me quedé inmóvil, sin atreverme a interrumpir aquella voz. Cuando calló me puse de pie y balbuceé vagas excusas. Sir John dió vuelta a la llave de la luz eléctrica y apareció su rostro convulsionado por el furor.

—¿Usted aquí, señor Colmore?... ¿Qué significa esto?

Con frases que tenían el acento de la verdad, conté lo ocurrido: mi neuralgia, el calmante que me había adormecido...

A medida que yo hablaba, la cólera de sir John iba apaciguándose y su cara tomó una expresión de tristeza infinita.

—Señor Colmore — dijo, — mi secreto se convertirá ahora en el suyo. Las confidencias a medias son las peores, y sabiendo lo que usted sabe, ya puede enterarse de todo, pero jurándome por su honor que no diré nada a nadie.

Ya sabe usted de dónde viene la voz. Conozco todo lo que se dice al respecto y el temor supersticioso que inspiro.

Muy joven, me encontré en Londres sin un amigo, sin un consejero y con una fortuna que atraía a los peores vividores de la ciudad. Bebí largamente en la copa de la vida, y de ello se resintieron mi bolsillo, mi salud y mi carácter. Llegué a no poder pasar sin estimulante y me convertí en un ser abyecto y vergonzoso. Entonces Dios me envió el alma más exquisita, más tierna que haya bajado del cielo para ejercer un misterio angelical. Me amó en mi miseria, y consagró su vida a rehacer la mía. Atacada por un mal inexorable, la ví agotarse lentamente. En sus horas de agonía no pensaba en ella; su único temor era de que yo volviese a caer en pasados extravíos y lejos de su bienhechora influencia.

En vano le juré que jamás probaría una gota de vino... Ella conocía bien hasta qué punto me tentaba el demonio, y la idea de que pudiese caer de nuevo en sus garras la atormentaba día y noche.

Varios amigos, hablando en la habitación de la enferma, le revelaron los secretos del fonógrafo; y con esa clarividencia que da el amor a la mujer, comprendió que podía utilizarlo para sus fines. Me pidió que le trajese la máquina más perfeccionado que pudiera encontrar y quiso grabar su voz moribunda sobre el disco... Ese es mi secreto, señor Colmore. Esas palabras de mi adorada esposa, que hago repetir diariamente, son las que me sostienen.

Sólo, desesperado, ¿qué otro apoyo me queda en el mundo?

EL MAR MUERTO

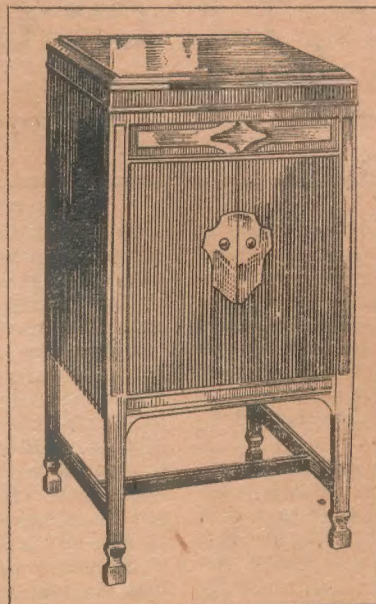
Hay en Judea un mar, que la Escritura ha llamado Mar Muerto:

Sus aguas, saturadas de amargura, cual ningún otro mar, no dan asilo ni al inocente pez, ni al cocodrilo. Son un hondo desierto, y el huracán apenas las remueve, porque es para ellas, demasiado leve. Al fondo de ese mar yacen Gomorra, Sodoma, Seboin, Adam y Bala. Como en inmensa sepulcral mazmorra. Ninguna nave allí su quilla cala, y el triste peregrino que se acerca a su orilla pavorosa, lanza un grito de horror, y su camino deseanda con carrera presurosa.

¡Ay! ese mar soy yo: mis ilusiones y mis placeres son esas ciudades que en su justicia Dios volvió carbones en pena de sus muchas liviandades.

Ninguna idea por mi mente cruza, pues todas las rehusa: ni al bien ni al mal doy en mi ser sustento, y ni aún el vendaval de las pasiones turba este inexorable abatimiento.

Rafael NÚÑEZ



ULTIMAS NOVEDADES DEL MES DE AGOSTO

Bailables

- | | |
|---|--------|
| 80851 Primer Amor, Fox Trot, Carabelli y su orq. | |
| Te lo juro, Paso Doble, id. | \$ 3.- |
| 80891 Mi Papito, | |
| Chorra, Tangos, Típica Víctor | \$ 3.- |
| 80885 EL TAITA | |
| Mundo Argentino, tangos. Típica De Caro | \$ 3.- |
| 80806 Hasta Cuando, Chacarera, Típica Arte Nativo | |
| El Triunfo, Danza Argentina, id. | \$ 3.- |
| 21315 Ma Belle, Fox Trot, Whitemann's Orq. | |
| Marcha de los Mosqueteros, id. id. | \$ 3.- |
| 21308 Rie Payaso Rie, Vals, Waring Pensilvania | |
| El Baile del Danubio Azul, Fox Trot, id. | \$ 3.- |

Cantados

- | | |
|--|--------|
| 80852 El Paria, Estilo, Alberto Vila | |
| Caña Amarga, Tango, Alberto Vila | \$ 3.- |
| 80855 Frou... Frou, Fox Trot, A. Magaldi | |
| Ay... Corazón, Zamba, Magaldi-Noda | \$ 3.- |
| 80857 Que Vachaché, Tango, R. Quiroga | |
| Por mi viejita, Tango, id. | \$ 3.- |

Instrumentales

- | | |
|---|---------|
| 1311 Danza Española (Granados - Casals), Cello, por | |
| Casals | |
| Vito (Popper), Cello, por Casals ... | \$ 5.25 |
| 6825 La Campanella (Paganini-Liszt), Piano, por | |
| Paderewsky | |
| Nocturno en Fa sostenido, id. id. | \$ 7.- |

Grandiosa Variedad en Repertorio Nacional

CUPON

SRES. IRIBERRI BELLOCQ Y CIA.

Florida 431. BUENOS AIRES

Strvanse remitirme un catálogo

Nombre

Domicilio

Casa Iriberry
Iriberry, Bellocq & Cia.
FLORIDA 431. U.T. 31. Retiro 3656

ELBA, LA CINGARA

Por Narciso Díaz de Escovar

Llegó a la ciudad una caravana de húngaros, compuesta de catorce mujeres, once hombres, tres osos, seis monos y dos perros.

Aquellas caras cobrizas, aquellos ojos negros como la noche, aquellos cabellos brillantes, lo original de sus trajes y lo extraordinario de su lenguaje despertaron la curiosidad del vulgo.

Levantaron sus tiendas de campaña en un llano que existía a espaldas del Hospital Civil, a la orilla del Arroyo de los Angeles. Primero los muchachos, y después los que ya no lo eran, acudieron a recrearse en aquella turba de extranjeros llenos de jirones, a estudiar sus costumbres, a reírse de ellas o a comentarlas alegremente.

No faltó un filósofo que halló base para una disertación, ni un poeta que idealizó aquellas gentes.

Yo también fui; pero, en honor la verdad no como curioso, sino por casualidad. No he de negar que encontré algo que me atraía que me hizo volver al mismo sitio.

Entre aquellas mujeres desgredadas y harapientas había una muchacha de diez y seis años, que no podía ser modelo más acabado y perfecto para el hábil pincel de un verdadero artista. No era su traje descuidado, roto, ni sucio, como el de la mayoría de sus compañeras.

Usaba un vestido de cuadros rojos y blancos, sobre una saya verde más larga que el vestido; al cuello, un pañuelo de vistosos colores, que dejaba ver un corpiño oscuro, sujeto por cordones negros, con cierta coquetería trenzados.

Sus brazos lucían desnudos, y su garganta, provocativa. Se adornaba con un collar de corales, del que pendían pequeños dijes de marfil y plata, entre ellos el tradicional elefante, símbolo de suerte. Sus ojos negros, de una movilidad constante, al mirar se clavaban. Había en ellos algo de tristeza, humedad de lágrimas y excitaciones de amor. Su boca pequeña, de labios rojos y dientes muy blancos, no sonreía nunca. Era un nido de besos, que despertaba deseos de profanarlo. Sus trenzas negras caían acariciando la espalda con voluptuosidad infinita. Aquella mujer aparecía dentro de aquel cuadro extraño como la figura simpática que desvanecen las tintas confusas del resto de la composición.

Los húngaros permanecieron en Málaga no poco tiempo. Unos demandando limosna, otros entreteniéndose a los chiquillos y a las mujeres del pueblo con las habilidades de sus monos; otros utilizando sus oficios de caldereros, y, según malas lenguas, algunos aprovechándose de lo ajeno sin la voluntad de su dueño, secaron buenos cuartos y ganaron para comer y ahorrar.

Un día se notó en el improvisado campamento una agitación especial.

Se oían gritos, frases extrañas, que parecían maldiciones y amenazas, un ir y venir desatentado, y en los rostros de aquellas gentes aparecían señales de ira, de tristezas, de deseos de venganza. La hermosa húngara, la joven Elba, había desaparecido. Sus padres, sus hermanos, sus compañeros, la buscaron en balde por calles y plazuelas, por todos los sitios donde podía haberse refugiado. Huía de ellos que la miraban como el ser privilegiado de la caravana. Para ella el primer trozo de pan, la fruta más sana, la frase más dulce, la caricia más tierna. ¿Por qué los abandonaba? Más de una lágrima se derramó por ella, y más de unos ojos no se cerraron aquella noche, en que todos pensaban en la fugitiva.

Al día siguiente, el enigma dejó de serlo. Elba había huído con

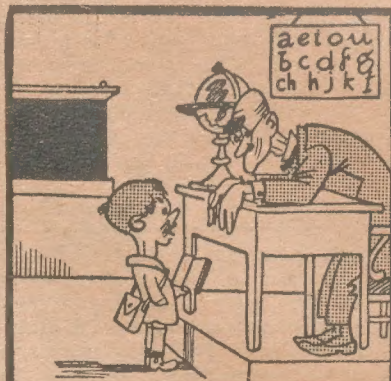
un hombre, con un señorito, como ellos le llamaban, que con palabras de seducción, alardes de riqueza y recursos de ingenio, empezó apoderándose de su corazón y acabó siendo dueño de su voluntad.

Cuando los húngaros se enteraron hicieron toda clase de esfuerzos por llegar hasta ella, agitaron todos los resortes acudieron a todos los medios; pero ni ellos ni la autoridad ni nadie se enteró del paradero de la húngara ni de su raptor.

Parecía que la tierra se los había tragado a ambos y que el misterio más completo los envolvía. La caravana celebró sus juntas el más viejo las presidió, y no hubo persona alguna que entendiese sus deliberaciones ni averiguase sus acuerdos, pues al salir de la tienda de campaña donde los húngaros se reunieron, el viejo presidente lloraba y todos los rostros aparecían marcados por la más honda de las tristezas.

Pocos días después las tiendas se levantaron, cada cual cogió su pesado fardo, y en varios meses no se tuvo noticias de aquellos desterrados de su patria.

Un día los vecinos del barrio de



—¿Qué hace falta para ir al cielo?

—Morirse.

—¿Y para morirse?

—Dejar de tomar el famoso HIERRO QUINA BISLERI.

EL PROBLEMA DEL PETROLEO

Es sabido que, en la época actual, la riqueza petrolífera de un país, da la medida de su potencialidad, de tal modo, que bien pudiera modificarse el antiguo adagio, expresando: "Dime cuánto petróleo tienes y te diré cuánto vales".

Y siendo evidente que nuestra gran República atesora esa riqueza, que cruza su entraña en la inmensa extensión de su vasto territorio, pues desde la laguna de la Brea, en el límite que separa las provincias de Jujuy y Salta, en el norte, y las afloraciones del río Yaví Chico y de la sierra de Santa Victoria en Jujuy, hasta los yacimientos de Comodoro Rivadavia; y desde San Juan, con los yacimientos llamados "rafaelita", hasta los del Chaco y Misiones, no es otra cosa que un campo petrolífero inexplorado aún, se impone que las autoridades nacionales, en salvaguardia de ese preciado don que la naturaleza nos legara y accediendo a la expresa y unánime voluntad del pueblo, encaren resueltamente este trascendental problema económico, disponiendo, como única solución posible, la nacionalización inmediata de todos los yacimientos petrolíferos existentes en la República.

Únicamente de este modo, la nación podría iniciar la obra de exploración científica del valioso combustible, para luego estar en condiciones de explotarlo con beneficio inmediato y fructífero.

Nadie ignora cómo fué descubierta la rica zona petrolífera de Comodoro Rivadavia.

Un capataz del Ministerio de Agricultura se ocupaba en buscar agua potable por aquellas regiones para abastecer a los barcos, cuando al llegar a los 525 metros de profundidad en la perforación de un pozo, prodújose un violento escape de gases del mineral, que lo arrojaron a gran altura, con la consiguiente estupefacción del capataz y del personal que lo secundaba en la tarea. El gobierno, en conocimiento del fenómeno, ordenó la recolección del producto que brotaba en abundancia, y la instalación de una explotación, por demás rudimentaria, que hubiera perdurado, si una dirección eficaz e inteligente no la hubiese elevado a una altura encomiable y beneficiosa, que hoy se ha extendido a los yacimientos de San Pedro, en Jujuy, y de Plazu Huincul, y que ha tenido un feliz coronamiento con la importante destilería instalada en el puerto de La Plata.

Abogamos por que el Senado de la Nación se sume a la patriótica actitud de la Cámara de Diputados, aprobando la legislación petrolífera con la cual ha de defenderse el país de los monotonos asestados a su riqueza, por la audacia extranjera, como los últimamente dirigidos sobre Salta, que pudieron contrarrestarse gracias a la acción decidida y enérgica de la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

la Trinidad vieron aparecer a Elba. Cambiaba su traje original por los usuales de la tierra tan hermosa como antes, pero más triste y reflexiva. Su seductor seguía viviendo con ella, y aquel nido de amores era fuerte castillo donde la curiosidad no llegó a penetrar. Aquella puerta sólo quedaba abierta cuando sus moradores entraban o salían. Algunas noches los vecinos escuchaban una canción extraña, lánguida, melancólica, que daba a los vientos la dulce voz de Elba.

Volvió la caravana, y desde el día que llegó no se vió a Elba ni en calles ni en balcones. Cuando a los húngaros les hablaban de su antigua compañera no contestaban. Las calles del barrio no fueron pisadas por ninguno de ellos. Cualquiera hubiese creído que trataban de no encontrarla, de no ver a la desdichada que los abandonó, que a su vida de bohemios prefirió aquel retiro, que era templo de sus amores y altar de esperanzas.

Una mañana del mes de enero, frío y triste, en que el cielo azul de Andalucía estaba velado por nubes muy negras, en que la lluvia enlodaba las calles y empañaba los cristales con gotas que parecían lágrimas, el barrio se alborotó con una extraña noticia.

Elba había sido hallada muerta sobre su lecho. Un puñal aparecía clavado sobre su corazón. Sus ojos abiertos revelaban el horror que sintió en los últimos instantes. Su seductor había sido trasladado agonizante a la Casa de Socorro. La herida era en el cuello y no podía hablar ni denunciar a sus asesinos.

Se buscó a los húngaros, y ni una tienda, ni un rastro se halló. Aquella noche habían desaparecido, sin que nadie los viese, sin que nadie supiese por dónde habían huído.

Todas las pesquisas fueron inútiles. No volvió a saberse de ellos.

¿ MISTERIO ?

Por Domingo de Santa Agatha

La mano pequeña y blanca como una hoja de lirio, solo dejaba ver de la pistolita el fino cañón recto y reluciente cuál un juguete de níquel.

Sin la serenidad necesaria de las grandes crisis de la vida, madre de las grandes resoluciones, permanecía inmóvil en el ancho sillón, junto a la esbelta lámpara, cuya luz velaba artística pantalla de encajes; fijos sin mirar sus hermosos ojos, pálida, con una palidez dulce, su carita de niña, deliciosa armonía de ingenuidad y picaresca inocencia; mordíase ligeramente el labio, tal vez para contener el llanto, y entreteníase con la mano libre en quebrar inconscientemente las varillas de concha del abanico que, en delgada cadena de oro de su cuello pendía. La funda blanca del sillón, la blancura del vestido y la claridad dorada que sobre ella y un pequeño radio a su alrededor la lámpara esparcía, sumiendo en misteriosa penumbra el resto de la estancia, al mismo tiempo que esfumaban sus contornos, hacíanla parecer envuelta en un nimbo de gloria.

Sabe Dios lo que en esa posición hubiere continuado, si una ráfaga, abriendo con repentino estrépito las cristaladas puertas del balcón, dando paso a un airecillo húmedo y débil, no la sacara de su ensimamiento.

Dirigió y apartó, en seguida, los ojos hacia donde el ruido sonaba, y, reteniendo sin saber por qué con la mano la pistola, despejó, con la otra, de los blandos cabellos, la tersa frente, apretóla luego entre los dedos con cierta nerviosidad, conteniendo un sollozo que pareció un rugido y era la explosión del alma de un ángel, y tras penosas ondulaciones del ebúrneo pecho, cuyos encantos velaban discretos entredoses, brotó, al fin, el llanto franco y abierto como el de un niño, sentimental y hondo como el de una mujer.

Graves razones tendrían a la bellísima damita en tan rudo y amargo trance para su alma delicada; pero ni una sola palabra, escapada en el abandono del dolor, de queja ni de desesperación, exhalaban sus labios.

Intentó varias veces levantarse, sin duda, para cerrar el balcón, pero, quizá por una de esas anomalías de los grandes dolores, que pone de relieve lo más pequeño, eterna ley de los contrastes, aquella idea obsesionó su mente sin mover su voluntad, entreteniendo un momento su ánimo saturado, hasta la inconsciencia, de amarguísima pena, y, respondiendo, por último el cuerpo al cansancio moral, cerró lentamente los ojos y un sueño dulce y suave le cubrió con sus alas.

Unos golpecitos dados delicadamente, pero con marcada confianza, sobre la puerta, hicieronla despertar, sobresaltada, saltar del sillón y dirigirse a menudos y seguidos pasos, reveladores del pie diminuto y elegante, hacia la cerrada puerta.

Los estudiados pliegues de la bata, plegándose a todas las ondula-

ciones de su cuerpo aniñado, que parecía crecer a la vida como un capullo entreabierto, prestábanle una gracia deliciosamente inimitable y servíanle para ocultar, difícil era inquirir si intencionadamente, la pequeña arma, linda como un juguete, horrible como la muerte.

Abrió y ahogó el golpe de la puerta, al cerrarse, un pistoletazo que no pudo ahogar un gemido.

Con pesadez cadavérica cayó á los pies de la dama un caballero joven y distinguido, de rostro moreno y varonil, cuya barba cuidado-

samente peinada comenzaba a servir de esponja a la sangre que brotaba del pecho. De un movimiento rápido y nervioso, arrojó ella lejos de sí el arma fatalísima, que fué a chocar contra la tranquila luna de un enorme espejo, convirtiéndole con la rudeza del golpe en una cascada de plata.

Abrió desmesuradamente los ojos y blanca, muy blanca, ideal, irguióse en curvas divinas su figurita; alzó lentamente su cabecita rubia, entreabrió los labios tentadores... y cayó como un lirio que siega el huracán.

Por el camino largo y solitario, decorados de enanos naranjos cuyos frutos y hojas tomaban a los moribundos rayos del sol poniente tintes de oro y reflejos metálicos, desemboqué en una plazuela mohosa y melancólica, por altos árboles de obscuro ramaje sombreada, don-

de el monótono goteo, que se me antojó eterno, de un surtidor, turbaba el plácido cristal del receptáculo con un chasquido semejante a un beso hondo y triste, hijo de las lágrimas, estremeciendo la superficie quieta y tranquila del agua en círculos silenciosos, imágenes del gozo mudo e íntimo.

Como meditando dulcemente, una joven rubia, casi niña, en la obscuridad que en un ángulo varios sauces formaban, hallábase en un banco de piedra negligentemente sentada, tan ajena a mi presencia que no contestó a mi saludo al pasar junto a ella y sólo la oí insistentemente murmurar este verso de una poesía no del todo desconocida para mí:

"¡Me vi feliz y se rompió el espejo!"

El médico del manicomio díjome luego que aquél era su sitio favorito y que su locura era pacífica, pero incurable.



No se lo deje agravar!

Es lo que médicos e higienistas en el mundo entero aconsejan hoy enfáticamente tratándose de los resfriados.

La experiencia ganada a costa de tantos millones de vidas durante las últimas epidemias, ha venido a demostrar claramente:

primero, que todo resfriado puede ser el principio de un ataque de influenza y **segundo**, que en el 75% de los casos, resfriado que se descuida, suele degenerar en pulmonía.

Por eso, en cuanto se sienta el más leve síntoma, hay que tomar

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto general y las demás molestias iniciales del resfriado, sino que positivamente no lo deja agravar, porque descongestiona los centros afectados, impide el desarrollo de los gérmenes y favorece la eliminación de las toxinas.

NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO NI AFECTA EL CORAZÓN

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado.



Para la molesta obstrucción de la narices, **Rape Medicinal Bayer OXAN**. Destapa, refresca, facilita la fluencia despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

Una bella historia de amor

Por José Santugini

Trajo una flor prendida en el hombro izquierdo y una carta llena de cariñosas insistencias.

—...A poco que te fijas en ella— decía la carta—, advertirás que es la mecanógrafa que necesitas para tu oficina, mi querido amigo. Se llama María del Rosario, como la protagonista de una novela de amor y es bella, inteligente y dulce. En la seguridad de que ha de agradarte mi recomendada, te envío la enhorabuena y un fuerte abrazo.— Eduardo—.

—Tenga la bondad de sentarse— dijo—. Mi amigo hace grandes elogios de usted, señorita.

—¡Oh! — exclamó ella.

María del Rosario era alta y armoniosa. Tenía los ojos azules, rubio el cabello y pálida la tez. Los labios coloreados por el "rouge", cautivaban una sonrisa ingenua y amable.

—Don Eduardo me conoce desde hace muchos años por haber sido uno de los mejores amigos de papá. No le extraña por lo tanto, que, llevado del cariño que hacia mí siento, haga esos elogios por completo inmerecidos — me advirtió.

—No me extraña nada, señorita; yo habría hecho los mismos elogios a pesar de no haber sido amigo de papá.

—¡Oh! — repitió ella.

Y hubo una pausa.

—¿Es éste su despacho? — me preguntó de improviso.

—Sí. ¿Le agrada?

—Es bonito; pero faltan flores. Y después, intensificando la sonrisa, añadió:

—A mí me gustan mucho las flores.

—Y a mí — confesé.

—Las hay preciosas: rosas de té, camelias, nardos, claveles, azucenas, heliotropos, dalias, alhelíes, violetas... Aquí, sobre la mesa y en un búcaro, haría muy bonito un ramo de violetas. ¿No cree?

—Seguramente — concedí.

—Ustedes los hombres, no aman a las flores — dijo con triste acento.

Y a continuación:

—¿Por qué no compra usted unos estantes para colocar todos estos libros?

—Los compraré.

—Y unas tarracotas: una tanagra, un idolillo... Las habitaciones en donde se trabaja deben ser alegres para que la labor resulte menos penosa. Yo no podría trabajar en una estancia triste.

—Esta se cambiará hasta dejarla a su gusto, María del Rosario, se lo prometo.

Agradeció mis palabras con una mirada.

—Es usted muy amable, señor.

—Gracias.

Encendió un cigarrillo. Tosió ella.

—¿Le molesta el humo del tabaco?

Un ademán afirmativo. Dejé de fumar.

—Ahora, si usted me lo permite, voy a hacerle una pregunta.

—Dígame.

—¿Sabe usted taquigrafía?

—Sí, señor.

—Bien. Ahí tiene un papel y un lápiz. Escriba. "Muy señor mío: En

contestación a su atenta carta fecha diez y seis del corriente mes, tengo el gusto de manifestarle que en breve plazo podré realizar las gestiones encaminadas a concluir el asunto que a usted interesa". ¿Está ya?

—Está. Mire.

Me mostró el papel, surcado de garrapitos, incomprensibles para los profanos en taquigrafía.

—Léalo.

No me había fijado. Es una máquina muy compleja.

—Voy a dictarle un trozo de este libro. Escriba usted.

Tras de unos minutos de teclear torpemente, me entregó una cuartilla con el resultado de su trabajo. En la cuartilla había estos signos:

"2. Hmkpo?... be; a ;6—wjoO —IL [1|2|xr8. 40vco|)s..."

—No lo entiendo — dije; — pero hace bonito.

¡Hace bonito, hace bonito!

Cesó la sonrisa amable.

—Buenas tardes, señor. Usted no necesita una mecanógrafa, sino una persona que escriba a máquina.

¡Debía usted haberlo dicho antes!

—Yo creía...

EL MASTIN

Un mastín se expresaba airadamente
Del amo cuyo mando le oprimía,
Pues por trabajador y diligente
Un mejor tratamiento merecía.

El amo no otorgaba una sonrisa

Si el can con creces su deber cumplía;

Y en cambio le atracaba una paliza

Por cualquier perrería.

¡Ay feliz del que manda! Musitaba,

El perro en su caseta:

¡Pobres los que obedecen! Suspiraba,

¡Si que tenemos yeta!

Pero cambió su suerte ese mismo año

El amo le eligió perro ovejero,

Auxilio de un pastor viejo y mañero

Que le dejaba hacer, por lo que el perro,

Aprovechando el yerro,

Pudo hacerse el engaño

De ser gobernador de aquel rebaño.

Y el mastín que fué censor ardiente

Del amo cuyo yugo le oprimía

Y por súbdito activo y obediente

Un mejor tratamiento pretendía.

Empezó a perseguir a los carneros

Que clamaban balando;

Y a no dejar en paz ni a los corderos

Por el placer del mando.

Y cuando el mismo perro avergonzado

De la inútil crueldad de tanta inquina

Reflexionaba sobre su pasado,

Le contestaba la razón de estado:

¡Es para mantener la disciplina!

Domingo SASSO

María del Rosario hizo un gesto.
—No puedo — dijo—. Sé escribir taquigráficamente, como habrá visto, pero luego, no puedo leer lo que escribo.

—Bueno. ¿Quiere poner a máquina lo que yo le dicte?

—Sí.

Ocupó una silla colocada frente a la máquina.

—¡Cuántas teclas! — exclamó—.

¡Esta es la "be" baja! — dijo con entusiasmo señalando una de ellas.

¡Y ésta la "ce"! ¡Y esta otra la "ele"!...

—Sí, claro, están todas. Y los números.

—¡Pues es verdad! El uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco...

La retuve cuando ya se disponía a marchar.

—Espere, no se vaya. Comprendo que tiene usted razón, María del Rosario. Soy un idiota.

—Esa es la primera cosa razonable que ha dicho usted desde que le conozco.

Volvió la sonrisa amable a los labios de María del Rosario.

—Tampoco yo sé taquigrafía ni mecanografía, y me alegro. Me alegro, porque estoy convencido de que la ignorancia une a las personas con más fuertes lazos que cualquier sentimiento. La ignorancia es hermosa, María del Rosario. Por eso los niños son encantadores.

Contra la gripe y la tos
Pastillas RIN-RIN
En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1.00 la caja

—¡Oh, los niños! Me gustan tanto como las flores..

—Y los pájaros, ¿no?

—Los pájaros también.

—Y las mariposas.

Suspiró.

—Las mariposas son muy bellas. Una vez en el campo...

Me refirió la historia de una mariposa apresada por ella. Al final del relato las lágrimas humedecían sus bellos ojos azules.

—No me perdonaré nunca el haberla atravesado con un alfiler.

—Es usted admirable — dije.

—¿Sí?

—Sí.

Abrió el ventanal de la estancia. —Mire, desde aquí se contempla toda la ciudad. Es una vista preciosa.

—¡Oh, qué bello está el cielo! ¿A usted no le gusta el cielo?

Me fijé detenidamente, para no equivocarme, y repuse:

—Sí. Está bastante bien. Parece pintado.

—Eso parece — dijo ella.

—Y es probable que esté pintado — aventuré yo.

Y besé su mano derecha.

—La amo a usted, María del Rosario.

—¿Sí?

—¿Quiere ser mi esposa?

Una pausa.

—Bueno.

Con además tímido me entregó la flor prendida en su hombro.

Y yo besé la flor.

Días después me unía en matrimonio a María del Rosario. Y hoy soy feliz entre flores naturales y artificiales cretonas, lazos de seda, pañitos de encaje colocado sobre los muebles, y sonrisas.

ESFUERZO PERDIDO

Dos herreros tartamudos había terminado de calentar al rojo un gran trozo de hierro y uno de ellos, valiéndose de unas tenazas, lo había colocado sobre el yunque.

—"B-b-bá-telo" tartamudeó a su ayudante.

—"D-d-do-donde?" preguntó el otro.

—"D-d-dé-jalo, ten-tendremos que vol-verlo a calentar".

ENTRE AMIGOS

—A mí me duran tres años los sombreros.

—¿Cómo es eso?

—El primer año cambio la cinta, el segundo limpio el casco...

—¿Y el tercero?

—Cambio el sombrero en un café.

FLIRT

—Creo que ha sabido usted encontrar el sendero de mi corazón, Emilio.

—¿Es verdad? Pero..., dígame, Angelita; ¿no habrá a lo largo de ese sendero muchas joyerías y tiendas de modas?

En uno de los extremos de la cornisa que atraviesa la Península Ibérica de Norte a Sur, y en el punto de contacto que forman las provincias de Granada, Almería y Murcia, se eleva la sierra de María, rica en plantas medicinales y en árboles maderables.

En la falda umbrosa de dicha sierra, se halla situada la villa que da nombre a la sierra. Sus centenares de pequeñas pero bien enjalbegadas casas, destacándose entre el verde follaje de sus huertos, semejan bandadas de palomas, ofrecen un risueño y pintoresco aspecto.

Las costumbres allí no son tan licenciosas como en otros lugares, a causa quizá de su alejamiento de las grandes poblaciones; pero, en cambio, adolecen de ese tradicionalismo que lleva consigo, la superstición y la ignorancia, obrando sobre sus moradores en razón inversa de la ilustración y del progreso.

Cuando por la mañana, al mediodía y al oscurecer la campana de la iglesia toca el "Angelus", los vecinos todos cesan en sus tareas y, descubriéndose, elevan la salutación a la reina de los cielos, que en ninguna parte de España tiene tantos devotos como en Andalucía; por algo se llama esa región, "tierra de María Santísima".

Era el estío. En esta época de recolección se dispensa a los feligreses de la asistencia al culto de la parroquia. Esta se halla situada en la plaza que constituye el tránsito de viajeros, ganados y toda clase de transportes a los pueblos inmediatos.

El sacristán, un sábado al oscurecer, abrió la puerta de la iglesia y se dirigió a la torre para tocar la oración vespertina, dejando la puerta abierta como siempre.

Terminado el toque de oración, salió, cerrando la puerta y no volviendo hasta el día siguiente, domingo, para llamar a los fieles a la misa de alba. ¿Cuál no sería su sorpresa al notar que el paño negro que cubría una mesa en medio del templo, haciendo veces de catafalco, no estaba en su sitio, y sí hecho una bola, dando tumbos, por las capillas! Su miedo llegó a lo sumo cuando ese paño negro, exhalaba unos gritos o bramidos, que espantaban. Lleno de terror se salió del templo y dando voces de ¡socorro! ¡socorro! hizo que se detuviesen, alarmados también, los vecinos madrugadores que se dirigían a sus faenas.

Como el día iba avanzando y la claridad se hacía mayor en la iglesia, algunos que querían aparecer más valientes que sus convecinos, se atrevieron a penetrar; pero salieron pálidos y desencajados los rostros, cuando vieron que el paño negro, hecho una bola, dando tumbos y horribles quejidos, se hallaba cerca de la pila bautismal.

El pánico se comunicó bien pronto a los habitantes de la villa. Unos avisaron al señor cura, otros al alcalde, que allí se fué con el bastón de mando, y acompañado del secretario y el alguacil. El médico no pudo ir por estar asistiendo un parto; en substitución del médico fué el alféitar provisto de acial y lanceta. El boticario dispuso en su casa antes de salir, que pusieran a cocer tila, árnica, y flor de malva, para lo que pudiera suceder.

A pesar de la rapidez con que

La carne del diablo

(LEYENDA GRANADINA)

Por Arturo Gallardo

cundió la noticia, cuando el señor cura y el señor alcalde llegaron, ya las madrugadoras, las baetas, las comadres del lugar, hacían mil comentarios y mirando a la puerta de la iglesia se santiguaban y decían: ¡Es el diablo! El diablo en persona que ha venido, sin duda, a llevarse a ese maldito escribano que enterraron ayer!

Dadas estas disposiciones, los tres valientes, que llevaban las picas seguidos de algunos hombres y mujeres, penetraron en la iglesia y fueron, poco a poco y sin separarse mucho, formando un círculo, en medio del cual se detuvo el ser extraño, el demonio sin duda, pensando que, en lugar sagrado, sufriría una terrible derrota. Entonces,

mismo demonio! Mira, mira! ¡Por allí le asomaron los cuernos! ¡Ya no hay duda! ¡Es el mismo Lucifer! ¡Dios nos ampare y nos favorezca!

Pero cuando el paño se desprendió por completo, apareció una hermosa cabra negra que comenzó a dar balidos mirando a todos lados como buscando la salida. No por esto desapareció el miedo de la mayor parte de los asistentes, especialmente las mujeres, que decían: ¡Es el diablo que ha tomado esa figura para escapar de lugar sagrado! ¡No "sus" acerquéis!

El cura, el alcalde y alféitar formaron consejo. El cura miraba al alcalde; el alcalde al alféitar y este a los dos. Los tres se interrogaban con la vista y ninguno respondía a la interrogación.

—Yo creo, señores — dijo el párroco, — qué...

—Pues yo no creo, — añadió el alféitar.

—¡Hombre! ¡Hombre! déjeme usted hablar y sabrá lo que digo. Yo creo que lo que hay en la iglesia, es una cabra y no el diablo, como dicen esas sencillas gentes. Lo que no me explico es el modo y manera como ha podido suceder lo que hemos presenciado.

—Yo digo lo mismo, — arguyó el alcalde, que debía decir algo.

El alféitar después de reflexionar un poco, llamó al sacristán y le dijo:

—Señor Ciriaco. ¿Ha tenido usted la iglesia abierta esta noche?

—¡No, señor!

—¿Y anoche, al toque de oración?

—Anoche, sí; pero unos minutos nada más.

—Pues fué lo bastante. Ustedes saben que ayer al oscurecer pasaron por el lugar varios hatos de ganado. Una de sus reses penetró en la iglesia cuando usted estaba en la torre, y, no encontrando la salida, quedó en algún rincón. El tío Ciriaco salió, dejando dentro la cabra. Este animalito chocó con el catafalco que sirvió ayer para los funerales del escribano y se enredó los cuernos en el paño negro que está bastante roto, hasta que, poco a poco y dando vueltas, se encontró esta mañana en la forma que hemos visto.

—Eso tiene que ser, — dijo el alcalde.

—Pues ahora, — añadió el párroco, — esperemos unos días, por si llega su dueño. En caso contrario, se venderá y su producto aumentará el fondo de las ánimas.

Quedaron todos conformes, y, pasados diez días desde el que tuvo lugar tan "trágico" suceso, como nadie se presentó reclamando la cabra, ésta fué degollada y su carne puesta a la venta pública.

¡Carne del diablo! ¡Que si quieres! Nadie se atrevió a comprarla. En vista de ello, el señor alcalde dispuso que se enterrase lejos, muy lejos, encargando de esta comisión al alguacil que había servido al rey por espacio de ocho años y se había aligerado un poco de la balumba de preocupaciones de sus convecinos; y de noche, allá a las altas horas de la madrugada, llevó la carne de la res a... su casa, donde la salvó, y tuvo alimento nutritivo durante varios días, sin que nadie notase en el lugar, que el dependiente del municipio experimentara malestar, indigestión ni intimidad alguna con los espíritus infernales.

Ultimo Modelo "Underwood"

PORTÁTIL — 4 HILERAS



6 Diferentes
Clases
de tipos

ESMALTADAS
en
VARIOS COLORES

AL CONTADO Y EN ABONOS

Unicos Importadores:

Arturo W. Boote & Cía.

Sarmiento 478

U. T. 1020 Av. Buenos Aires

Las autoridades eclesiástica y civil unidas, acordaron "omni populo asentienti", que tres hombres de pelo en pecho entrasen en la capilla del Rosario; allí verán tres pendones; que les quitasen las astas y armados de ellas, a manera de picos, y acompañados de todos los verdaderos creyentes, procuraran prender a quien así profanaba el templo del Señor; y que el señor cura echaría agua bendita con el hisopo, y el alcalde permanecería, también, en la puerta para dar parte de todo lo que ocurriese dentro y fuera, al señor gobernador.

los que llevaban los palos largos, tomando la posición que tienen los vértices de un triángulo, con ellos hicieron presa en aquella masa negra. Un tremendo grito lanzado por ésta puso en dispersión a la multitud. Unos se santiguaban; otros hacían la señal de la cruz con la mano izquierda y la dirgían hacia el demonio.

Rehechos un tanto y estimulados por el alcalde y el cura, hicieron presa en un pico del paño y se descubrió... ¡horror, furor y terror! Una pata negra armada de pezuñas. ¡Dios mío!, gritaban, es el

LA VIÑA VIRGEN

Hoy cantaré la viña, la viña virginal,
que nunca tuvo el ansia de ser racimo rubio,
sino de revestir—caridad ejemplar—
con su gracia dorada la desnudez del muro.

Viña de otoño, mártir, enamorada y pura,
que se abraza a la piedra con el amor más fiel,
yo comprendo el ejemplo de su inmensa ternura
yo admiro la suprema constancia de su fe.

"Amemos sin reserva ni esperanza de fruto
y si hay indiferencia, paguémosla en belleza..."
—dice la enamorada virgencita del muro,
que de tanto querer, enternece las piedras!

Fernán FELIX de AMADOR

Breves minutos de charla con el doctor Voronoff

"Dans toutes les sciences o a realisé dans ce dernier temps des progrès immenses. La biologie, la science de la vie s'est associée à ce mouvement et grâce à la greffe on parvient à redonner une vitalité, une énergie nouvelle aussi bien aux hommes qu'aux animaux".

Buenos Aires, Julio 29 de 1928.

Serge VORONOFF

En Carlsbad, hace exactamente un año, conocimos al doctor Sergio Voronoff. Sin discutirle a Le-normand que "Le temps est un songe" revivimos con emoción el recuerdo hasta hoy, y el largo recorrido por el viejo continente, hasta encontrarnos de nuevo bajo el cielo de América...

Mientras el fotógrafo se instala en el confortable apartamento del Plaza Hotel y nos toma la puntería para el "magnesio", la frase del ilustre sabio "vous me rendrez la politesse à l'Argentine", que me escribiera gentilmente en una de sus cartas, cobra el valor profético de una promesa noblemente cumplida. Sobre todo, de su parte, pues ha sido a costa de un largo viaje, mientras que la nuestra empieza con las presentes líneas...

La interesante entrevista con el "mago del rejuvenecimiento" se inicia en compañía de los señores Poggio y Martínez de Hoz, miembros destacados de la Sociedad Rural Argentina, quienes llevan el especial encargo de invitarle a dar una conferencia en dicha institución.

El Dr. Voronoff accede gustosísimo y expresa su particular interés por conocer una "estancia" argentina. Desea observar planteles de haciendas vacunas y lanares de nuestro país, pues ha constatado que las razas respectivas se diferencian y son superiores a las similares de Europa. Sus experiencias y conclusiones pueden modificarse sensiblemente por tan importante razón biológica; queda concertada, al efecto, una visita al establecimiento de campo de Pereyra Iraola.

Mientras tanto, el doctor Voronoff no ha interrumpido el hilo de su exposición referente al plan de estudio que determina su viaje a nuestra América: Brasil, Uruguay y la Argentina. Es puramente científico y de beneficios "utilitarios" para cada uno de los tres países.

En efecto, dejando a un lado las aplicaciones sobre la especie humana, que le ha dado tanta resonancia, su método de los injertos



El prestigioso hombre de ciencia, doctor Sergio Voronoff, acompañado de nuestro colaborador doctor Enrique Feinmann, en su alojamiento del Plaza Hotel.

glandulares, se dirige actualmente a las especies zoológicas. Según nos decía, con más reposo en París, el problema biológico de la "greffe" humana, tiene una faz individual, la prolongación de la existencia, y una faz social, el aumento de la población en el mundo, y, por lo tanto, un problema de subsistencias.

Para anticiparse y resolver el conflicto futuro, es que ha pensado en mejorar las principales fuentes de producción: carne y lana. De ahí su nueva orientación que denomina "utilitaria", pues tiene por base un concepto filosófico de economía social. No sería "humano" alargar la vida del hombre y matarlo luego de hambre, y por esto ha pensado en "engordar" el ganado mundial. Pues lo del "rejuvenecimiento" humano, nuestro ilustre huésped lo da por demostrado y admitido... y sentada esa premisa, pasa naturalmente a la segunda parte de la proposición. Con la ventaja que no consienten las proposiciones de Kant y de James en "lógica", que puede aceptarse esta última, sin obligaciones formales con la primera... De ahí que los incrédulos sobre las virtudes impresionantes de la "greffe" humana, puedan ser convencidos perfectos del mismo

procedimiento de "injerto" en las especies animales.

Por de pronto, el campo de experimentación, la línea de observación y las finalidades, son absolutamente distintos. En un toro o un carnero viejo y caduco, rejuvenecidos mediante el trasplante de glándulas de machos jóvenes, — "greffe" o "injerto" — la prueba, la observación y la contraprueba, están al alcance del experimentador. El Dr. Voronoff podría reproducir aquí sus notables ensayos que refiere, con su habitual concisión y claridad. A un carnero de más de 12 años, que corresponde a una vejez de 85 a 90 en el hombre, con todos los signos de decrepitud y senilidad imaginables, le practicó hace diez años un injerto glandular. A los dos meses el carnero había recobrado la lozanía de la juventud... fué padre.

La contraprueba consistió, en retirarle al año el injerto y se reprodujo la escena de Fausto... El pobre carnero perdió toda su agilidad, sus bríos, y súbitamente, fué viejo. Por último, una segunda contraprueba, más impresionante todavía, fué, como se imagina, injertarle de nuevo glándulas de macho joven. La operación se realizó el 7 de junio de 1919, en el Laboratorio del mismo Colegio de Francia, y el mi-

lagro biológico se reprodujo...

En la especie humana, las aplicaciones escapan a todo contralor sistemático, cuando no científico.

El caso famoso que Héctor Ghilini difundió en 1920, desde "L'Illustration", rejuvenecido a los 75 años, en una forma que impresionó a toda Europa, y que murió a los 3 años por un accidente ajeno a la operación, de "delirium tremens", y todos los demás que malogran la prueba con desarreglos de cualquier otro género, así como diversos factores psicológicos, individuales y sociales, obstruyen y trastornan la seriedad del procedimiento.

Por eso no insistimos en este punto y escuchamos al doctor Voronoff sobre las "aplicaciones utilitarias de los injertos glandulares para el mejoramiento de las haciendas vacunas y lanares", que es su tema de labor entre nosotros.

En la especie humana le hemos visto operar suficientemente en el Sanatorio "Ambroise Paré", de Neuilly, en París, y aquí preferimos verle actuando con sus "juveniles" entusiasmos de sabio y hombre de acción, sobre el caudal biológico de la principal riqueza argentina. Su presencia marcará una huella profunda en el mejoramiento de esa rama de la economía nacional. Las controversias tan enconadas como estériles alrededor de su doctrina filosófica integral, se detendrán ante la constatación objetiva y material de los hechos a la vista... Invirtiendo el orden de su fórmula genial, mejorando las especies animales, es decir, aumentando el peso de la carne en los vacunos y la cantidad de lana en los lanares, nos convencerá sobre la verdad y la virtud de su valor para los humanos...

"Vous avez des hormones tres de-veleppés", nos decía bromeando allá en el valle sonriente de Checoslovaquia, refiriéndose amablemente a nuestro entusiasmo por sus estudios biológicos y el calor con que le expresábamos el interés de la Argentina hacia su personalidad y sus experiencias, para decidirle a visitarnos.

Esa alusión a la secreción interna de las glándulas, que explica el misterio de nuestro "divino tesoro" y de todos los actos de nuestra voluntad, de la inteligencia y del amor... el doctor Voronoff la sugiere vivamente en la fuerza, el valor y el talento con que ahonda, inspira y defiende, una de las teorías más originales de la ciencia moderna.

Enrique FEINMANN

Julio 30 de 1928.—

"En todas las ciencias se han realizado, en estos últimos tiempos, inmensos progresos. La biología, la ciencia de la vida, se ha asociado a ese movimiento y gracias al injerto se consigue restituir una vitalidad, una energía nueva, tanto al hombre como a los animales".

Buenos Aires, julio 29 de 1928.—

Serge VORONOFF

La calma reinaba en el camarote. Afuera, el temporal desencadenado hacía vibrar y estremecer el "Mathor". La mar embravecida barría sus cubiertas y el viento hacía cimbrear su estructura. La tempestad no cesaba: el viento levantaba las olas con la furia de un huracán y se hacía más temible por la completa oscuridad reinante.

Repentinamente la puerta del camarote se abrió dando paso a una ráfaga de viento acompañada de agua, y las luces del camarote reflejaronse sobre la cubierta mojada. Se volvió a cerrar con estrépito la puerta, avanzando a la luz una figura empapada por la lluvia. Era el piloto del "Mathor"; un joven de cabellos rubios, alto, fornido, y de grave ademán.

—Estamos haciendo agua — dijo secamente.

El capitán se puso de pie: Un hombre de mediana estatura, cabellos blancos y cara redonda y roja. Tenía el rostro descompuesto por el cansancio, pues había estado tratando de dormir un instante después de pasar un día de intensa labor y lucha contra el temporal.

—¡Hum!

El piloto repitió sus palabras con la misma gravedad: —Estamos haciendo agua, capitán.

Entretanto el capitán trataba de hallar una solución al problema, dándose tiempo para poder pensar.

Se inclinó hacia uno de los ojos de buey creyendo poder ver a través; pero la oscuridad no permitía percibir nada. Con nerviosidad se puso a caminar por el camarote cuando, de repente giró sobre sus talones y preguntó:

—Estamos haciendo agua ¿no es así? Este maldito tiempo que no mejora. Dígame, York, ¿cómo sopla el viento?

—Siempre Noreste, capitán.

—¿Cuánta agua tenemos?

El piloto le informó. Cuatro y medio; era verdaderamente muy peligroso. Gracias que en la sala de máquinas no había tanta.

El capitán volvió a quedar perplejo; maquinalmente estiró su brazo y descolgó del perchero su encerado, colocándose con aire de hombre resignado.

—¿Estamos sin telégrafo. York?— dijo.

La cara del piloto se ensombreció al informarle que el temporal, en las últimas horas, había terminado de destrozar el resto del equipo. El telegrafista le había comunicado que se veía imposibilitado para transmitir.

—¿Qué le parece, capitán, si empleamos cohetes?

—¡Oh!—. La cara del capitán palideció.

Cuando se había retirado del puente unas horas antes, el barco hacía poca agua. Pero por la manifestación del piloto se deducía que la vía de agua se agrandaba.

Las bombas eran insuficientes: por añadidura, se había perdido el telégrafo.

La aflicción del capitán aumentaba al recordar que tenía a bordo alrededor de ciento veinte pasajeros entre hombres, mujeres y niños; que, por suerte, a estas horas se encontraban ajenos al peligro, durmiendo en sus camarotes.

—¡Sí! ¡Sí, York, los cohetes! Ocupese de eso. Entretanto yo iré al puente.

—¡Capitán! ¿Y los botes?

—¡Sí! Los botes también.

A ciegas en alta mar

Por R. Wetjer

El piloto asintió. Si estaba alarmado por el peligro, en realidad no lo demostraba; sus ojos brillaban y hasta sonreían. Era joven y no consideraba en su justo valor la intensidad de la catástrofe.

Cruzó con paso lento hasta un armario; abriéndolo, extrajo una botella de ginebra que llevó a los labios, y después de un buen trago, la volvió a su lugar.

Con un corto saludo giró con ra-

mañana! — pensó—. Faltaban aún cinco horas antes de que amaneciera y, entretanto, ¿cuánto podría acaecer! Con dificultad, luchando contra el viento y las olas llegó al puente.

Los dos oficiales estaban de guardia; no eran momentos para descansar. El segundo estudiaba una carta marítima. El tercero, parado al lado del timonel, tenía la vista fija sobre la bitácora. Todos vestían encerados. El temporal rugía sin tregua, teniendo a la embarcación a su merced, sobre un mar terriblemente agitado. Las sombras de la noche envolvían a los marinos dificultando su acción.

El capitán se puso a estudiar la carta marina, maldiciendo en voz baja. Después de algunos momentos tomó una decisión; pidió al segundo piloto que diera orden de sondear, dándole el resultado cuanto antes. Entretanto, continuaba sus observaciones: San Francisco se encuentra a doscientas millas de aquí. Astoria, más lejos aún a popa; entre los dos puertos figuran dos albergues.

En ese momento entró el piloto y, colocándose al lado del capitán, observó:

—¡Vamos mal, capitán! Tal vez podamos llegar a Coos o Humboldt.

El capitán asintió lentamente.

—Lo sé; pero hay mucho peligro porque hasta en buen tiempo los bancos son muy peligrosos. Estoy intranquilo porque desconozco esta costa. Hace muchos años que no viajé por esta ruta. ¿Qué podemos hacer?

—Yo tampoco he cruzado por entre los bancos en tiempo como éste — contestó el piloto.

—Lo más cercano es Humboldt, y, sin embargo, dicen que es peor aún en Coos. Si nuestros cohetes fueran vistos...

—¿Por qué no tratamos de llegar a Humboldt?

—Encallaríamos con toda seguridad — dijo el capitán —; además, los botes nunca podrían soportar un temporal como éste. Esa vía de agua es más grave de lo que al principio parecía. Lo que me tiene atribulado son los pasajeros.

—Sí; capitán, además, ¿quién hubiera creído que este maldito temporal nos dejaría sin telégrafo? He dado órdenes de alistar los botes y el comisario y los despenseros esperan para ordenar el descenso del pasaje en cuanto usted diga. Lástima que el viejo Masters no esté con nosotros. He oído decir que es el único hombre capaz de cruzar los bancos en un tiempo como éste.

El capitán, presa de enorme excitación nerviosa trataba de dominarse. Su vista se paseaba por la carta marítima en busca de una posible solución.

Sabía que el "Mathor" nunca llegaría a San Francisco: el puerto de Humboldt era la única salvación, y sabía, también, que el único marino que podía guiar su embarcación por entre los bancos frente a Humboldt, en semejante temporal, era Masters.

—Masters no! ¡Cualquiera menos él!

—El resultado del sondeo, capitán —, era la voz del piloto, alcanzándole un papel empapado, a la vez que volvía a desaparecer.

El resultado es desastroso: irremediablemente estaban condenados a perecer. Casi de un salto, el ca-

Jarabe Pectoral "Esterfal"

Lo mejor para la Tos, Catarro, Resacas, Ronquera y demás afecciones Pulmonares

Elixir Dentrífico "Esterfal"

Limpia, da Esmalte a los Dientes y evita el dolor de Muelas.

Agua de Colonia "Esterfal"

La Mejor y más Perfumada.

Pidanlos en todas las Farmacias

Farmacia y Droguería Inglesa Americana

Abierta hasta las 12 de la noche

PERU 901 - 907 U. T. 1687, B. Orden BUENOS AIRES

El capitán permaneció largo rato pensativo. Un ruido fuerte como un desprendimiento de maderas se percibió a través de la cabina. Algún nuevo destrozo producido por las olas al barrer la cubierta, pensó.

Abriendo la puerta del camarote desapareció en la oscuridad del temporal.

Eso pareció reanimarlo y, con paso firme, se dirigió hacia la puerta. Desde el puente de comando oyó cuatro campanadas. ¡Las dos de la

CAVILACIONES

La intolerancia es el recurso de los que temen el razonamiento, por la inconsistencia del fundamento de sus ideas. Se asemeja a la imposición de una fuerza para contrarrestar un derecho.

Para conservar la dignidad es necesario tener carácter, la vida la pone a prueba frecuentemente y lo que es una concesión de un sentimiento, de la caballerosidad o sacrificio que impone lo que creemos un deber, es una subalterna claudicación, consecuencia de que ha fallado el carácter.

La modestia no existe y los que aparentan serlo, reflejando sus actos de humildad esa virtud, proceden por timidez. Aun los más despreocupados de las cosas terrenales, que son indiferentes o simulan despreciar los halagos que la mayoría ambiciona, experimentan el mismo deseo y con idéntica fruición, pero se hallan cohibidos por su carácter.

La desconfianza es una prevención defensiva, que evitará las decepciones y desilusiones tan comunes en el trato amable y amistoso con nuestros semejantes. Creer que nos rodea el cariño y la sinceridad, es ingenuamente prepararnos amarguras que afectan hondamente la sensibilidad. Las demostraciones afectuosas son superficiales, porque el egoísmo del ser humano es tan exigente, que no permite una desviación del sentimiento en perjuicio del amor a sí mismo.

Sylla MONSEGUR

pitán se colocó junto a la baranda del puente, gritando:

—Que venga Thompson en el acto.

—¿El maniobrista, capitán? preguntó el piloto con asombro.

La contestación del capitán fué afirmativa. Parecía haberse quitado un peso enorme de encima: se sintió más seguro y aliviado.

Llegaban hasta él, a través del rugir del mar, los gritos de los pilotos dando órdenes a la tripulación.

Estaban preparando el salvamento, aunque los pasajeros desconocían aún el peligro que los amenazaba. La tripulación trabajaba sin tregua sobre una embarcación que trataba de navegar más sumergida que a flote.

—¿Usted me mandó buscar, capitán?—oyóse la voz del maniobrista Thompson, el cual avanzaba sobre el puente, saludando a su superior.

Era un hombre delgado, de mediana estatura, con ojos chispeantes, aunque la expresión de su cara denotaba cansancio.

El capitán quedó un momento perplejo observándolo. Los dos hombres se miraron con fijeza. En ambas mentes el presente fué eclipsado por los recuerdos del pasado.

—Masters—dijo el capitán al fin, pero el otro alzando la mane, corrigió:

—Thompson, capitán.

El rugido del mar envolvía a los dos hombres; el capitán, tratando de romper esa situación embarazosa, dijo:

—Masters, me han dicho que usted es el único hombre capaz de guiar una embarcación a través de los bancos frente a la bahía de Humboldt, en un temporal como éste. ¿Quiere usted guiar al "Mathor"?

—No, señor — contestó Masters con firmeza.

Sus palabras sonaron como una carcajada. ¡Qué ironía! ¡Un capitán pidiendo semejante favor a un maniobrista! ¿Qué comentarios haría la gente marina si lo supiera?

—Usted no me entiende, Masters — dijo el capitán con dificultad, manteniéndose en calma—. Este es el momento de olvidar lo pasado. Tengo ciento veinte pasajeros a bordo, en su mayoría mu- jeres.

—Lo siento.

—Oigame, hombre, ¿no ve que no alcanzaremos a navegar más que tres horas escasas? La vía de agua ha empeorado. Nuestra única salvación es la bahía de Humboldt. ¿Me comprende ahora?

—Te comprendo perfectamente, Juan, y si tratas de cruzar, ¡tan seguro como que estamos aquí, nos mandarás a pique! — En la cara del maniobrista se dibujaba una sonrisa diabólica.

—No me importa encallar, es la vida del pasaje lo que me aflige. ¿Crearás por ventura que yo podría sobrevivir sabiendo que he sido el causante de tanta víctimas? Tú conoces esta costa como pocos. Por piedad, guía la embarcación hasta la bahía. Haré lo que quieras en recompensa.

—Sin embargo, tú no tuviste piedad al matarme — contestó Masters secamente. Ya no se encontraba nervioso ni era el maniobrista Thompson el que hablaba. Era un capitán frente a su igual.

—Tiempo atrás yo era el comandante de esta nave. ¡El "Mathor" era mío, el primer buque de la compañía! Por culpa tuya me encuen-

tro convertido de capitán en maniobrista. Unas palabras tuyas hubieran aclarado mi situación respecto al choque con el "Westover". Sin embargo, te negaste.

—Prometo remediar ese asunto, enviando un detalle de toda la verdad a la compañía. ¡Te juro que lo haré! Crúzanos por entre los bancos esta noche y todo se arreglará.

La desesperación se pintaba en la cara del capitán, quien trataba de encontrar palabras que pudiesen conmover a su rival.

Masters no habló: se conformó con negar en silencio. Esta vez la sonrisa de sus labios era triunfal.

—Es demasiado tarde. Mi carrera está arruinada, por eso es que

me encuentro hoy aquí, convertido en un simple maniobrista sobre el barco que una vez comandé. ¡Tienes mucho cinismo para pedir que yo te salve después de haberme arruinado.

—¿Hazlo por mi mujer y mis hijos! — gritó el capitán. — ¡por el pasaje, por el alma de todos esos inocentes que tenemos a bordo!

—Ese es tu deber, ¿quién es el capitán?

El piloto apareció sobre el puentando lugar al oficial.

—Creo que será mejor llamar al pasaje, capitán.

El capitán volvió a mirar al hombre que en un tiempo había arruinado, con ojos de súplica.

Masters volvió a negar. Era su hora; la vengnaa era sublime. El capitán contestó:

—Avisale al pasaje, York. Vea que los botes estén bien alistados, y, sobre todo, evite el pánico.

La tempestad continuaba rugiendo; las olas barrían incesantemente la cubierta dando la impresión que el barco no tardaría en zozobrar.

—Tú no me comprendes,—continuó el capitán.—No pido por mí, Masters. Yo sé lo que he hecho, pero estoy dispuesto a remediarlo. Nunca me di una idea de lo horrible que era ser el causante de la muerte de tanta gente. Ciento veinte personas a bordo y nos vamos a pique. ¡Tienes que guiarlo! ¡Sí! ¡Masters, tú lo debes hacer!

Masters se encogió de hombros y volvió a negar.

—¡Yo lo guiaré entonces! — gritó el capitán, — pero tú sabes la poca probabilidad que tengo, ¡mal-dito seas!

Masters había descendido: el capitán miró hacia la carta marítima con inquietud, luego giró sobre sus talones y se dirigió a la cubierta. Los cohetes ascendían entre las tinieblas con intervalos regulares, pero ninguna contestación se percibía en la inmensidad de la noche.

—¿Dónde está el piloto? — preguntó el capitán a una figura apostada en cubierta, bajo la lluvia torrencial.

—¡Aquí estoy!

—Bueno; vamos a tratar de cruzar hacia la bahía de Humboldt. Cambie la ruta diez grados al Este y luego venga al puente.

El capitán trataba, con ayuda del piloto, de dar con una carta marítima de la bahía de Humboldt; revolvieron los estantes y cajones, sin resultado. Debido a su poca precaución, el capitán nunca creyó necesitar una carta de esa bahía, estando ese puerto completamente descontado de su habitual ruta. Era indudable que, sin una guía explicativa, sería una locura tratar de cruzar los bancos.

—Pero es inútil, no hay otro remedio que tratar de cruzar — decía el capitán, — de lo contrario nos iremos a pique, y los botes salvavidas qué podrán hacer en semejante mar? Ponga dos vigías a ver si divisan la luz del faro Table Bluff.

No bien se había retirado el piloto, apareció sobre el puente la figura de otro oficial; venía a informar al capitán:

—Hemos perdido dos botes, capitán. El número 3 y 5. El oleaje los barrió.

—¡Salga de aquí! ¡Acaso no sé lo que está pasando?

Un llamado del cuarto de máquinas interrumpió el diálogo.

—Podré darle vapor durante una hora a lo sumo, el agua ascien-

EL RETABLO DE LAS NOVIAS

Para FRAY MOCHO.

RESURRECCION

—Reclinada en mis hombros tu cabeza —
sonreías, ahondando mi latir...
Tu sonrisa besó mi gran tristeza
y exclamé, contemplando tu belleza:
"Quien pudiera vivir!"

A tu lado soñó en esos instantes
un consuelo ilusorio mi aflicción;
más, al abrir mis ojos anhelantes,
sentí la Muerte cerca... como antes...
y lejos — con mi sueño — el corazón!

Al sentir mi ansiedad — muda, vencida, —
me tendiste los brazos en redor;
y, en tus brazos, el alma estremecida
tuvo el consuelo que no halló en la Vida...
y supo del Amor!

EN LA NOCHE MORTAL!...

... Era amor; y era impulso
de la Fatalidad.

... Eran dos pobres naves
en las rudas borrascas del Mar

— dos naves destrozadas
por la furiosa tempestad;

dos barcos en la noche, que hacia el Maelstron siniestro
de un dolor infinito llevaba el huracán.

Hacia el Maelstron! Perdidos, por siempre... en la alta noche...
— estandarte deshecho en el pufo de la Fatalidad —

... Dos barcos de aventura, en derrota mortal
que, enredando sus viejos mástiles sin antenas,
al abismo caerían para siempre jamás!...

(Uno de ellos fué mi alma;
el otro, mi ideal).

PLEGARIA DEL IMPOSIBLE ANHELO

Te la pedí cien veces — ¡buen Dios! — no me la diste:
Yo la deseaba blanca, yo la deseaba triste...
que fuera blanca y triste como una ensoñación;
y que fuera el capricho de sus formas cambiantes
— como las llamas fátuas, ligeras, inconstantes —
mi desesperación.

Que fuera ténue como la nieve con que plasmas
la frente inmaculada del Angel del Amor,
y tuviera el silencio locuaz de los fantasmas
que pueblan los helados insomnios del Dolor.

Que fuera como el alma muy diáfana, muy clara
de alguna estrella errante que me compenetrara
filtrando a mis hastíos el ansia de vivir;
y, en medio de la estepa siniestra de mi suerte
— flotando como un soplo sublime de la muerte —
por siempre detuviera mi triste porvenir.

... Inútil fué mi ruego — ¡Señor! — tú no quisiste
plasmear aquel anhelo de un alma blanca y triste:

Deseaste que tuviera la trágica obsesión
de verla y de palparla como una maravilla

— plasmada, como todas, en deleznable arcilla;
dotada, como todas, de un pobre corazón. —

Quisiste que tuviera, como un remordimiento,
delante de mis ojos el cruel presentimiento
de su fragilidad;

y, al verla ante mis ojos nublados, enfermizos,
sintiera bajo el tibio latir de sus hechizos
y toda su beldad,

la imagen inquietante de la ceniza yerta
que apagará sus formas cuando la pobre — ¡muerta! —
vaya a la Eternidad...

Montevideo.

Francisco A. PAGANO.

y no tardará en llegar a las calderas.

El fin pronto llegaba, ya nada podía la voluntad del capitán contra los elementos. Con impaciencia dió momentáneamente el comando al piloto y descendió otra vez. Con dificultad se hacía camino por las aguas del mar que cubrían constantemente la cubierta, dando la impresión de que la nave viajaba sumergida. Por fin llegó al sotavento donde encontró algunos de sus tripulantes guarecidos.

—¿Dónde está Masters? — preguntó gritando en medio del infernal rugido del mar. — ¡Masters! No quiero decir Thompson. ¿Dónde está?

—Aquí, capitán, — contestó una voz a medida que las dos figuras se acercaban para poder conversar.

—Tienes que ayudarme, Masters. No tengo ninguna carta de la bahía a bordo.

—Eso es cosa tuya — contestó con sorna. — ¿Qué dirán cuando se sepa? ¿No sabes que es obligación de todo buen marino proveerse de cartas marítimas de todos los refugios que hubiera sobre la costa dentro de su ruta?

—¡Maldito seas! ¡Podrías salvar a las mujeres y niños!

—Sí, podría, pero eso sería salvarte a tí, y, lo que es por mí, puedes morir.

—Por lo menos indicame el canal de entrada, ¿por qué rumbo se toma?

—Búscalo, probando todos los rumbos.

En un momento de desesperación el puño del capitán dió con toda su furia en la cara del maniobrista. Este no se inmutó, parecía gozar más, viendo el desconcierto y sufrimiento de su superior.

La atención del capitán fué atraída por los gritos de los vigías.

—¡Una luz a estribor! ¡Una luz a estribor!

—Ese es el faro Table Bluff, señor. ¿Qué ruta seguimos? — era la voz del piloto que pedía órdenes al capitán.

—Seguimos como estamos — contestó el capitán por decir algo; el hombre se encontraba completamente desorientado. Un llamado urgente del cuarto de máquinas lo llevó de nuevo al puente. Era el primer maquinista.

—Diez minutos más podré darle vapor. Estoy manteniendo el orden; aquí, a mano armada.

—¡Diez minutos! — gritó el capitán con voz histérica. — ¡Por Dios!

Una figura envuelta en un encerrado bañado de agua, corría a lo largo de la cubierta con rapidez y se introdujo en la cabina del timonel.

El hombre que estaba en el timón fué empujado a un lado con violencia y se vió entonces que Thompson, el maniobrista, se encontraba empujando la rueda del gobierno.

El capitán y los pilotos, en su asombro, siguieron la figura del maniobrista hasta la cabina, quedando perplejos ante la actitud de Thompson.

—Consígueme un reconocimiento de ese faro, Juan, ligero antes de que sea demasiado tarde. ¡Un reconocimiento! — gritaba con estrépito como un poseído.

Pero el capitán lo había localizado con anterioridad y se lo comunicó en una voz tan ronca que hasta él mismo la desconocía.

Thompson miraba la bitácora y guiaba el timón con movimientos

bruscos y precisos.

La mar continuaba, entretanto, su obra destructora y ya casi se podía decir que las cubiertas quedaban devastadas.

Thompson, o sea Masters, se ha-

Por dos veces el "Mathor" casi sumergido rozó el fondo del canal al entrar, cruzando por encima de los bancos con el poco vapor que le restaban a las calderas.

Había ganado la bahía juntamen-

TOME

MARTINI & ROSSI

VERMOUTH

Agradable a cualquier hora

Unicos Concesionarios:

ARDANZA HIJOS

1535 - SAN JOSÉ - 1545

BUENOS AIRES

bía posesionado de su puesto, volvía a ser el viejo lobo de mar de otros tiempos. Llamó al timonel cediéndole su lugar, mientras él, parado a su lado, daba las órdenes: ¡a babor! ¡más! ¡menos! ¡un poco a estribor!

te con la llamada del cuarto de máquinas informando al comando que todo terminaba en cuanto a fuerza motriz. Al poco rato las luces se apagaron, los dinamos quedaron silenciosos. ¡Pero la nave se había salvado!

EL DESEO DE UN PENSADOR

Después de leer volúmenes profundos y de viajar por países lejanos, aquel pensador desconocido, se sintió enfermo de una tristeza que era más grande que su alma. Había buscado inútilmente la razón de la vida, a través del misterio, y había comprendido como dice un gran poeta: "qué limitado es el mundo, para los ojos del ensueño".

Los filósofos optimistas le parecían niños que deseaban quitarse el miedo, entonando una canción en un cuarto oscuro; y cuando más, buenos moralistas que transmitían una fe que les faltaba: generosidad admirable de un bienestar efímero. Su espíritu no hallaba en el fondo de los textos religiosos más que las manifestaciones de una esperanza ferviente. Sí, una esperanza, sólo una esperanza, era el corazón de todas las cosas.

Desde entonces, no tuvo más deseo que el de ser un bruto, un alma que se alegrara de cualquier manera, para ser feliz. Se retiró a una aldea modesta, rodeada de hermosas quintas.

Cuando llegó, ya era primavera. Y pensó:

—¿Para qué tantas flores y racimos? También las plantas se engañan; su entusiasmo es una locura; no saben que se acerca el otoño.

Algunas noches, jugaba a la lotería, en el club del pueblito, o se cansaba adrede, caminando en compañía de personas serias; pero luego, en su casa, le subía a la garganta como una inundación de llanto, que apenas lograba reprimir. Comía mucho para sanarse; era lo único que le hacía bien...

—Lo que yo deseo es ser un bruto — pensaba.

Este pensador no sentía el placer del conocimiento. Había llegado a comprender que sus estudios fueron la causa de su desgracia. A veces, sonreía irónicamente, ante su espejo, y decía:

—Engordo mucho, ¿no es verdad?

Pero en su sonrisa, temblaba un profundo dolor. No encontraba el modo de apagar la llama azul de su espíritu; de ser feliz, estúpidamente feliz.

Todo ello aumentaba su desilusión y su amargura. Un día triste, sacó los originales de sus obras, y los echó al fuego. ¿Para qué escribir — pensó — si no puedo hacer dichoso a nadie, si mis libros no pueden mejorar la vida? Por eso, de este pensador no habla ninguna historia.

Pedro Miguel OBLIGADO

—¡No me agradezcas! — gritó Masters al capitán retirándose del abrazo que le ofrecía. — ¡No me agradezcas! ¡No lo he hecho por tí! Ni por tu mujer ni tus hijos. Tampoco por el pasaje. ¡Maldición! Este era mi barco una vez. ¿Podrías creer por ventura que me era posible verlo destruirse contra las rocas, guiado por manos de un inexperto? Navegó felizmente durante diez años bajo mi comando. ¡Era mi nave! ¡Mia...! ¡Tú, maldito, vete al infierno!

Con esas palabras la figura desapareció en las sombras, cruzó la cubierta y se colocó en su antiguo puesto.

¿Por qué se mancha la plata y no el oro?

Existe siempre en la atmósfera una cierta cantidad de azufre en diferentes combinaciones, y ese azufre actúa sobre una cantidad de objetos expuestos al aire. Esto se manifiesta aún más cuando se utiliza gas de alumbrado, porque éste contiene una cierta cantidad de azufre que se escapa a la atmósfera. Ningún compuesto sulfuroso tiene acción sobre el oro y por esta razón éste no se mancha, pero varios compuestos sulfurosos actúan sobre la plata cubriendo su superficie con una película negra llamada sulfuro de plata. Al frotar la plata para darle brillo, ese sulfuro desaparece, pero el metal se va gastando progresivamente, haciéndose sensible su pérdida después de un tiempo.

Si uno usa objetos de plata y toma al mismo tiempo medicamentos conteniendo azufre, sucede a menudo que éstos se ponen negros. Esto sucede porque una cierta cantidad de azufre se elimina por los poros de la piel, formando sobre los objetos una película de sulfuro de plata.

El caso más frecuente que se puede observar es el del ennegrecimiento de la platería al contacto de los huevos. Los huevos contienen una fuerte cantidad de azufre, combinada con diferentes sustancias y cuando se usan cubiertos de plata para comerlos, se ve inmediatamente que la superficie de este metal se pone marrón y si no se cuida de limpiarlos prolijamente quedan manchados de negro.

Preparación mutua

Un estudiante que ha sido suspendido en todas las asignaturas, al tener que regresar a su casa, pone a su hermano el siguiente telegrama: "Suspense en todas, prepara a papá". Y su hermano cumple el encargo y le contesta también por telégrafo y en la siguiente forma: "Papá preparado, prepárate tú".

En el restaurante

—Mozo, quiere hacer el favor de traerme un peine y un cepillo?

—Si quiere afeitarse, puede pasar al gabinete de aseo...

—Entonces llévase la sopa a ese gabinete.

Curiosidades

El miedo impide la secreción de la saliva. Las personas asustadas tienen la boca seca.

El ferrocarril de Florencia a Bolonia pasa por 52 túneles.

El salmón, mientras se encuentra en agua dulce, no come absolutamente nada.

En 1926, Huyghens empleó por primera vez el péndulo para la regulación de los relojes.

El corazón de los robles comunes empieza a pudrirse hacia los trescientos años.

A los violadores del tráfico, en Chicago, no se les multa; se les obliga a asistir, durante varios días, a una clase oficial, en la que se les enseña el modo de guardar las reglas de policía urbana.

Los movimientos de las cucarachas comunes que se crían en las casas son tan rápidos, que les permiten dar 50 pasos en el mismo tiempo que un hombre tarda en respirar una vez. Si tuviéramos igual agilidad, podríamos caminar a razón de 40 kilómetros por minuto.

Raro es ya el turco que usa el fez tradicional. Del material de que éste se componía se está haciendo un calzado especial.

Las catacumbas de Roma contienen, según se cree, los restos de más de cinco millones de seres humanos.

En los trenes del Japón se utiliza la radio para avisar a los viajeros las estaciones por donde cruzan.

La belostoma es uno de los insectos más grandes que se conocen. Su tamaño es, por lo general, de 10 a 12 centímetros de largo por 4 ó 5 de ancho. Vuela perfectamente, y se caracteriza porque ataca y destruye las crías de los peces.

El árbol más peligroso, porque atrae al rayo, es la encina, a la que siguen el álamo, el sauce y el olmo; los más seguros son el tilo y el laurel.

Los viajeros árticos han hecho la curiosa observación de que cuando la nieve tiene temperatura sumamente baja, absorbe la humedad y seca la ropa.

De todos los animales, el murciélago orejudo es el que tiene las orejas más grandes, pues miden tres centímetros y medio, teniendo el cuerpo y la cabeza juntos sólo unos cuatro centímetros y medio.

La materia colorante de muchas barras usadas para colorar los labios es debida al carmín, substancia excretada por un insecto, la cochinilla, que, disecada, tiene brillante color escarlata.

Los avestruces no van nunca derechos a sus nidos, sino que para acercarse a él dan una porción de rodeos con objeto de que si algún enemigo está observándolos no acierte dónde lo tienen.

Los árabes de España fueron los primeros que colocaron globos de color en las farmacias.

Recientemente, en Columbus (Indiana), se ha encontrado una serpiente petrificada.

El colegio más grande del mundo está en el Cairo. Recibe anualmente alrededor de diez mil estudiantes, que recogen las lecciones de 310 profesores.

Créese que ha caído mayor cantidad de plata y oro en el fondo del mar que la que hay actualmente en circulación sobre la tierra.

En Australia hay gusanos que tienen quince centímetros de largo.

Cuando la época de realizar el censo llega en Tokio, se disponen unos cuantos hombres a anunciar el acontecimiento por la población para prevenir a las gentes de la llegada de los agentes encargados. Esta curiosa forma de anunciar es más eficaz y llega mejor que los avisos corrientes en los diarios.

El alcohol absorbe agua del aire hasta contener un 5 por 100 de este fluido incombustible. Este agua hace que los cigarros se enciendan con dificultad, cuando se usa alcohol en los encendedores.

En Ceilán se emplea el elefante de la India para arar, y lo más curioso es que el elefante, una vez terminado su trabajo, él mismo transporta el arado.



Encontrar una herradura con todos sus clavos

es un augurio de suerte; pero es tener más suerte conocer un buen remedio para la tos, verdadera plaga en el invierno.

Si no lo conoce, vamos a recomendárselo: se trata de las

Pastillas IODEINA Montagú

La Iodeína, descubierta por Montagú, es de acción específica sobre las afecciones de las vías respiratorias, descongiona los bronquios, facilita la expectoración (agotándola luego) y quita el cosquilleo molesto que incita a toser.

No hay tos, por rebelde que sea, que resista a las pastillas de Iodeína Montagú.

En todas las farmacias y en la

Farmacia Franco-Inglesa

SARMIENTO Y FLORIDA La Mayor del Mundo BUENOS AIRES

Conmemoración del aniversario de la independencia del Perú



El ministro de Guerra, general Agustín P. Justo, el embajador del Perú, señor Checa Eguiguren y demás miembros de la comitiva oficial, durante el homenaje tributado por el mencionado diplomático ante la estatua del General San Martín, consistente en la colocación de una corona de flores naturales al pie del monumento al Libertador con motivo del aniversario de la independencia del país hermano.



La corona de flores naturales ofrecida por el embajador del Perú, en homenaje al general San Martín.



El teniente coronel Sánchez Reinafé, comandante del regimiento de granaderos "General San Martín" haciendo uso de la palabra durante el acto.



Vista parcial del salón de la Asociación Patriótica Española mientras se realizaba la fiesta que en honor del Perú organizó la Comisión de Homenaje a Repúblicas Ibero-Americanas. En primera fila: el embajador del Perú, señor Checa Eguiguren y el cónsul general de dicho país, señor Bullen, con sus respectivas esposas.



Un aspecto de la concurrencia que asistió al acto literario-musical efectuado en el local de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en homenaje al Perú.



Los señores R. García, Carlos P. Correa, doctor Manuel Beltroy y Guzmán Cáceres, que tuvieron a su cargo diversos números del programa desarrollado en la fiesta de referencia.

Banquete en honor de Quinquela Martín



Una comisión integrada por caracterizados vecinos del barrio de la Boca, organizó un banquete popular en honor del notable pintor argentino Benito Quinquela Martín, celebrando los brillantes éxitos artísticos obtenidos por éste en diversas capitales de Estados Unidos y de Cuba. — El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, que se admiró a la demostración, honrando el acto con su presencia, ocupa la cabecera de la mesa, teniendo a su izquierda al obsequiado. El homenaje que adquirió brillantes proporciones, se realizó en el local de la Sociedad José Verdi, con la asistencia de gran cantidad de comensales.



Notas de arte



Señorita Selma Naumann, distinguida profesora de piano que prepara un concierto de sus discípulas en el que interpretarán la quinta sinfonía de Beethoven, en cuatro pianos, a diez y seis manos

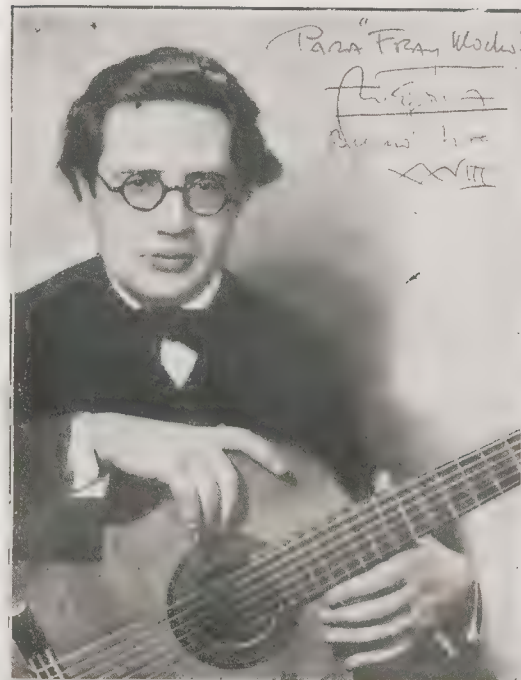
DECLAMADORA



Señorita Emma Agüero Soler, prestigiosa artista de la declamación, que ha sido nombrada embajadora de los poetas uruguayos en Río de Janeiro, ciudad en donde dará sus audiciones poéticas



Señorita Nelly Borda, notable pianista, discípula de la profesora Naumann, que intervendrá en el concierto donde se ejecutará la quinta sinfonía de Beethoven



Andrés Segovia el célebre guitarrista español que ha obtenido los más brillantes éxitos en las principales capitales del mundo y que actualmente continúa entre nosotros la sucesión de sus triunfos artísticos

Visita del ministro de Instrucción Pública a Cacheuta



El ministro de Instrucción Pública, doctor Antonio Sagarna, acompañado del vicegobernador de la provincia de Mendoza, doctor Zaarandón, del ministro Moyano, de altos jefes de los ejércitos argentino y chileno, y de otros caballeros, durante la visita que efectuara a las termas de Cacheuta.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Ylia Ricci con el señor Adalberto D. Laplacete.



Señorita Ibáñez con el señor Bermúdez Zolezzi



Señorita Lucrecia Rosales con el señor Roberto Ochoa.



Señorita Mercedes Isabel Elortondo con el doctor Alfredo Labougle



La señora Raquel Lima de Filgueira y sus hijos



Señorita Angela Serqueira con el señor Bruno Martelli



Señorita Alcira Maria Rossi Raffo con el doctor Ricardo Marengo

BIBLIOGRAFIA



Doctor Justo G. Dessein Merlo, autor del libro de poesías "Aztlan", recientemente aparecido

Colaboradores de "Fray Mocho"



Señorita Della Romero Llanos, nueva colaboradora de FRAY MOCHO

VIDA DEPORTIVA



Señor Carlos F. García, activo secretario de la A. A. A. de Football



Un cabello rubio

Por Leandro

Se veían dos veces por semana, en casa de ella. Eran simples conversaciones de dos estudiantes preocupados por su carrera, en las cuales él había aprendido a conocer y a admirar el ingenio y el viril orgullo de su compañera, una norteamericana que resolvía teoremas, comprados después por muchos alumnos, a quien no le gustaba figurar en sociedad porque, según decía, para no quedarse sola en un rincón hubiera tenido que echar mano de muchas tonterías.

Ella era alta, bien formada, un poco pálida, de ojos apenas vivaces pero intensos, que no secundaban la movilidad de la boca, revelando el rostro una extraña discordia entre la sensibilidad de sus nervios y la frialdad de la razón.

Cuando entraba en el saloncito, bajando los pocos escalones alfombrados, a Alberto le parecía la diosa de la alegría.

El, en cambio, era un poco fantástico. Si, por ejemplo, permanecía solo y en una posición cómoda, era capaz de pasar mentalmente desde Europa a América sin darse cuenta, convertirse en general, senador, o ir poco a poco ascendiendo hasta coronarse en emperador.

Por ahora, era estudiante de tercer año de química y no tenía más fuerza a su disposición que el cerebro para tener éxito en los exámenes, y el estómago para mantener bien el cerebro. Lo peor es que él se hacía a menudo esa reflexión cada vez que perdía un poco de tiempo retirándose a los departamentos oscuros, pero no complicados de su alma. Tal vez por esa consciente mezquindad de vida, hacía algunos meses que le gustaba refugiarse con su fantasía en el saloncito de miss Evelyn, en donde le eran particularmente agradables una media iluminada por la rosada luz de la lámpara y dos sillones, muy cerca uno de otro.

Una mañana que fantaseaba recordándolos, sintió un extraño deseo: estudiar la letra de Evelyn. Tenía en sus cuadernos varios apuntes hechos por ella. Al ver aquella escritura varonil sintió un movimiento de repulsión y lamentó el haber querido contemplarla.

—¿Cómo es posible que esta muchacha — murmuraba — no escriba como las otras, con esas líneas finas que unen las letras como en un apretón de manos, que dejan un trazo, como un gesto semejante al envío de un beso?

La letra de Evelyn era seca, decidida: si se hubiera tratado de otro habría dicho que era la revelación de la vanidad egoísta. A fuerza de observar, encontró una "a", bastante abierta, y una "o" con ganchito. Y se consoló al pensar que, por lo menos, ella era leal y constante.

Por la noche fué a visitarla. Su primera mirada fué tan hostil que la muchacha lo advirtió y trató de mostrarse más amable y graciosa que de costumbre, ofreciéndole dulces y licores. Al acabar el estudio,

Alberto estaba ya convencido de que una señorita que hacía las letras vocales tan amplias debía tener un corazón sensible y apasionado.

Por lo demás, aquella noche había sido afortunada: pudo comprobar que el frío dominio de sí misma, de Evelyn, era algo digno de ser admirado.

De pronto, la pantalla de seda que cubría la lámpara encendióse y ardió con repentina llamarada.

Alberto trató de apagar el fuego con el pañuelo, pero inútilmente. Evelyn, tranquilamente, tomó la lámpara y miró al suelo, y a la tentana. En ninguno de los dos sitios podía ponerla porque había cortinas, tapices y almohadones fácilmente inflamables. Entonces atravesó el saloncito y dejó la lámpara sobre el piso del corredor, que era de mosaico. Después volvió a sentarse sin exhalar gritos de espanto como lo hubiera hecho otra mujer en su lugar.

Cuando acudió la criada a preguntar lo que ocurría, Alberto miró a las dos mujeres pensando en el revuelo que el incendio de la pantalla hubiera producido en otra casa. No necesitó nada más para convencerse de que aquella era la única mujer posible para un hombre que tenía que ganarse la vida.

Al día siguiente, Alberto volvió a casa de su amiga a las cinco. Ella salió a su encuentro y le dijo:

—Estoy sola para tomar el té... ¿No lo tomaría usted conmigo?

Alberto observó con intención:

—¿Me invita usted porque está sola o porque le agrada realmente mi compañía?

—No debe usted decir esas cosas — repuso tranquilamente la norteamericana.

Para él eso fué la explicación de la conducta reservada de Evelyn. Pero la reserva de Alberto había disminuido un poco. Cuando él hablaba ella se recostaba en el sillón y permanecía inmóvil, con los ojos fijos, intensamente fijos. Después, cuando los dos se inclinaban sobre el cuaderno, sus cabellos se rozaban, lo mismo que sus manos, en una intimidad deliciosa.

Alberto hubiera querido permanecer allí toda la vida, y resistiase a alejarse retardando el momento de la partida.

Así transcurrieron varios días hasta que él se atrevió a decirle que nunca se había animado a declararse a una señorita por temor de que le respondiese con una carcajada. Y agregó:

—¿Y si lo hiciera con usted?

—¡Oh!... No lo intente.

—Pero en un caso así, ¿qué haría usted?

—Espero que sabría salir del paso con desenvoltura.

Esto hizo morir en él el deseo de una declaración explícita. Pero todavía, hablando de su futura posición, se atrevió a decirle que su porvenir sería más brillante si hubiera podido publicar sus trabajos en inglés.

—¿Usted los traduciría?

—Con muchísimo gusto.

El joven tuvo un estremecimiento de alegría y agregó:

—Entonces podríamos formar una "Limited Company". ¿Aceptado?

Evelyn inclinó la cabeza sonriendo y enrojeció un poco.

—Pero cuando se haya casado, — añadió Alberto — ¡adiós Limited Company!

Yo no me casaré.

—¿Por qué?

—Porque no me gustan los niños.

—¿No?

—No: mi prima tiene uno feísimo que llora día y noche y molesta a medio mundo.

Alberto hizo un gesto de amargura y buscó en el rostro de la norteamericana si aquellas palabras eran dichas sinceramente, pero ella lo miraba con tan afectuosa devoción, que él se convenció de que las había dicho por broma, con el afán de molestarle.

Pero no pudo contenerse y preguntó:

—¿Por qué me mira así?

—Estoy observando si sus ojos pueden decir todo lo que usted quiere.

Alberto sintió henchirse el corazón y continuó con ansia:

—¿Así que usted todo lo comprende?

—No lo sé, pero cada cosa que usted dice, tiene vida, hasta las áridas fórmulas de química.

La desviación era tan evidente que al lado de sus más risueñas esperanzas, Alberto sintió crecer la duda. Comprendió que aquella respuesta disimulaba algo grave, serio. Para desafiar aquella duda torturante, su valor no le sugirió nada mejor que insistir sobre su colaboración intelectual, sin que la norteamericana se negase a trabajar juntos.

En el primer mes de las vacaciones, los dos jóvenes se escribieron a menudo para darse recíprocos informes sobre los estudios, y aunque las cartas de él estuvieran llenas de confidencias y devota admiración, las de ella eran de una fría corrección inglesa, desconsoladora.

Evelyn, distraída por las diversiones del balneario adonde había acudido en busca de descanso, no se apresuraba mucho en los estudios y en una carta decía: "Le ruego que me ordene estudiar. Ya usted sabe el ascendiente que tiene sobre mí".

Esta frase era muy halagadora y para Alberto fué la seguridad explícita de la solidez de la "Limited Company".

Ahora, cuando pensaba en Evelyn, no podía figurarse de otra manera que en el saloncito, traduciendo sus obras, y se veía él también sentado ante su mesa de trabajo, en vías de escribir las más altas teorías científicas, que harían su gloria y la de "madame" Evelyn.

Pero en lo mejor de sus sueños, ésta le anunció que no continuaría sus estudios en la universidad, sino en el extranjero.

El pobre Alberto creyó desmayarse de emoción y en respuesta a aquella inesperada noticia, escribió una larga carta lamentándose de perder una compañera semejante. Sus palabras eran tan afectuosas, que Evelyn, al encabezar su respuesta, puso: "Querido Alberto" en vez del usual "Amigo mío", dándole efusivas gracias por su simpatía.

Era la primera vez que, en su correspondencia, Evelyn hablaba de afecto.

El joven, envalentonado por la amabilidad de aquella carta, creyó llegado el momento de hablar seriamente y así, en las cartas sucesivas, le habló de su profunda pasión.

La deseada respuesta llegó con una semana de retraso. Alberto la abrió temblando. La carta empezaba así:

"Sus palabras me han hecho una impresión extraña..." Su mirada voló a las últimas líneas:

"Le ruego que no tome a mal mi negativa ni se ofenda por ello. Renúvole la seguridad de mi sincero afecto, que mucho me agradaría poderle demostrar en cualquier ocasión".

Alberto creyó que su corazón dejaba de latir y vió todo oscuro a su alrededor. Pero, de golpe, sintió un loco acceso de ira al pensar en las últimas palabras de la carta. Sin duda se refería a la "Limited Company".

¡Cuánto desdén sintió entonces por Evelyn!

Le escribió tres o cuatro cartas insolentes, que hizo pedazos después. La última, que envió, no era sino de media página, preguntándole dolorido si ella creía que sólo el interés de una colaboración y de una ayuda le había impulsado a hacer lo que había hecho.

Desahogado el primer impetu de ira y pasada la tormenta pasional, el joven acabó por comprender que convertirse en la esposa de un quini-co, no era la posición más brillante a que podía aspirar una pariente de millonarios. Sin saber por qué, esperaba una palabra amistosa, un bálsamo para su alma dolorida. La contestación llegó esta vez sin retraso, con puntualidad sajona.

Evelyn se mostraba contristada por lo ocurrido, lamentando haber expresado tan mal su pensamiento y pidiendo excusas por haberlo ofendido sin querer.

(Continúa en la página 35)



Dos escenas principales de la espléndida producción francesa "Casanova (el príncipe de los amantes)", que la casa Gaumont empieza a exhibir con gran éxito. — A la izquierda: Casanova (Ivan Mosjoukine) convertido en M. Dupont, modisto parisiense vistiendo a la emperatriz Catalina de Rusia (Susana Bianchetti). — A la derecha: Casanova durante el carnaval veneciano, obligado a optar entre la señora Mary y la Duquesa.



Dorothy Dwan y John Mc. Brown, dos nuevos actores, protagonistas de "No somos lo que fuimos", que la Fox estrenará el jueves 9.

Las Películas Extra Arte (1928)
SON LAS MEJORES

¡No deje usted de verlas!

ESTRENOS DEL MES DE AGOSTO

Treinta minutos de amor

Extra Arte Tiffany Stahl, con Dorothy Sebastián, John Harron, y Huntly Gordon.

ESTRENO EL DOMINGO 5 DE AGOSTO

El campeón del equipo

Extra Arte Gotham Pictures, con Ralph Graves y Gertrude Olmstead.

ESTRENO EL DOMINGO 12 DE AGOSTO

Guardando la incógnita

Extra Arte Tiffany Stahl, con Antonio Moreno y Claire Windsor.

ESTRENO EL DOMINGO 19 DE AGOSTO

La tragedia de un amor

Extra Arte Grescent Pictures, con Pat O'Malley y Carmelita Ge-raghty.

ESTRENO EL DOMINGO 26 DE AGOSTO

CORPORACION ARGENTINO AMERICANA DE FILMS



Hugo Trevor, protagonista de "Su héroe de verano", que la General estrenará mañana



Ralph Graves y Gertrude Olmstead en "El campeón del equipo", film Extra Arte que la Corporación estrenará el domingo próximo



Paul Wegener y Alice Terry en "El mago", que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará el viernes de la presente semana

El domingo 5 de Agosto y días subsiguientes

CASANOVA

(El Príncipe de los Amantes)



Se exhibe
con coro y música adaptada.

En los cines PARIS CALLAO y PETIT SPLENDID

por IVAN MOSJOUKINE



TEATROS



Dora Menichelli, aplaudida primera actriz de la compañía italiana de comedias del teatro Politeama



E. Serrador Mari, el joven actor de la compañía de su nombre que actúa en el teatro. Onrubia



Inés Beruti, la notable actriz que al frente de su compañía de operetas, realiza actualmente una brillante temporada en el teatro Odeón de Tucumán



Elvira Celbredda, característica; Manuel Albadalejo, tenor cómico y Paquita Rodoreda, tiple cantante, otras tres destacadas figuras del elenco de la compañía de Inés Beruti, actualmente en Tucumán

GENTE MENUDA



Juan Carlos Missaglia



Ricardo Narvaes Ponce



Beatriz Hilda Vidal Bronenberg



Enrique Bernardo de Pateras-Pescara



Ernesto Cano y Horesky



Catita Missaglia



Linda Elsa Cottini



Vito Rey Martinez

DE ROSARIO DE LA FRONTERA



Señores Camilo Villella, Alberto Lara, Félix L. Aragone, Araujo, Conde Bearn y presbítero Aragone.



El señor Thompson examinando el trapiche de Bernis, que, según se asegura, tiene 80 años de existencia y fué el segundo que en el norte elaboró azúcar de caña.



Señorita Isabel Garrone luciendo el tradicional guardamontes salteño, en la estancia de Güemes.



Un grupo de excursionistas a su regreso de un paseo campestre efectuado por los alrededores.



Leyendo la inscripción de la casa histórica en Yatastro.



Los señores Alberto Lara y capitán Enrique D. Quiroga, acompañados de sus respectivas esposas, durante una jira.



La señorita Sainz, ganadora del concurso de tiro organizado entre las familias que pasan temporada en las termas.



Familias excursionistas visitando el canal del Molino Centenario



La parte nueva del edificio del Terma Hotel
Fots. Bonnin.

—¡Ps' cha digo, que noche e' perros!

En realidad no podría haberse elegido una noche invernal peor, en que los campos aparecían azotados por un temporal huracanado de lluvia e intensísimo frío desde hacía tres largos días.

Los mensuales de la estancia *La Querencia*, después de comer un churrasco semi-crudo y sucio de ceniza y tierra, han hecho rueda alrededor del fogón, instalado en el galpón de los peones a causa del tiempo reinante. Los claros del fuego recortan la silueta fantástica de esos hombres emponchados y tristes, mientras, entre mate y mate, cuenta una voz cansada y agria su *desgracia*. Un domingo de carreras, en el boliche, ébrio y envalentonado por un dicharacho guaso, mató de una puñalada a un tropero, compañero suyo, que lo tenía en el ojo. Después... lo de siempre. Huyó de la policía y se internó en el Delta entrerriano, donde fué cuatrero, e hizo de vaquero a las tropas que cruzan el Paraná, para volver ya viejo a sus pagos, a ver su rancho, siquiera una vez antes de morir.

Crepita la leña del fogón... Afuera, retozan las tropillas entre el chapalear de los pastizales y el canto de los pájaros ahuyentados por esa loca expansión. De vez en cuando, se escucha el alerta estridente y desesperado del vigilante tero o el chirrido terco y agorero de alguna lechuza, mientras golpea la canción de la lluvia sus estrofas híbridas y odiosas en las chapas del galpón.

De pronto, Don Nicasio, el capataz, se pone lívido, hace la señal de la cruz y musita: "Padre nuestro que estás en los cielos..."

—¿Qué sucede, don Nicasio? — preguntó, respetuosamente, Laurentino, un tropero de paso, con fama de peleador, buen jinete y descreído, pero mozo muy apreciado en el pago por sus condiciones varoniles.

—He oído silbar el alma del pobrecito Panza de Agua, que Dios tenga en su gloria, — repuso el interrogado con evidente emoción.

—¿Alguna historia nueva de ánimas y dijuitos? ¡Caramba, qué no inventan estos criollos en el fogón! — comentó Laurentino con buen humor.

Don Nicasio se puso serio, chupó el mate, miró fijamente al tropero y le dijo:

—Laurentino, no te debes rair. Alvierto que traís el ánimo dispuesto a burlarte de estas cosas

El alma de Panza de Agua

Por Nicéforo Asiain

que vos no querés creír... hasta que te suceda algo en castigo de tu incredulidad. Ansina me pasó a mí.

—No se enoje, don Nicasio, y rilate la historia — protestó, amablemente el aludido.

—Sí, sí, cuéntela, — corearon los demás oyentes.

—Bueno, ta bien — dijo el capataz. — Son cosas que ni nuembrar quiero, pero no vayan a piñarse, que naides, por más léido que sea, puede mofarse de las brujerías. Empiezo:

crona, acompasada, cansadora... Prosiguió:

—El pobrecito vivía solo con sus perros en esa tapera que está al pie del arroyo Las Víboras, aquí cerquita, detrás del montecito del último potrero y era muy vaquiano para vadear el arroyo cuando crecía con los temporales; la tapera ahora está abandonada. No había más que gritarle, y ya salía el pobre, bajito y barrigón, silbando un triste, a dar una manito. ¡Y de bonachón qu'era, cómo se raía del susto del prójimo!



—A Juan Rubianes lo apodaban Panza de Agua a causa de una hinchazón enorme que tenía en la barriga. Los doctores decían que esa enfermedad era agua y el finadito craía que era el agua que los pulperos le echaban al vino cuando estaba mamao. Muchos rilatos corrían del pobrecito. Unos que era ratero, otros que se había disgraciado matando un maula que le robó su amor en la juventú y no pocos que guardaba mucha platita en su choza.

El caso es que él vivía de achuras y era servicial y bueno. ¿Había que carnear y faltaba un pion? ¿Se pasó una res a campo ajeno? ¿Se necesitaba un chasque? Ahí estaba Panza de Agua siempre comedido y contento, rodiao e'perros y con su moro del cabestro.

Respiró largo D. Nicasio y miró a sus oyentes, todos atentos a la historia que tanto lo impresionaba. El agua y el viento castigaban el galpón de cinc con esa música isó-

El caso es que hoy hace justamente cinco años que lo cosieron a puñaladas, sin que hasta ahora se sepa quién jué. La autoridad malicea de unos mercachifles que pasaron la noche en el rancho de él a causa de un tiempo perro, como éste. Y dende entonces, cada día que se cumple un año más de la noche aquélla que ni nuembrar quiero, parece que el mesmito Diablo nos manda estos temporales, indinao por lo que hicieron con el finadito, en tanto el alma de Panza de Agua anda rondando por estos parajes en busca de los mercachifles pa peliarlos cara a cara, mientras llega a mis oídos en medio de los truenos, del agua y del viento, su silbido y su risotada.

Nicasio suspiró, como impresionado de su propio relato y solo se oyó el crepitar de las brasas y la lluvia que arreciaba más cada vez. Continuó hablando:

—Después del crimen siempre que alguien intentó atravesar esta

noche el arroyo, se ha disgraciado. A Ruperto se lo llevó la correntada. El negro Luna está loco porque, asigún dicen, el alma del finao le silbaba de atrás y después se raía. De Juancito naide supo nunca más nada, como si la tierra se lo hubiera tragao. Salíó en su rabicano porque la finadita Rosa estaba por parir y después de pedirme la bendición, naide lo vido más ni mentó sus rastros. Yo, como buen criollo, no tengo miedo a nada ni a naides en tratándose de peliar frente a frente o de montar en pelo un redomón que sepa corcoviar fuerte y sin asco, pero es al fiudo, que me forcejeen por atravesar el arroyo en el aniversario del hecho, porque estoy seguro que me pasará lo mesmito que a los otros. Las cosas del otro mundo no son para los criollos.

Y Nicasio, paisano curtido y co-

rajudo, hecho a los hombres y a los animales malos, se pasó la mano por la frente mientras bajaba el ala del chambergo para no mostrar sus ojos un poco nublados.

Los peones quedaron profundamente pensativos e impresionados sin levantar los ojos del fuego. El mismo Laurentino estaba ensimismado y muy preocupado cuando, de pronto, ante el asombro general, dijo con voz firme:

—Yo pasaré el arroyo, ahora mismo.

Inútiles fueron los consejos para disuadirlo de esa idea loca y temeraria. Nada pudo ante su decisión; ni la autoridad moral de don Nicasio, ni el temporal y la noche oscurísima que parecía, según los cuentos, una boca de lobo.

—Yo no creo en fantasmas ni aparecidos, — dijo. — Las cosas de este mundo tienen todas su explicación y no hay almas en pena, ni duendes, ni gúaliches. Rispetando todas las creencias y agradeciendo todos los consejos, yo pasaré el arroyo.

—Vaya amigazo — dijo Nicasio. — Dése el gusto y ruegue a Dios que lo perdone. Ensille mi malacara que está atado al palenque. Es mansito como una oveja y conoce a ciegas todos los caminos.

Ante la curiosidad y el miedo de los peones, Laurentino ensilló el malacara, bien despacio. Apretó fuerte la cincha, se emponchó bien y montó.

Hasta mañana, muchachos, — dijo, mientras el fuego del fogón iluminaba su rostro serio y enérgico quemado por el sol y los vientos.

—Que Dios lo bendiga, m'hijo — contestó Nicasio.

Laurentino se afirmó en las coronas, tanteó la cruz del facón, calzó el talero y le pegó un chirlo al malacara.

El capataz, triste y conmovido, ordenó para disimular su emoción:

—Che, Aureliano, ponete un alambre a esa puerta que falta en la tranquera porque sino la caballada, con el temporal, se nos va a meter a las casas.

Crepita la leña del fogón... Lluve siempre con fuerza. El viento frío y cortante, que se cuela por las rendijas, entona una cantilena semitonada y lúgubre. Un portugués y un gallego discuten de política, con los ojos casi cerrados por el sueño.

Después revuelven las brasas, las pisan, les echan un poco de agua y se retiran uno a uno; extienden aquí y allá las pilchas del recado y se tiran, vestidos, para descansar...

Al rato y en el silencio triste de la noche, como el signo anunciador de una raza que se pierde, el bordonear de una guitarra... y una voz hispana que ensaya un estilo criollo.

A lo lejos aulla un perro.

* * *

Cuando Laurentino se decidió a vadear el arroyo, no lo hizo sin antes reflexionarlo bien. Muchacho joven y temerario, no compartía de ninguna manera las supersticiones y las leyendas criollas; fruto esto del continuo contacto con su patrón, un consignatario culto y liberal. Afortunado en las lides del amor, ducho y entero para manejar el fierro capaz de jugarse sobre el lomo de un reservao o frente al cuchillo consagrado, sin pestañear, toda su vida era una sucesión de éxitos y halagos de la suerte.

Después que Nicasio hubo concluido su relato, Laurentino pensó:

—Es necesario destruir esta tradición de supersticiones y nada mejor que ahora. Yo voy, atravieso el arroyo, duermo en la casa de Acosta, del otro lado, y mañana nadie creerá en la leyenda del bueno Don Nicasio. Y así atribuirán a la fatalidad, su verdadera causa, todos los accidentes que él endosa al alma del finado.

Sin embargo, ahora que se encontraba solo, frente a la oscuridad impenetrable de la noche, al frío y al agua, pareciera que su espíritu flaqueaba un poco.

No se veía absolutamente nada y el noble malacara iba al pasito como un ciego que tantea el terreno que debe pisar. De pronto, Laurentino sofrenó el caballo, escucha y dice, no sin un temblor en la voz, que le extraña a sí mismo.

—Apostaría que he oído silbar. ¿Quién po ser, velay? —

Acaricia la cruz del facón, pasa la mano por el lomo del malacara tembloroso de frío y levanta el ala del chambergo, mientras el agua castiga su rostro curtido y varonil. De pronto, un relámpago vivísimo le ofrece el espectáculo del campo cubierto de agua.

—¡Ahijuna, parece que el cañadón se ha desbordado! Ahora caigo en lo del silbido: debe ser el viento que se cuela en los juncales. ¡Caray que soyonso! Hasta me parece tener miedo...

Reanuda su marcha al paso, mientras el temporal azota su rostro y entumece sus miembros. Unos patos viajeros dan su nota atiplada

al ambiente y las ranas del cañadón no paran un momento su croar monótono y aburridor.

Después de otro relámpago, más vivo que el anterior, el fragor de un trueno lo deja medio sordo; luego se pierde su rezongo gradualmente a lo lejos. Laurentino, ahito de espanto se apea, pónese de rodillas y se santiga: — ¡Dios mío, qué tiempo! Si parece que se me ha metido el miedo en los caracuces. ¡A mí nada menos! — Y se ríe nerviosamente.

No hay duda que Laurentino, pese a su descreimiento, no había podido extirpar de su espíritu, como todo criollo, ese fondo innato de superstición y temor a lo sobrenatural. Las charlas descriptivas de su patrón, su juventud, su suerte, habían pulido un tanto ese sentimiento natural de nuestros gauchos, pe-

rentino, loco de terror, y clavó instintivamente sus espuelas en los ijares del malacara, qué, ciego, corría desbocado hacia la Estancia, en una carrera fantástica y diabólica, como si efectivamente el alma de Panza de Agua los persiguiera a carcajadas, llevando en esa furia desenfrenada, por delante, al entrar en la Estancia, el alambre que Nicasio había hecho colocar en la tranquera sin puerta y del cual Laurentino no sabía nada. El pobre jinete fué arrojado por el aire y al caer se fracturó la columna vertebral; boqueó sangre dos o tres veces, se encogió un poco ahí nomás quedó su cadáver expuesto al temporal todo el resto de la noche, mientras el caballo, herido y magullado, se alejaba ensillado al fondo del lote.

Al despertar del siguiente día,

¡POBRES HOMBRES!

Te llevabá en mis brazos
debajo la locura de mis besos.
Y al mirarme dos hombres,
—fornidos jornaleros—
dijeron despectivos:
—¡Ni que fuera mujer!
—¡Cuánto aspaviento!

Yo los miré un instante,
los contemplé sonriendo.
Uno — el más atrevido —
hasta me brindó un gesto...
Proseguí mi camino,
herido en lo más hondo de mi pecho,
y exclamé: ¡pobres hombres!
que jamás florecieron
en amor paternal! ¡Bestias de carga!
¡Almas de roca al noble sentimiento!

Los contemplé un instante,
composivo, sonriendo...
Y sobre la frescura de tu rostro,
rey de mi jubileo,
tornó a vibrar la música de mi alma
más gloriosa que nunca entre mis besos!

Ricardo M. LLANES.

ro, ahora que se encontraba solo, en esa noche borrasca, frente a los elementos y a la tradición, su corazón, de ordinario altivo y firme, latía de miedo a lo desconocido y solo su coraje lo llevaba adelante.

Otro relámpago le iluminó el monte del último potrero, detrás del cual se encontraba la choza de Panza de Agua y Laurentino, cortando campo, se dirigió en esa dirección.

—No creíba que me pasaría esto. Tengo miedo y hasta me paice cuento. En fin, andamos cerquita. Un poco más y ya está.

Ya se percibía el rugir del arroyo; muy crecido y bravo con el temporal. Los truenos se oían cada vez más lejos como una imprecación que se pierde... De pronto, al dar vuelta al montecito, Laurentino se encuentra frente a frente con el rancho iluminado de Panza de Agua, del cual sale una carcajada estentórea, estridente, burlesca, que heló la sangre de sus venas y desbocó al caballo de espanto.

—¡María Santísima!—gritó Lau-

plomizo y lluvioso, reunidos los peones en torno del cadáver, frío y lavado, mudos de espanto y clavados con el chambergo en la mano, Nicasio dijo:

—El alma de Panza de Agua ha castigao su temeridad.

Mientras tanto, allá en el rancho, tres llingas abandonaban la choza semi-destruida después de haberse guarecido durante la noche de las inclemencias del tiempo y la intemperie.

Y el Destino abonaba, con una víctima más, la tradición de las supersticiones criollas.

El procedimiento para obtener el opio

Aunque hoy está en todas partes severamente reglamentado el comercio del opio, y en muchos países prohibido en absoluto, aún cons-

tituye este estupefaciente una de las primeras riquezas de ciertas regiones.

Todavía hoy la mayoría de los cultivos de la adormidera se explotan para obtener el opio, y puede juzgarse de la importancia de esta producción considerando que su consumo anual representa un valor de cien millones de pesos papel, consumiéndose la mayor parte de esta cantidad en Oriente, donde, consentido o no, los fumaderos de opio son todavía una de las cosas más típicas.

Cuando en China sólo la empleaban como medicamento, consumían unos 1500 kilogramos anuales, mientras que el consumo actual excede de cinco millones de kilogramos.

Examinando con microscopio el corte transversal del fruto de la adormidera cuando todavía no se halla en su completa madurez, se distinguen claramente tres zonas, una epidérmica (pericarpio) incolora, muy fina, rígida, y debajo de ésta otra zona media (mesocarpio) verde, esponjosa y algo más ancha que la anterior, y, por último, la zona interna (endocarpio), también verde, pero con matiz amarillento.

En la zona media existen numerosos vasos lactíferos que contienen un jugo espeso. Este jugo es el opio.

El procedimiento que se sigue para la obtención del opio es, con corta diferencia, el mismo en todos los países.

Pocos días después de efectuarse la caída de los pétalos y estambres, cuando los frutos principian a perder su color verde, se inciden éstos con un cuchillo muy fino, de modo que no corte por completo el pericarpio, para lo que se envuelve la hoja del instrumento hasta la punta con una tira de lienzo y se aplica aquélla sólo a la mitad inferior del fruto, produciendo en la base de este uno o dos cortes circulares o en espiral.

La profundidad de estos cortes no llega a la zona interna, con lo cual es cierto que no se extrae todo el látex contenido, pero tampoco se corre el riesgo de que, perforando el pericarpio, dicha substancia se derrame en el interior del fruto.

Las incisiones se hacen después de mediodía, y el jugo, condensándose en lágrimas pequeñas durante la noche, se recoge a la mañana siguiente por medio de una cuchillita de márfil.

Las lágrimas del opio, así obtenidas en cuanto adquieren consistencia suficiente, se reúnen para formar panes, o bien se amasan en un mortero, mezclándolas con saliva, y, envolviendo después los panes en hojas de adormideras, se dejan secar al sol.

Los panes, después de secos, se empaquetan en sacos pequeños, mezclados con frutos secos de romaza, para que no se peguen unos a otros sellando después los sacos.

Este es el procedimiento seguido en el Asia Menor, del cual no se apartan los seguidos en otros países, sino en detalles secundarios, que pueden mencionarse al escribir sus suertes comerciales.

En un millón de pesos se estima el valor de la producción del opio en la India Inglesa, principal país productor de la venenosa droga.

El capitán Brown cuenta cómo mató a Richthofen. - Cómo se encontró por primera vez con los "circo" del "as" alemán.

DUELOS ENTRE LOS CABALLEROS DEL AIRE

Empezamos a publicar hoy la serie de artículos en que el capitán Brown refiere cómo dió muerte al célebre barón von Richthofen, el de las ochenta victorias. Ya en este primer artículo, en que se relatan antecedentes necesarios para determinar la importancia de aquel hecho, campean el interés y la emoción que han de culminar en el episodio que motiva las páginas escritas por el capitán Brown.

Yo no había visto a Richthofen hasta diez minutos antes de derribarlo. Aun entonces siguió siendo para mí un desconocido sepultado en el asiento de su triplano rojo; puramente un número más en la sucesión de enemigos aviadores de quienes la suerte quiso que diera fin.

Nunca ví en vida a aquel extraordinario combatiente de los cielos más rápido en su vuelo que las águilas. Muerto, este temido "Caballero Rojo" de Alemania era simplemente un cadáver más en la línea de fuego, con la huella que en su cuerpo había dejado la bala de la ametralladora mía que lo mató.

A lo que creo, no ví nunca su aeroplano escarlata hasta la lucha que terminó con que yo lo derribara a estrellarse contra el suelo. Su fin se diferenció, pues, bien poco del de las víctimas que él había hecho. Durante unos segundos se cruzaron las trayectorias de nuestros aparatos en la altura; pero en estos pocos segundos tuvo él la mala suerte de caer a tiro de la ametralladora con que yo reparaba balas.

Así terminó. Los más grandes de ellos — Boelke, Ball, Guynemer, Mac Cudden — mueren como el más insignificante cuando un piloto enemigo les lanza un plomo con acierto.

Hasta que lo hube mirado curiosamente, muerto ya, Richthofen fué para mí un extraño a quien no había visto nunca; pero su sombra sí se había cruzado muchas veces con la mía durante el mes precedente, en que la flota de cinco aparatos que yo mandaba se las había habido repetidamente con su famosa escuadrilla de caza. Durante aquel mes de batalla, los honores — dicho sea sin inmodestia — nos correspondieron a nosotros. La flota no tuvo una sola baja. Verdad que hubo en aquel espacio de tiempo varios cambios de personal; pero ni uno solo de nuestros aparatos dejó de regresar. No hay datos de la eficacia de nuestra tarea, pero yo sé que varios enemigos fueron derribados por las ametralladoras de mis camaradas. Sin duda, en la misma lucha que por mi parte terminó con la muerte de Richthofen, otros tres aparatos alemanes fueron derribados por pilotos de mi escuadrilla.

El total que a mí me correspondió en este mes de espasmódicos encuentros fué el de cinco. Había

tenido la suerte de derribar a cuatro oficiales de Richthofen antes de que el Destino dirigiese una de mis balas a su corazón. Indudablemente fué el Destino el que quiso que yo me enfrentara con Richthofen, ya que pocos días antes me habían derribado a tierra a mí, pe-

dado anónimo en quien removié recuerdos de niñez la vista de aquellos aeroplanos multicolores. Porque era costumbre del circo que cada uno de los aparatos fuera pintado según la fantasía del piloto. Sólo el de Richthofen era rojo por completo. En los otros resplandecía

llero Rojo". La finalidad era que este cuerpo de selección fuera capaz de barrer del cielo cualquier enemigo que se presentase en el frente a que se le designara. Tropas de choque del aire — cazadores, tiradores acreditados con numerosas victorias, — con una fe ciega en la calidad invencible de su jefe, solía empleárseles para levantar la moral de los ejércitos alemanes.

Es significativo que casi todas las víctimas de Richthofen fueron miembros del servicio de Aviación inglés. Nos combatió sin descanso, y al fin no halló más merced de la que él había concedido. Los alemanes consideraban que él solo valía una división. El *jagdstaffel* valía dos, por lo menos, y su presencia sobre un sector inspiraba confianza a las tropas pegadas a la tierra.

Fué en la mañana del 21 de marzo de 1918 cuando por primera vez encontré en mi camino la sombra de Richthofen y su *jagdstaffel*. Un mes después, exactamente el 21 de abril, le ví muerto. No lo hubiera supuesto. Ni siquiera reconocí su sombra cuando los cañones alemanes empezaron aquella mañana de marzo a vomitar metralla en una ofensiva que había de ser su última boqueada de la guerra, su último tremendo esfuerzo para llegar a los puertos del Canal, el soberbio empujón que había de hacer retroceder en franca retirada al quinto ejército británico.

Nosotros, los pertenecientes al 209 escuadrón de las Fuerzas Aéreas Reales, nos encontrábamos entonces en el aeródromo situado a mitad de camino entre las dunas de Bray y la frontera franco-belga.

Hasta entonces en la costa el volar había sido cuestión más bien de rutina. Las fuerzas aéreas enemigas se habían mantenido deliberadamente ausentes. Vuelo de patrullas y misiones tales como escoltar un aparato de bombardeo en su viaje a bombardear Brujas habían sido toda nuestra noción de la guerra. Nuestra única emoción era volar sobre las fuerzas que guardaban la frontera belga y hacer que se metiesen en las trincheras mientras nosotros volábamos por encima.

La mañana del día 21 amaneció exigente. Dormía yo aún cuando se precipitó en mi cuarto un ordenanza.

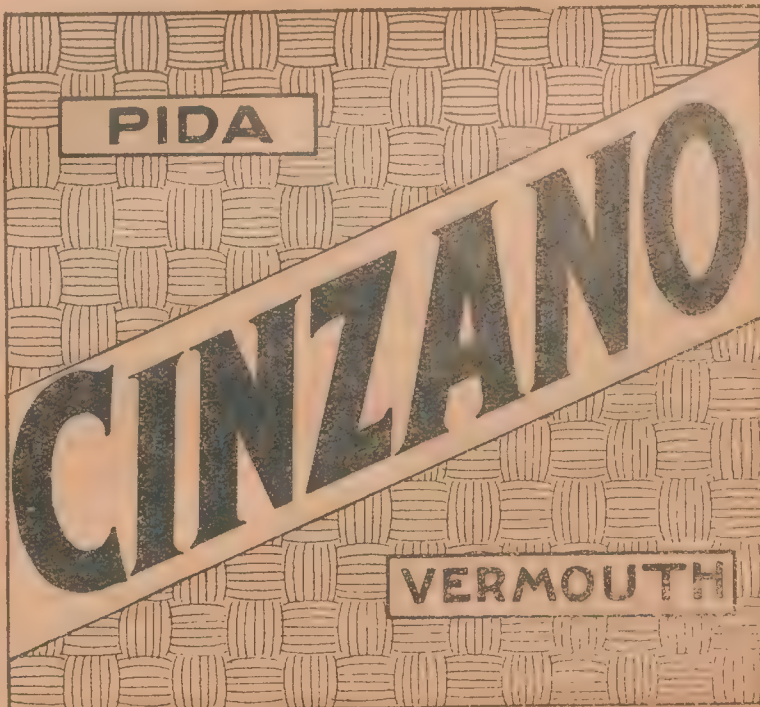
—Hay orden de levantarse — me dijo — y acudir a los aparatos inmediatamente.

Y se marchó antes de que yo estuviese despierto del todo.

"¡A mí con bromas, no!", pensé, y dí media vuelta para echar otro sueño.

Fuera sonó un estrépito como el de un choque de trenes. Sacudí el sueño y salté de la cama.

Antes de que hubiera acabado de despabilarme, Norton y Courtney entraron y cayeron sobre mí como dos fieras. ¡Los dos con sus cascos puestos ya! ¡Yo en pijama! Norton era comandante de escuadrón y Courtney, jefe de ala.



ro había resultado ileso y en disposición de volar al día siguiente, y seguir volando hasta que me encontré con él.

El circo era como llamábamos los de la Aviación inglesa a su *jagdstaffel*; y no por odio ni desdén, sino utilizando uno de aquellos apodos de guerra puesto por algún sol-

toda imaginable combinación abigarrada.

Por aquella época, primavera de 1918, constituían el circo, según nuestra opinión, la flor y nata del servicio de Aviación de combate enemigo. Solamente pilotos que se habían distinguido en la lucha eran puestos bajo el mando del "Caba-

EL ESQUILON

—Yo soy quien todo lo arregla
En esta casa, decía
Un esquilon, que llamarle
Campana fuera injusticia.
Yo soy quien sacude el sueño
Del sirviente, quien avisa
Que al taller llama el trabajo
Al obrero, y le designa
El momento en que al reposo
Ha de entregarse, solicita,
Jamás me encuentro yo ociosa:
Puntual y siempre fija
A los señores indico
El momento que en familia
Debe gozar los placeres
De una mesa bien servida;
Y a los domésticos, nunca
Tan obedientes, la misma
Ocupación les advierto
Que han de cumplir en seguida.
Con mi voz solemne anuncio
Las elegantes berlinas
Que traen las gentes de tono

Que a mi señores visitan.
Yo soy... En fin, fuera cosa
De no acabar. Soy precisa
A todos: son mis funciones
Importantes y utilísimas.
—¡Silencio!, le dijo un gato
Que oyó su charla. A fe mía,
Sin la manó que te mueve
Fuera muda. Nunca digas
Que mandas: sólo obedeces.
En lo que vales te estima.
Sé en adelante discreta,
Y no orgullosa y altiva.
—Tal se dice con audacia
Quien algún proyecto indica,
Que por lo útil es fácil
Que otros muchos lo conciban,
E incapaz de ejecutarlo,
Con jactancia desmedida,
De ser su autor se infatúa,
Tan sólo moviendo a risa.

G R E T R Y.

El viejo "Barba Azul", como llamábamos al último, estaba como loco. Llevaba de punta sus pobladas patillas marineras que le orlaban la cara.

—¿Qué quiere decir esto?

Y me sacudía cogiéndome por el hombro.

—¿Cómo no te has levantado aún? ¿Como no estás ya con la escuadrilla?

—Pero es que las órdenes...

—¿Qué órdenes? ¡Malditas órdenes! ¿Es que no oyes a los alemanes?

Indudablemente, se oía otra vez un estrépito regular.

—¡Ve al campo en seguida, pon listos los aparatos, y arriba!

No necesité más recomendaciones ni urgencias. Los alemanes estaban bombardeándonos. Soltaban cada medio minuto una de aquellas *athajas* que hacían un hoyo de sus quince pies de diámetro y lo bastante profundo para cubrir a un hombre de mediana estatura puesto en pie. En el aeródromo cayeron doce que, por fortuna, hicieron poco daño.

El escuadrón voló hacia Teteghem, al sur de Dunquerque, a unas seis millas de distancia.

Aquello no era sino un episodio incidental en la actividad que estaba desarrollándose en todo el frente, donde los alemanes empezaban su gran ofensiva de la primavera de 1918. Para mí flota y para mí tenía el asunto, no obstante, una significación más personal. Era el anuncio de la llegada del *circo* de Richthofen.

Al día siguiente nos encontramos con él por primera vez, y durante un mes se cruzaron una y otra vez nuestras trayectorias hasta el momento de máximo interés, en que yo tuve una parte que alcanzó importancia histórica.

Unos días después de la muerte de Richthofen, uno de sus *circos* (nombre que dábamos por igual a la flota y a cada uno de los aparatos y tripulantes), derribado, herido y hecho prisionero, estaba en un hospital inglés de retaguardia. Con ocasión de estar haciendo una visita al hospital un piloto de nuestro escuadrón, aquel prisionero preguntó cómo iban los vuelos de los *narices rojas*, nombre que dábamos a los aparatos de nuestra flota, a causa de su especial iluminación. Le habían dicho que su comandante estaba en el hospital, hecho trizas, y que los tales *narices rojas*, como unidad, habían dejado de existir.

—¡Me alegro mucho! — decía. — ¡Nos daban mucha guerra! ¡No les teníamos gran cariño, no!

¡Dulces palabras! El testimonio espontáneo de aquel huno era para mí más que el pecho cubierto de condecoraciones.

Al día siguiente de nuestra llegada a Teteghem nos destinaron a escoltar a cinco D. H.-9 S. en un vuelo de bombardeo sobre Thourout. Fuimos sobre ellos todo el camino, sobre ellos estuvimos mientras "pusieron sus huevos" y sobre ellos seguíamos cuando emprendieron el rápido regreso a casa, sin la menor ceremonia ni sentimiento por dejarse atrás los *camellos*.

Cuando hubieron desaparecido nos elevamos y quedamos convertidos en una patrulla ofensiva que provocaba al enemigo a la lucha; y sobre el bosque de Houthulst tuvimos la suerte de toparnos con siete *circos*. Cuando volvíamos a Dixmude, al Sur del canal del Iser, y cuando casi habíamos llegado a

Zarren, los vimos hacia el Sur y volando con dirección Sur-este. Iban a unos doce mil pies de altura. Nosotros, a diez y ocho mil, ventaja que nos permitía la lucha en buenas condiciones. Di la orden de bajar y seguir.

La flota se entregó de lleno a la caza. Cinco *narices rojas* para

cías a nuestro favor. Estábamos encima y detrás.

No hicieron ellos demostración de habernos visto, y seguían su camino. Atrás dejaban la patria.

—¡Más cerca, más cerca!

—Ahora podíamos ya ver a los pilotos y distinguir claramente el signo de cada aparato. Fragmentos



EL VENDEDOR. — Aquí tiene, señora, un revólver antiguo, muy raro... Es del tiempo de los romanos...
LA COMPRADORA. — ¡Pero si en aquella época no había esta clase de armas!
EL VENDEDOR. — Por eso le digo que es muy raro...

abajo, cinco motores trepidando, cinco planos descendiendo, cinco pilotos la mano apretada en los mandos, la mirada alerta y el dedo preparado junto al gatillo de la ametralladora.

—¡Más de prisa, más de prisa!

Una verdadera caída desde el cielo. En minutos estábamos sobre ellos y los teníamos a tiro. Cinco contra siete; pero las circunstan-

de arco iris flotando sobre el cielo.

¡El *circo* por fin! ¡Quizá el mismo Richthofen!

No perdimos tiempo en calcular. Eran nuestra presa, y la sangre nos hervía. Cada uno de nosotros había escogido ya uno de los aeroplanos.

El mío era un albatros violeta y amarillo. Me fui a él derecho, pasé por encima hasta que la hé-

lice suya casi había desaparecido bajo el borde delantero de mi ala. Entonces, ¡paf!

Apenas logré hacer bajar un poco el aparato enemigo. Me lancé tras él, el pulgar fijo en el gatillo. Las ametralladoras soltaron su reguero de balas. ¡Blanco, blanco! Había alcanzado al abatros; ya era mío. Incendiado, se estrelló contra el suelo como una cometa rota.

En menos de medio minuto de combate habíamos derramado sangre de los *circos*.

Miré alrededor. Estaba lleno el aire de aeroplanos que se dejaban caer, se evitaban, luchaban. Los *narices rojas*, empeñados en interesante lucha, hacían crepitar sus ametralladoras.

Busqué un enemigo sobre el que caer. Me preguntaba yo si no estaría el aeroplano rojo de Richthofen en la gresca. ¡Ya encontré uno! Un albatros de un solo asiento, como los demás, con el fuselaje rosa pálido y las alas verde pálido. Una avispa para la pelea. Inmediatamente estuvimos en lucha singular.

El y yo nos hicimos enemigos habituales. Tres veces nos encontramos durante aquel mes. Las tres lo derroté y le hice huir, pero no pude derribarlo. No sé quién era; nunca supe su nombre.

Cuando lo ví por primera vez estaba yo arriba y detrás, y procuré acercarme; pero me vió. Rápidamente se adelantó y comenzó a describir circunferencias debajo de mí. Yo descendí también y me eché en su persecución. Uno y otro llevábamos los planos en posición vertical, de modo que nuestros cuerpos iban paralelos a la madre tierra, tan lejana allá abajo. Girábamos y girábamos, cada uno a la caza de la cola del otro.

Pensé que le había dominado; pero nuestras velocidades eran aproximadamente las mismas, y en aquel girar nos manteníamos a igual distancia, como dos extremos de un diámetro que diera vueltas sobre un eje. Pero mi *camello*, al fin, más ligero, logró remontar a su albatros. Logré verme sobre él, y de pronto, con una rápida maniobra, recobré la posición horizontal, dispuesto a terminar de una vez.

Pero él era un buen piloto. En aquel mismo momento se salió del círculo y, cola arriba, dió una rápida zambullida.

No pude seguirlo. A mi cola iba un albatros cuyos disparos hacían de él un molesto vecino. Tuve que escapar. Un par de rápidos giros me pusieron fuera de su alcance.

Mire alrededor. Con excepción del aparato que me había atacado a mí, y que ahora había puesto rumbo a su base, no se descubría *nariz roja ni circo* ninguno. Miré abajo. La lucha me había llevado hacia el saliente a que se dirigían los aparatos enemigos cuando los descubrimos. Descendí en Poperinghe, y desde allí volví a Teteghem, pensando cómo habrían escapado mis compañeros de flota.

Este era el desarrollo invariable en la pelea. Se producían acá y allá duelos individuales en una gran extensión. Sólo en el aeródromo, después, puede uno enterarse de lo que ha habido fuera de su suerte personal. Entonces se bebe, se fuma y se charla. En esta ocasión todos teníamos motivo para estar contentos, porque en nuestra primera agarrada con aquel enemigo, a pesar de haber luchado con desventaja de número, no habíamos tenido ni una sola baja.

(Continuará)

FUERZA INTERIOR

A veces digo, con tonante orgullo:
Trataré de ser fuerte, no he de verla!
Y el angustioso miedo de perderla
desmoraliza todo lo que arguyo.

Tomo una senda, convencido que huyo,
sin reparar siquiera al escogerla,
que me voy acercando al recorrerla
Subinsconscientemente al lado suyo.

¡No claudiques! me grito, y, sin embargo,
allí quedo a su espera un rato largo
¡Esclavo de mi propio sentimiento!

Y al ver que pasa y que se esfuma luego,
me quedo triste como un niño ciego
que hubiese visto el sol por un momento...

Teófilo HIROUX FUNES

Doña Inés de Castro

Coronada después de muerta

La Historia está llena de tristes páginas, en las que se pone de manifiesto que muchas veces el amor se ha visto sacrificado por ambiciones personales y políticas. Una de éstas, y de las más dramáticas, es la de Pedro I de Portugal y de la hermosa y desventurada Inés de Castro.

Desde la Edad Media, la conmovedora historia de la muerte y coronación de la ilustre dama española como reina de Portugal ha sido tema de múltiples romances.

Por cuestión de Estado, el infante Don Pedro, hijo de Alfonso IV de Portugal, casó en 1341 con doña Constanza, de la casa reinante de Aragón. Esta llevó consigo a su prima doña Inés de Castro, hija del ilustre señor don Pedro Fernández de Castro y de doña Aldonza Soares de Valladares.

Las dos jóvenes abandonaron la corte de Peñafiel en 1340, e Inés fué a residir en Portugal en calidad de "dama pariente".

Inés y D. Pedro se vieron en frecuente trato, que, por parte del infante, se convirtió en verdadera pasión, que a poco fué compartida por la de Castro.

Como vivía la esposa legítima del heredero al trono de Portugal, supieron contener su pasión; pero era imposible ocultar sus sentimientos a la reina doña Constanza a la que los celos empezaron a mortificar.

Su marido, sin embargo, nunca dejó de tratarla con consideración y cariño.

También el rey don Alfonso se dio cuenta de la situación, y temiendo, por razones de Estado, que si Constanza llegaba a morir su hijo casase con doña Inés, se le ocurrió para evitarlo, que la dama española fuese madrina de uno de los hijos de don Pedro. El parentesco espiritual entre padre y madrina imposibilitaba el matrimonio entre ambos.

El 13 de noviembre de 1345 murió Constanza de un parto, y al verse Pedro libre no quiso por más tiempo verse separado de su adorada Inés.

Secretamente consiguió el infante una dispensa eclesiástica y secretamente se casó con doña Inés de Castro.

Aquel matrimonio desató las iras del rey Alfonso IV, y Pedro se convenció de la ligereza cometida al casarse contra la voluntad de su padre.

El temor a éste le hizo cometer una cobardía: llevarse a Inés a Córdoba, donde la instaló con todo lujo.

Varios personajes influyentes en la corte de Portugal y enemigos de

la familia Fernández de Castro, convencieron al rey de que era preciso refrenar las pretensiones de aquella casa poderosa, que se hacía temer tanto en España como en Portugal, y que el medio más seguro de lograrlo era quitar la vida a Inés, llamada a ocupar el trono portugués.

Los principales instigadores de

si el rey cedió, o se defendió débilmente, o si dió su consentimiento no se sabe a punto fijo; pero lo cierto es que los tres agitadores regresaron al palacio de doña Inés y la asesinaron cruelmente.

El dolor y la furia de don Pedro al enterarse del brutal asesinato, llegaron al colmo. Se creyó que se volvería loco. Aquello ejerció en el infante una influencia que duró toda su vida.

Su único pensamiento, desde esa fecha, fué vengar a su esposa.

Inmediatamente se sublevó contra su padre, acarreado la guerra civil en Portugal.

A fuerza de ruegos consiguió la reina hacerle deponer las armas; se hizo la reconciliación y se le

MI TIO Y SU BIBLIOTECA

Tenía yo un tío que era un hombre excelente, como lo ha demostrado dejándome al morir un hermoso castillo, con una magnífica biblioteca.

En la biblioteca sólo había diez mil volúmenes; pero como yo sólo utilizo los libros para calzar los muebles, la biblioteca de mi tío me bastaba y sobraba.

No logré hacerme leer libros. Me importa muy poco lo que piensa del mar el llamado Michelet, y lo que un tal Anatole France haya podido escribir acerca de la antigüedad. ¡Los libros! ¡Qué pesadumbre!

Dadas mis aficiones, comprenderéis que no me preocupé para nada de la biblioteca de mi tío. ¡Cual sería, pues, mi asombro, al recibir un día la visita de un obrero cerrajero, al que había llamado un día para que abriese un armario, y que iba a pedirme autorización para trabajar en mi biblioteca, que había visto al pasar.

—¿Trabajar? ¿En qué? — le pregunté.

—Estudiando. Instruyendome — me contestó. — Estudio en los ratos que mi oficio me deja libre, y quisiera hacerme bachiller.

Por educación le animé a seguir estudiando, y le dije que tenía la biblioteca a su disposición. Se despidió contentísimo, diciendo:

—Muy agradecido. Ya volveré.

En efecto, durante varios días se instaló en mi biblioteca. Yo no le molesté nunca mientras trabajaba.

Luego lo perdí de vista. Cuando volví a encontrarle, me parecía que había mejorado de posición. La instrucción y el trabajo favorecen siempre a sus fieles.

Vestía mi obrero con elegancia, iba en un automóvil comprado de segunda mano y tenía una mujer rubia no desagradable.

Dios concede en la tierra la felicidad a los hombres laboriosos que la merecen. Pero oí decir que el origen de su fortuna era una herencia.

No volví a ocuparme de él.

Un día abrí un armario para buscar mi paraguas, que recordaba haber metido allí. Pero a mis pies cayó un papel cuidadosamente doblado, que estaba dentro del armario. Decía así:

"Mi querido Ernesto: Al legarte mi casa he olvidado en el testamento un detalle. Estamos en tiempos de conmoción, en que es bueno encontrar algún dinero para llevarlo consigo. Treinta mil francos de mi herencia escapan al Fisco y al notario. Están cuidadosamente escondidos entre las hojas de Historia de los galos y de los sajones, de Duvergier de Rumpignon. Los encontrarás fácilmente, y a nadie se le ocurrirá buscarlos allí, porque para abrir un libro semejante hace falta ser un idiota".

Herve LAUWICK

este asunto fueron Alonso Goncalves, Pedro Coelho y López Pacheco.

El rey dudó, pues, no era cruel y veía que era un crimen horrendo matar a una mujer inocente, pero al fin, consintió, y, aprovechando que un día se hallaba don Pedro ausente en una partida de caza, fué a Coimbra acompañado de los tres instigadores del complot.

Cuando Inés se enteró de aquello salió en busca del rey, llevando consigo a sus hijos.

Las lágrimas, las súplicas, el temor, la belleza de Inés, conmovieron al monarca.

dieron grandes prerrogativas.

El rey, con objeto de salvar a los asesinos, los desterró a Castilla, en donde se pusieron al servicio del rey don Pedro el Cruel o el Justiciero.

Alfonso IV trató de que su hijo olvidase el recuerdo de su esposa, interesándole para que se casase con otra princesa, lo que no logró, pero de repente el infante se enlazó ilegítimamente con una tal Teresa Lourenco.

Todo Portugal respiró tranquilo, pues creyeron que don Pedro había olvidado a la de Castro, y con ello se veía calmada la sed de venganza y asegurada la paz de Portugal,



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas.

COMPANÍA ITALO ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401
C. T. 1387 y 2524, Central

pero los acontecimientos que posteriormente ocurrieron probaron que sólo había tomado una mancha para desorientar a su padre y a los enemigos de la familia de Fernández Castro.

En el año 1357 murió Alfonso IV y el infante ocupó el trono con el nombre de Pedro I de Portugal.

Su primer pensamiento al subir al trono fué vengar a su perdido amor, para lo cual concluyó un tratado con el rey don Pedro de Castilla, en cuyos dominios se habían refugiado los asesinos de doña Inés.

Los dos monarcas se devolvieron sus mutuos desterrados.

Para asegurar la unión entre ambos monarcas el de Portugal casó a sus tres hijos con tres hijas del de Castilla.

Uno de los asesinos, advertido a tiempo, huyó, desapareciendo de la corte de Castilla; los otros dos, después de recibir horribles torturas, fueron muertos en presencia del rey, arrancándoles el corazón del pecho.

Aun no había terminado su venganza y llevó a cabo la extraña escena que ha inmortalizado el nombre de los dos amantes.

Solemnemente, ante toda la Corte, juró que se había casado legítimamente con Inés de Castro, en presencia de varios testigos, habiendo bendecido su unión el obispo de Guarda, y presentó pruebas de la veracidad de su aserto.

Hecho esto, ordenó que fuese exhumado el cadáver de doña Inés, y se coronara a la momia de doña Inés Reina de Portugal, observándose todas las formalidades protocolares, tanto civiles como religiosas.

UN ARTISTA ARGENTINO QUE TRIUNFA EN EUROPA



Benjamín Solari Parravicini que acaba de ser premiado en Lieja.

Algunos de los trabajos presentados en la Exposición Comunal. Las sillas fueron adquiridas por la señora Regina Pacini de Alvear.

Otro grupo de objetos exhibidos en la mencionada exposición



Pelón, tal como le llaman sus íntimos, Benjamín Solari Parravicini, dibujante argentino inteligente y original ha obtenido Gran Premio y Medalla de Oro para 1928 en la Segunda Exposición Internacional del Confort en la Habitación, en Lieja, por sus cuadros decorativos sobre motivos humorísticos de costumbres criollas.

Este estímulo a la obra de un artista nuestro, es altamente auspicioso y halagador y merece por tanto destacarse con el elogio hacia el



Pareja de muñecos que también figuraron en dicho torneo y que fueron adquiridos por la comisión organizadora del mismo.

ingenio psicológico y la tonalidad cristalina que se notan en las obras de Pelón, que son un reflejo acertado, y sugestivo de los encantos que encierra el alma nativa.

Solari Parravicini, muchacho criollo de la urbe, a la edad en que otros malogran su juventud entre la vida disipada del cabaret y las aventuras galantes, él ha conseguido un triunfo que estimula al autor y enorgullece a sus compatriotas.

Roque CEPEDA VERON



"Noticias del pueblo", cuadro adquirido por el presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

dibujante y pintor, de feliz inspiración que ha alcanzado tal éxito.

Pero el triunfo de Solari Parravicini en Bélgica con sus trabajos sobre la vida nativa, no es sino un coronamiento a los lauros obtenidos en nuestra capital. Ya en 1922 expuso en los salones de los Amigos del Arte, con todo éxito. Hace pocos meses obtuvo el Tercer Premio en la Exposición Comunal de Artes Industriales y Aplicadas, donde la comisión organizadora y el Presidente de la Nación le adquirieron varias de sus telas y muñecos. En ocasiones anteriores el doctor Alvear le compró algunos cuadros.

Próximamente el joven artista expone nuevas producciones que reflejarán su personalidad llena de luz y con valores que alcanzarán horizontes por la efectiva fuente de



"Último adiós", otro cuadro adquirido también por el primer magistrado.

En la selva africana

RELATO DE CAZA

Por Luis Aguirre

El veterano cazador, cuyo rostro curtido testimoniaba una vida de tráfagos y penalidades cara a la crudeza de los elementos, habló así:

—Aquel día marchaba yo en compañía de uno de mis compañeros más osados por entre las nubes de arena, sudario de tantos infelices caminantes, sin encontrar ramas acogedoras, ni sombras propicias. El desierto de Kaijoot se extendía, torturador, ante nosotros. Mi compañero, a quien veinte años de estancia en África habían enfrentado infinitas veces con la muerte, caminaba venteando incansable sin trocar su palabra conmigo a pesar de que, de ello estaba seguro, tenía barruntos de mi deseo de aliviar el duro caminar con el lenitivo de las palabras. De pronto detuvo su marcha, oteó durante unos segundos la lejanía y dijo con resolución: — ¡Ahí los tenemos!...

Miré hacia el punto que me determinara, sin percibir lo que con firmeza aseveraba. Sólo divisé unas malezas que no lejos de nosotros se acusaban.

—Y son veinte lo menos — volvió a insistir, certero.

Esta vez no tardó en comprobarse su aserto. Un grupo de formigas pardas emergieron de entre las matas lejanas y tomaron camino pesadamente hacia nosotros. Era un grupo de elefantes salvajes africanos, probablemente, la más sagaz y salvaje de todas las bestias que componen la totalidad del mundo animal.

—¿Les tiramos? — pregunté, a tiempo que echaba mano a mi rifle, dispuesto a no perder un minuto en el ataque.

—No — me dijo mi compañero que (recuerdo que aun no les dije de quien se trataba) era el famoso explorador Thompson, cuyos viajes por el África tenebrosa tan fructíferos fueron.

Los macizos colmillos del guía del rebaño se detuvieron de pronto; se agitaron las orejas del paquidermo, y la enorme mole quedó quieta. Su actitud nos decía que el peligro había sido descubierto por los corpulentos animales, que rodearon, protectores, el cuerpo del guía.

Mis impacencias se redoblaron al contemplar el blanco que ofrecían los elefantes, formados en estrechas filas a contados metros de nosotros. En mi loco deseo, no comprendía lo peligroso que hubiera sido un ataque súbito y la desventaja en que nos encontrábamos Thompson y yo. Y tan poseído estaba de que perdiéramos una ocasión propicia que acaso no volviera a presentarse, que exclamé despedido al observar la inactividad de mi compañero:

—¡Pues yo he venido para cazarlos, y nada más que para eso!...

Thompson no contestó. Seguía con la vista fija, obsesionado en la contemplación de los amenazadores elefantes.

Mi impaciencia estaba más justificada. Había gastado unos cen-

tenares de dólares hasta recalar en la parte oriental del África inglesa, soportando las incidencias y cansancio de un viaje en el arcaico ferrocarril de Nairobi, desde donde saliéramos al filo de la media noche anterior camino de Kitui, y llevábamos varias horas de pisar por entre arena resbaladiza y es-

quivas, soportando los agobios de un sol abrasador que laceraba nuestras carnes. ¡Y todo para no poder cazar un elefante!...

—¿Por qué no podemos cazarlos? — insistí apremiante.

Thompson no contestó al pronto. Miraba ahora a su magnífico rifle, listo para utilizarlo sobre el blanco que a mí me acuciaba.

—Porque si nos acometen somos hombres perdidos — contestó, al fin, sin inmutarse.

Llevaba razón. Nos encontrábamos frente a la naturaleza desnuda. Ni árboles, ni defensa; ni elevaciones prominentes del terreno, ni cavidades que amparasen nuestra retirada. Y era inverosímil que veinte elefantes se arredrasen ante dos rifles, por eficaz que la acción de éstos fuera.

UNA COLECCION COMPLETA

Una vez afeitado, el barbero cogió una lanceta y se acercó a mí.

¿Qué va usted a hacer? — le pregunté.

—Muy sencillo: firmar mi trabajo — me contestó—. Desde ayer, y debido a un acuerdo del gremio, todo corte de pelo, afeitado, etc., ha de ser firmado... Por lo tanto, permítame usted...

Y otra vez acercó su lanceta a mi cara, no sin mojarla antes en un líquido misterioso.

—¡No! ¡De ningún modo! — protesté—. ¡Conmigo no firma usted!...

Está bien — me dijo el peluquero—; pero puesto que usted desdeña mi firma, haga el favor de no volver a afeitarse en mi establecimiento.

Este suceso fué el que despertó en mí el afán hacia los autógrafos que he experimentado después durante casi toda mi vida.

Iba pensando en lo agradable de llegar a tener una buena colección cuando, de pronto, me sentí derribado en el suelo y perdí el conocimiento. Al recobrarlo me enteré de que acababa de ser atropellado por un "auto", y oí decir a un transeúnte:

—¡Qué suerte tienen algunos! ¡Haber sido atropellado por el automóvil del presidente de la República!

Sólo entonces me di cuenta de los buenos auspicios con que empezaba mi proyectada colección de autógrafos. Ya poseía la firma del primer funcionario de la República.

Cuando, a consecuencia de este accidente, me cortaron la pierna, me sentí confortado ante el hecho de que el eminente doctor Knock, el que llevó a cabo la operación, tenía la amabilidad de estampar su firma encima de su obra.

Esto hizo que se acrecentase aún más en mí la manía de los autógrafos, y que cuando, un mes más tarde, partí para Marruecos como corresponsal de un periódico festivo no concediese importancia al hecho de haber sido herido por una bala perdida, ante la satisfacción que, naturalmente, hubo de causarme el que el general Lyantey viniese a verme al hospital y firmase mi cicatriz.

Desde entonces mi afición a los autógrafos degeneró en una especie de locura. Me hice operar de apendicitis, sin tener ningún síntoma de esa enfermedad, sólo por el hecho de obtener la firma del conocido médico Charcoteaur. A continuación hice que me cortasen la pierna y el brazo, so pretexto de recobrar la simetría; pero en realidad nada más que para obtener la firma de dos cirujanos de moda. También me reconcilé con el peluquero, y excuso decirles a ustedes que era para mí un gran placer ostentar en mis mejillas infinitas firmas de los innumerables afeitados y cortes de pelo que me hizo.

Mi cuerpo se encuentra ya lleno de cicatrices y de firmas. Aspiro a que mi colección sea la más completa del mundo.

"Señor presidente de la República: Tengo el sentimiento de comunicarle que soy el asesino de la vieja estrangulada en el café de la Paz. ¿El móvil del crimen?"

Muy sencillo: me faltaba para mi colección la firma del verdugo, y espero obtenerla si los tribunales de justicia saben cumplir con su deber".

Georges A. MASSON



Se reanudaron los pasos del enorme animal, y gradualmente la distancia entre el rebaño y nosotros se hizo más corta. Los sonidos de las orejas del guía, en su pausado y continuado abanicar, se percibían ya con claridad; se delataba la furia de los animales, y cada uno de sus movimientos ponía pavora en mí, a pesar de estar avezado a las extrañas y peligrosas escenas de que es propicia la tierra africana.

El rebaño nos daba alcance. Escasamente habría entre nosotros treinta metros. Entonces Thompson, pausadamente y sin que ningún músculo de su cara se alterase, levantó el rifle y disparó. Yo hice lo propio, pero confieso que al hacerlo cada fibra de mi cuerpo temblaba. Y surgió lo inesperado, lo que acaso fuera un designio de la Providencia. Al oír los disparos, el desorden entró en las filas de los elefantes, y un sonido desusado rompió el silencio de segundos antes. El guía volvió su trompa y tras de él el resto del rebaño partió con andar ligero hasta perderse en lontananza.

En lugar de alegrarme del giro que había tomado la escena que tan sobriamente se nos presentaba, me sentí herido en mi orgullo de cazador y no pude reprimir una queja. Aquel absurdo de cruzar media África para cazar un elefante, y, cuando creía que estaban a mi alcance, ver cómo huían de nosotros me crispaba.

—El calor les hace irritables — aclaró mi compañero, — y a esto debemos el librar de este modo, amigo mío. Volvamos al campamento y esperemos. El gran secreto del éxito es esperar.

Lejos de aplacarme, las palabras de mi amigo me amohinaron, y, en silencio, volvimos sobre nuestros pasos.

Nos achicharrábamos. Se agotaban nuestras reservas de energía y a cada movimiento que hacíamos semejábamos fantasmás a quienes las pantallas de arena forzasen a tomar parte en una zarabanda grotesca.

Al acercarnos al campamento se extrañó mi compañero de la quietud y silencio reinante, en donde el bullicio de servidores y guías asordaba días antes.

Ducho en las asechanzas indígenas, Thompson exclamó:

—Esta canalla negra de fiyo ha desertado.

—No lo creo — deslicé confiado.

—¿Qué no? Mire a ver si divisa a algunos de estos diablos — me replicó.

—Acaso estén de aguada — insinué, pues no creía en tanta deslealtad.

—Teníamos provisión sobrante de agua para varios días. Es extraño, porque no había razón para abandonarnos. Ha debido de ocurrir algo desusado, pues, estas gentes no acostumbran a dejar abandonado al blanco en el corazón del desierto — concluyó Thompson.

De pronto, sus ojos se fijaron en el árbol junto al cual nuestra tien-

da se levantaba, y lanzó una exclamación de sorpresa al contemplar a un indígena que se apoyaba vacilante en el tronco y cuyos labios crispados, sus ojos desorbitados, daban a su rostro un aspecto alucinante.

Por natural impulso iba yo a lanzarme hacia el doliente, cuando la voz de mi amigo me detuvo:

—¡Por Dios vivo, no le toque!...

Desdénando el aviso quise secundar en mi afán de socorrer al indígena, cuyo aspecto me horrorizaba, y mi amigo repitió:

—Usted está loco. ¿No ha oído hablar de las fiebres de Ghandu?

—Jamás — confesé. — ¿Acaso este hombre la tiene?...

—Sí — me respondió Thompson, y aclaró. — Es la más virulenta de las enfermedades que se ceban en estos hombres. Al iniciarse, aparecen unas manchas grises, que se tornan blancas a poco. El enfermo decae rápidamente, y la muerte no tarda en presentarse. Nada podemos hacer por él. Dejémosle morir, y poco habremos perdido con ello. He aquí a lo que creo que se debe la defecación de nuestros acompañantes negros. El terror supersticioso que esta enfermedad les inspira es el móvil de este abandono.

Yo callé. Aquello podría ser así; pero un terror que les hace huir con nuestras caballerías y arrebatarnos cuanto de útil teníamos en el campamento, me escamaba un tanto.

Thompson avizó el desierto con sus gemelos en todas direcciones. Una ligera nube, de obscuro intenso, quería cernirse sobre nosotros. A poco, otras, en danza fantástica, vinieron a juntarse a éstas. Un bultito agorero tomaba tierra a pocos pasos de nosotros, para remontarse raudamente después...

Silenciosos hicimos nuestros preparativos. Era forzoso alejarse de aquellos parajes en donde la muerte rondaba. Caminamos de nuevo llevando auestas los escasos relieves de nuestra repleta impedimenta. La sed iba haciendo mella en nosotros, y aún faltaban algunos kilómetros para alcanzar los primeros lugares en donde se mostrase el precioso líquido...

Noche cerrada era cuando logramos llegar a un pequeño poblado, refugio de caminantes extraviados, cuyas chozas, hechas de hojas de palma, se nos abrieron acogedoras durante una noche que hubiera sido interminable, según era nuestro cansancio, a no despertarnos, cuando el sol llevaba contadas horas de lucir en el horizonte, unos ruidos que hicieron exclamar a Thompson:

—¡Elefantes!... Ya tenemos aquí a esos animalitos.

Los ruidos producidos por los elefantes se oían con claridad. Los paquidermos, que estaban próximos quizás pasasen por junto a nosotros. Por si acaso, nuestros rifles estaban preparados y Thompson observaba cuidadoso.

Durante hora y media nuestra espera fué estéril, y a los elefantes parecía haberlos sepultado algún accidente del terreno, puesto a su paso para condenación mía. No lograba, no, el cobrar pieza de entre los animales, cuya captura me incitó a dejar mi vida muelle, sólo alterada en épocas de montería, contadas en el año, e ir por las tierras inhóspitas y lejanas.

—Deben de haberse metido, me dijo mi compañero, en alguna hondura arenosa. Ya sabe que cuando los ríos se secan acostumbran a

marchar por sus cauces. Siganme y vamos a comprobar su existencia.

Con múltiples precauciones marchamos hacia el sitio por donde creíamos que los elefantes habían desaparecido. No tardamos en com-

Otra vez nos quedábamos sin datos que nos guiasen en nuestra búsqueda. Thompson, no dándose por vencido, volvió sobre sus pasos y se puso a mirar en un enorme boquete que en la arena se veía.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro-Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémico, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

probar, por los arbustos rotos y las huellas que en la arena se acusaban, que los elefantes habían cruzado por allí. Pero nuestras pesquisas se frustraron de nuevo al encontrar el terreno uniforme,

Así siguió durante media hora, tiempo que yo pasé en observar y en desesperarme, al cabo de la cual me hizo señas con la mano para que me acercase. Así lo hice, y a poco estuvo el que mi asombro,

Como se casará el príncipe Chichibu

Aunque tanto el príncipe Chichibu como su prometida, la señorita Setsu Matsudaira, hija del embajador del Japón en los Estados Unidos, son probablemente la pareja más europeizada de toda la familia real japonesa, su boda, que está fijada para el 20 de septiembre, se celebrará siguiendo los más antiguos ritos y costumbres de la religión y tradición japonesas.

La organización de las ceremonias de una boda real japonesa no es asunto que se resuelve en una semana. Los preparativos para la boda del príncipe Chichibu y la señorita Matsudaira se están haciendo desde hace varios meses y las personas encargadas de ellos no tendrán un momento de descanso hasta la fecha fijada para el gran acontecimiento.

Diez días antes del señalado para la ceremonia nupcial el príncipe Chichibu enviará a uno de los jefes de su séquito a casa de los padres de la novia, vizconde Matsudaira, con los regalos, que serán una enorme cantidad de vestidos y prendas de vestir de gran precio. Pero como la señorita Matsudaira está acostumbrada a las modas occidentales, la mayor parte de los regalos de su real novio procederán de las más afamadas casas de modas de París y Nueva York.

La novia, por su parte, enviará también valiosas prendas a su prometido. El equipo que el príncipe Chichibu regalará a su novia es tan completo y abundante, que bastaría para vestir a una mujer muy exigente durante toda su vida.

La señorita Matsudaira no sólo tendrá, cuando se celebre la boda con su imperial novio, un palacio y casas de invierno y verano, sino que actualmente se está terminando la que ocupará como novia de un príncipe real. Esta casa prematrimonial contendrá todos los símbolos y regalos que antiguamente se llevaban en las procesiones nupciales. El tradicional "puñal guardián" que llevará la novia será uno históricamente famoso, repujado por Raikokutashi, el más célebre de todos los artífices japoneses. El arma pertenece por herencia a la familia de los Matsudaira.

Otro de los ritos que cumplirá el príncipe Chichibu será el de "la ofrenda de la muñeca". El príncipe Chichibu visitará a su prometida para regalarle varias muñecas iguales a las que todo el mundo, en el Japón, adquiere para la "fiesta de la muñeca", una de las festividades más alegres del país.

Tan pronto como la señorita Matsudaira llegue al Japón comenzarán las grandes fiestas en su honor. Toda esta vida de fiestas terminará en cuanto sea la esposa del príncipe Chichibu. Desde entonces vivirá retirada en los jardines de su palacio, en una soledad que probablemente le parecerá excesiva a una señorita que, aunque japonesa, ha sido educada en los colgios norteamericanos y ha vivido la vida de libertad de que gozan todas las muchachas de los Estados Unidos.

al testimoniarse algarero, no malograrse el final de aquella aventura.

En el fondo de aquella especie de sima un elefante enorme pugnaba por alcanzar a su observador, mi compañero. Tanteando logramos afianzarnos, y entonces Thompson me gritó:

—¡Tírele!... ¡Tírele!...

No muy seguro de lo que hacía apunté al elefante durante unos interminables segundos, y la detonación dejó oírse con ruidos extraños al mismo tiempo que el animal desaparecía como por arte de magia. Quedamos los dos de una pieza. Parecía como si todo se conjurase en nuestra contra para hacernos insoportable la estancia en la región a que con tanto entusiasmo nos acercáramos.

Corridos buscamos por todos lados, sin lograr dar con el paquidermo, y cansados nos volvimos hacia el poblado, en el que hicimos otra noche, más pacífica que la anterior, y al día siguiente nos decidimos a ir en busca de la selva para probar en ella la fortuna, que tan esquivo se nos mostrara entre la arena y la rala vegetación de sus lejanos contornos.

Ya estábamos en la selva, afán de mis inéditas ambiciones cinegéticas. Aún tenía el amargor de aquellas horas interminables, pasadas en el desierto entre nubes de arena, negros traicioneros y elefantes fantasmas. Ibamos por entre maleza por un estrecho sendero por el que a duras penas podíamos caminar. Allá, en la lejanía, se silueteaban los árboles, hacia donde nos dirigimos y adonde no tardamos en llegar. Como mejor nos fué dable, nos aposentamos junto a un árbol corpulento y pasamos la noche ojo alerta, oyendo los extraños y continuados ruidos que producían los centenares de animales que pululaban por entre los arbustos o se instalaban en la parte más elevada de los árboles, de que era pródigo aquel enmarañado paraje.

Con el nuevo día reanudamos nuestra marcha en busca de un poblado, de cuyos habitantes esperábamos un auxilio más eficaz que de los otros compadres que nos abandonaron en el desierto. En un claro del terreno se alzaba el poblado, compuesto de una veintena de chozas, de cuyos aldaños se desprendía un olor insoportable. Merced a los buenos oficios de mi compañero, de quien eran conocidos, se prestaron a servirnos de guía en nuestra empresa y quedaron en salir con nosotros hacia la madrugada, en persecución de los elefantes.

Llegada ésta nos pusimos con ahínco todos los de la pequeña caravana, seis negros y nosotros dos, a buscar huellas de elefantes. Como inquirió un indígena, horas antes debió de pasar uno de estos paquidermos, pues la maleza se mostraba aplastada por la enorme mole. Nos dividimos en dos grupos, determinando el punto en donde habíamos de coincidir después.

Con los dos indígenas que me adscribieron marchaba preocupado por la espesura. Un movimiento entre la maleza nos obligó a hacer alto dos horas después. Un animal corpulento se delineó, y pronto comprobamos que los elefantes estaban a la vista. Nos distribuimos, y entonces surgieron otros dos elefantes y los tres se aprestaron a defenderse. Cuando lo juzgué oportuno disparé mi rifle, a cuya deto-

(Continuación de "Un cabello rubio")

Así se liquidó pacíficamente la "Limited Company", creada por la fantasía de un enamorado, de cuya historia he dejado para el final lo más importante, lo que da la clave del enigma.

En los felices tiempos de su idilio, una noche, Evelyn trataba en vano de arreglar su revuelta cabellera. Alberto, enrojeciendo un poco, quiso ayudarle y para disculpar lo que su acto pudiera tener de atrevido, balbuceó:

—Es este cabello, que es demasiado largo.

—Arránquelo — dijo sonriendo Evelyn.

El joven tiró de aquel cabello rubio que se le quedó entre los dedos, mientras vacilaba entre dejarlo caer y guardárselo.

Los ojos de Evelyn no se apartaban de aquella hebra de oro, sin que Alberto pudiese adivinar en su mirada una orden o un deseo.

Tuvo miedo de provocar una carcajada burlona y dejó caer el cabello en la sombra...

La boca de Evelyn, única parte expresiva de su rostro, se plegó en un gesto de amargura y desaliento.

Alberto se puso rojo, pero no se atrevió a decir nada que disculpara aquella acción poco romántica.

Y, sin embargo, aquel cabello rubio, tirado al suelo, le costó la felicidad.

nación respondió un ruido estremecedor. Quise secundar y entonces surgió lo inesperado: Mi rifle no funcionaba. Los negros, que conocieron el peligro, se ocultaron y yo comprendí que sólo subiéndome a un árbol podía conseguir mi defensa. Apresuradamente subí a uno de los que más resistentes me parecieron. Aún ascendía por él, cuando sentí que los elefantes estaban junto a mí, y pretendían cogerme. Sus trompas se alzaban amenazadoras, y más de una rama soportó la furia de que estaban poseídas.

Mal cariz presentaba mi asunto. Solo, encaramado a un árbol y sitiado por tres de aquellos animales, a los que tantos deseos tenía de contemplar para probar en ellos mi certera puntería y llevar sus colmillos como trofeo de mi hazaña. Quedaba sólo un resquicio a mi esperanza y éste era que mi compañero, atraído por el ruido del único disparo por mí hecho, volviese en mi ayuda. Y así fué.

No sé cuantos momentos pasé en lo alto del árbol. Lo que sí sé es que fueron los de más preocupación que recuerdo; durante ellos, los elefantes arreciaron su furor y a su impulso temí, más de una vez, que el árbol cediese y ya me veía aplastado por ellos.

De pronto resonaron voces agitadas entre las cuales reconocí a la de Thompson. Al oírlas, detuvieron su acción los elefantes y parecieron escuchar. Se escuchó una detonación y un penetrante gruñido me indicó que uno de los elefantes estaba herido. Aparecieron a pocos metros los negros, que aullaban como poseídos, y un segundo disparo se oyó. Entonces los elefantes corrieron apresuradamente.

Bajé con presteza del árbol, me uní al grupo que intentaba acorralar a los elefantes. Estos cogidos entre dos fuegos, apresuraban el paso; pero, un certero disparo de Thompson hizo vacilar a uno, que, enfurecido por el dolor de las heridas, hacía destrozos inmensos con la trompa en los árboles.

—¡A rematarlo!... ¡A rematarlo!... — grité con entusiasmo, reprimiendo el correr de parte de los indígenas que intentaban seguir al otro, al cual las balas ni tocaron. En mi afán, consideraba más acorde asegurar uno que no perder los dos, por desear cobrarlos.

Con grandes precauciones nos acercamos al animal, que se debatía estérilmente. Entonces, pedí a Thompson el rifle, que me entregó gustoso. Quería yo tomar parte

efectiva en la muerte del elefante y pausadamente, consciente del trascendental papel que en aquellos momentos representaba, apunté a su cabeza. Un golpetazo y agitándose cayó el elefante en tierra con el cráneo destrozado.

Cuando me acerqué a él, los negros saltaban infantiles a su alrededor, fruicionándose del festín que la abundante carne del paquidermo les había de proporcionar. Después patearon rabiosos el cuerpo del vencido, que era un hermoso y potente ejemplar, y con cuchillos afiladísimos le descuartizaron.

FRAY MOCHO

Ha trasladado sus oficinas de
Dirección, Redacción y Administración,
a su nuevo domicilio
situado en la calle
CERRITO 607

esquina a Tucumán
U. T. 38-MAYO 1899

Los magníficos colmillos fueron extraídos cuidadosamente y se me adjudicaron como premio, más que a mi pretendida hazaña, a la paciencia con que fui de un lado a otro del Africa en busca de elefantes.

Y ahí tienen ustedes explicado el por qué lucen esos colmillos en mi casa de campo y los esfuerzos que me costó su adquisición.

El peligro de los
labios pintados

El doctor Charles V. Craster, director de Sanidad en Newark, ha publicado un boletín en que advierte los peligros que aparece el beso cuando la dama besada usa carmín en los labios.

Las barritas de pintura para los labios son, según asevera, criaderos de microbios.

OCASO

La tarde es una flor que se desmaya
al peso de la hora.
Es una flor mecida por los vientos
que anuncia cada Aurora.
Es un vaso de luz que va muriendo
en un raro fulgor.
Es algo que, sin ver, se va extinguiendo
hasta quedar un débil resplandor.
Hoy mirando a la tarde que se iba
pensé con gran dolor:
¡Quién me diera vivir en cada Ocaso
un ensueño de amor!

Delia ESTHER VISILLAC

Dice el doctor que, cuando un bacteriólogo quiere averiguar cuántos gérmenes invisibles habitan la atmósfera que lo rodea, pone una capa de gelatina sobre una placa de vidrio y la expone al aire por unos momentos. Inmediatamente los microbios acuden a la gelatina, como las mariposas a una rosa roja.

Esto mismo es lo que pasa, según afirma el doctor, con los labios pintados, los cuales son una especie de trampa para los microbios, que pueden fácilmente pasarse a otros labios por contacto.

tan la cabeza "para que se peguen" los huesos del cráneo. Además le untan de aguardiente los labios.

Las madres griegas antes de echar los niños en la cuna les dan tres vueltas alrededor del fuego, cantando determinadas coplas para evitar el mal de ojo.

Las turcas cargan de amuletos a los niños apenas vienen al mundo y les ponen en la frente un pegote de barro caliente y previamente preparado con determinados sortilegios. Como es lógico estas escenas llaman la atención del que no las conoce.

El viejo que se vuelve
joven y se convierte
en un tenorio
irresistible

Los detractores del procedimiento del doctor Voronoff para rejuvenecer sufrirán extraordinaria decepción con los resultados de la operación hecha al anciano de setenta años de edad Guillermo Buzetti, asilado desde hace bastantes años en la Casa de Ancianos de Budapest.

Buzetti, viejo violinista, sin fuerzas ya para sostener en sus temblonas manos el violín de sus triunfos y sin que le interesase más que las comidas y la buena cama, se dejó hacer la operación del rejuvenecimiento sin ninguna ilusión ni esperanza.

Pero al poco tiempo empezó a recobrar sus perdidas fuerzas, a tocar el violín otra vez desde por la mañana hasta la noche, y a pelearse con sus compañeros de asilo, a los que molestaba el ruido que hacía su "juvenil" compañero. Pero no sólo se limitó Buzetti a exteriorizar ruidosamente sus fuerzas físicas, si no que poco tiempo después empezó a hacer el amor a toda cuanta mujer entraba en la Casa de Ancianos.

Al fin Buzetti desapareció del asilo. Como transcurrieran varios días sin que regresase, la Policía empezó a hacer investigaciones para encontrarlo. Después de varias pesquisas logró averiguar que Buzetti vivía en un modesto hotel de Budapest con una muchacha. Se gana la vida dando lecciones de violín y está resuelto a no ser viejo en lo que le quede de vida.

Supersticiones
sobre los recién
nacidos

Apenas hay país donde no exista alguna superstición relativa a los recién nacidos, restos muchas de ellas de los ritos paganos.

En Cockney la madre pone un libro bajo la cabeza del niño para que aprenda pronto a leer, y en el agua unas monedas como garantía de su prosperidad futura.

En Irlanda ponen a los recién nacidos un cinturón de cabello de mujer para que no le suceda nada malo y no les falte jamás la felicidad.

En Welsh colocan en las cunas unas tenazas y un cuchillo para evitar el mal de ojo.

Al nacer un niño en Bretaña los amigos de la madre lo lavan, le hacen crujir las coyunturas y le fro-

Mi deseo de visitar el harem imperial del shah está en boca de todos mis allegados, a quienes mi vieja aya, acompañante de mi madre en las visitas de ésta a palacio, se ha encargado de comunicarlo. Y lo que ha conseguido es prender a sus oyentes, con sus descripciones del harem, en mi mismo anhelo.

Lo que atraía mi infantilidad era el ambiente de aventura que la visita ofrecía. Para un muchacho de ocho años, criado entre esplendores, el palacio imperial presentaba incentivos bastantes, aparte de la riqueza y el boato de estancias y visitas.

Al fin, llegó el día de la visita y el aviso de mi padre para que estuviese preparado me emocionó. Me vestí de colores brillantes y cuando mi padre llegó a mi estancia vi que éste tampoco había desdénado el atuendo de su persona. A las puertas de nuestro palacio, viejos servidores nos esperaban con los hermosos caballos árabes en que habíamos de cabalgar.

Fué un día inolvidable para mí, aquél. Era la primera vez en que se me permitía marchar por las calles emparejados con mi padre y cuando las gentes alababan mi destreza y saludaban a nuestro paso yo me sentía orgulloso y feliz. Las calles de Teherán, en la algarabía mañanera, ofrecían un magnífico aspecto de luz y color, y era tal la concurrencia que lugar hubo en donde a nuestros servidores les fué difícil abrir calle para que pasásemos nosotros los señores.

A la espalda del palacio imperial se nos mostró, al final de nuestra cabalgada, la puerta del harem del gran señor dominador de las tierras de Persia, traspasada la cual, apareció ante nosotros el jefe de los eunucos, todo genuflexiones y zalemas, y guiados por él atravesamos por entre el laberinto de patios y galerías hasta llegar a una especie de paraíso, que tal me pareció el lugar que nuestros pies hollaban en aquellos instantes.

Figuraos un extenso recinto, dividido en espacios iguales, con un delicado trabajo de dibujos y flores, que no parecía trazado por manos humanas. Mil fuentes entonaban la canción del agua, a la vera de centenares de árboles y plantas, en tanto que, bandadas incontables de pájaros de toda clase y diversidad de plumaje, se arrullaban y dejaban oír la tonalidad de sus trinos. El piso se hallaba dispuesto en pequeños altozanos cubiertos de narcisos y jacintos. Todas las escenas semejabán el intrincado dibujo de uno de esos viejos tapices indígenas, gala de nuestra nobleza. La fuente central era de ancha taza que recogía los chorros deshechos, que parecieran querer escalar el cielo segundos antes y por la cual, velozmente, cruzaban peces pequeñitos hechos de oro y de plata y acusaban la gallardía de sus líneas cisnes majestuosos.

Al momento que la voz del guardián se alzó anunciando nuestra llegada, un gracioso conjunto de mujeres, jóvenes casi todas, corrió hacia los departamentos que rodeaban a este inmenso jardín. Al verlas huir volanderas, yo pensaba en que si hubiesen permanecido junto a las maravillas de que era pródigo aquel recinto se las hubiera tomado también por flores colocadas allí para resaltar su ornato. Los brillantes colores de sus trajes de

El harem imperial

(PAGINAS DE UN DIARIO PERSA)

Por Luis Aguirre

R E C I T A L

A BERTA SINGERMAN.

Una pálida vestal,
como sabía Filomela que deslíe su canción
en la fronda tropical,
va filtrando su poesía, cual perfume de ilusión,
en la quietud señorial
del salón;
y la grey hipnotizada
con la divina palabra evocadora
que revive, ya la fábula olvidada,
ya la historia de una hora
singular,
por la escena idealizada ve pasar
en caravana simbólica:
a Francisco,
el buen monje de figura melancólica,
dialogando con el lobo... por el risco;
al huracán
Palemón el ermitaño,
con la bella
pecadora
que se ofrece, tentadora,
sobre el manto tibio y blando del desierto que destella,
bajo el Sol,
como el oro derretido en un crisol.
Mil guerreros temerarios
tremolando sus banderas de simbólicos colores,
orgullosos vencedores!
precedidos de timbales y clarines legendarios,
cabalgando mil fantásticos bridones
que galopan armoniosos
y galopan, sudorosos,
a través de diez naciones.
Ven pasar
a García de Peralta, Capitán de los hispanos,
con la frente entre las manos,
de pesar,
por la "fusta",
tan injusta!
que desprecia su fortuna, su valor y su linaje...
por un Inca ya vencido,
sometido
al ibero vasallaje!
A Pizarro, ante la corte del Monarca en cuyo Imperio
nunca el Sol llegó al ocaso,
que relata de las armas de Atahualpa el gran fracaso,
y el misterio
de los bosques fabulosos de la Atlántida soñada;
la grandeza inenarrable de esas cumbres que a los cielos
interrogan sempiternas, bajo el manto de sus hielos,
que renuevan, — por los siglos de los siglos, — las nevadas.
Y esos ríos... esos ríos caudalosos, cual oceanos
sornolientos
que se mecen bajo el ala de los vientos,
y se alejan... y se marchan hacia climas muy lejanos.
¡Oh, las tierras de Eldorado!
Oh, tesoro incalculable de las Indias de Occidente,
donde el Inca omnipotente
en su trono fué quemado!...
Oh! la corte señorial
del Azteca Mocte Zuma,
do el jaguar y el fiero puma
son los guardas que vigilan el alcázar imperial!

Y la voz de la vestal,
que es arrullo cuando empieza a recitar,
es ya ola tormentosa en alta mar,
impulsada por el fiero vendaval.
Esa diva que en el verbo resucita las edades
y los héroes caducos de la historia de una raza,
mide y tasa
las humanas veleidades
y modela, como en bronce, los recuerdos e ilusiones,
es el alma del poeta
que interpreta,
hecha carne, palpitante de emociones.

Armando FLOR.

ritual, cortos y recamados, acentuaban esta concepción mía.

Subimos por una escalera de mármol y dos mujeres nos condujeron a una habitación, soberbiamente alhajada con raros tapices, donde hasta una docena de bellas, en todo el esplendor de su juventud, se encontraban sentadas o reclinadas sobre ricos cojines de terciopelo, adornados de finísimas perlas. Estaban vestidas según los consejos de la moda más reciente, impuesta por el shah: blusa de seda de colores brillantes, abierta, y faldellín que apenas si cubría el muslo. Recogían sus cabellos en maravilloso trenzado para dejarlos caer en raudal sobre las espaldas y mostraban desnuda la albura de sus pies.

Salimos de esta habitación y penetramos en una antecámara, donde cuatro mujeres se entretenían en discutir el trabajo de un tapiz entre ellas desplegado. Al ver a mi padre, vinieron hacia a él, congratulándose de nuestra presencia. Los eunucos acompañantes se quedaron entonces en esta habitación, y nosotros, con las cuatro mujeres, pasamos a un gran mirador que se elevaba frontero a un grupo de árboles, cubiertos de flores tempraneras.

Junto al mirador se alzaba un pabellón, cuyas paredes tapizaba caprichosamente el follaje. Ante su puerta, mi padre, dijo solemnemente: "¡Salomón aleikam!", y yo miré en esa dirección sin divisar a nadie. "¿Dónde estará la hermosa reina?", me preguntaba, cuando en dulces arpegios rompió una voz que decía: "¡Oh!... Vengan, vengan a quebrar la monotonía de las horas en que se angustia mi alma".

Miré en dirección a donde la voz saliera y, por vez primera, me di cuenta de que la adorable Ghamared-Dow-lech reposaba ante el abierto balcón. Se incorporó graciosamente al verno, y dijo con dulzura a mi padre: — Habéis hecho bien, señor, en traer al niño, pues todas las quimeras de mi niñez quedaron deshechas ante las realidades de mi vivir.

—Al oír a Vuestra Majestad — replicó cortesano mi padre — hablar de las realidades de su vivir, se creería que por vuestra vida pasaron más de las veinte primaveras que contáis.

—¿Veinte primaveras? — dijo la reina—. Decid mejor centenares de inviernos y así expresaréis exactamente el cuento de mi vida.

—Vuestra Majestad — concuyó mi padre — exagera las cosas al uso de nuestros mejores poetas.

Nos acercamos al lecho y la reina estrechó nuestras manos; pero no se movió, de acuerdo con la etiqueta palatina que así lo ordenaba.

—Vuestra madre — me dijo — os habrá dicho cuánto deseo de vos y lo que quiero hacer para completar vuestra educación y lograr que seáis un espejo de caballeros.

—Sí, Majestad — repliqué.

—La compañía de un niño como éste iluminará mi vida y trocará mis pensamientos: dos beneficios que no me han procurado cuantas medicinas prescribieron mis físicos — terminó la reina.

Nos levantamos y, seguidos de las cuatro mujeres, pasamos a otra estancia a tomar el té con que nos obsequiaba el jefe de los eunucos. Este inquirió mis impresiones del harem y de la reina con quien aca-

baba de platicar. Se las dí y formulé, temeroso de no ser escuchado, mi deseo de visitar el interior del harem, y por él me enteré de las costumbres que en él se usaban, basadas todas en el halago a la lascivia del señor y en la tristeza de unas mujeres que languidecían ante la vista lúbrica de los eunucos con quienes reencarnaban el mito de Tántalo.

Finada la conversación, levantóse mi padre y, rodeados de los eunucos, salimos del harem y regresamos a casa, donde recibí los parabienes de mis allegados por lo propicia que la fortuna se me mostraba al designarme como acompañante de la reina.

Desde aquel día, un maestro me inició en la literatura, y cada anochecho los dos nos enfrascábamos en los estudios de poetas, glosábamos las estancias que forjara su estro y recordábamos los hechos de nuestra historia.

Un día, cuando yo había olvidado a la reina, se recibió en casa un recado de ella, mandando que me llevaran a palacio al día siguiente. Hicimoslo así, y cuando llegué, la reina, sentada en un cojín, junto a la placidez de las plantas que esmaltaban el patio, se entretenía en hojear un libro. Al verme, cuajó una sonrisa en sus labios, ordenó que me acercara y estuvo preguntándome sobre mis estudios, y quedó maravillada al escuchar las poesías que yo mismo había compuesto.

Tomamos un refrigerio y luego, en la penumbra de su estancia, nos hizo la confidencia de su vida, ante la mirada indiferente del gran eunuco.

—Os contaré la historia de la pequeña Leila, que llegó a ser reina — nos dijo —: “Era hija de un poderoso señor, que la guardaba temeroso de que la fama de su belleza llegase a oídos del shah. Pero no pudo lograrlo, y un día vió cómo los esbirros se acercaban al caserío y, a pesar de su resistencia, el rapto de Leila se consumaba. El resto de la historia sólo lo conoce vuestro padre y un emisario del rey. La muchachita robada, yo, llegó a ser reina de Persia. ¡La reina!... Pero... ¡entre tantas reinas!... Todos estos palacios, todos estos jardines, toda la magnificencia de nuestra vida real, no pueden satisfacer a una muchacha como yo, cuya ambición era sólo ser esposa de un hombre elegido por su corazón”.

Esta confesión acabó de ganarme la voluntad, y desde entonces quedé adscrito al servicio de la reina, que encontró en mi compañía un lenitivo a sus pesares.

En el harem me enteré de que era odiada por las otras reinas, que se plañan del influjo que ejercía sobre el shah. Allí supe cómo vivían los centenares de mujeres que habitaban en el interior de los palacios que forman el harem y cómo, aunque hombre valeroso, el shah se acobardaba cuando había de enfrentarse con problemas concernientes a las mujeres.

El terror que las tenía, basado en una predicción que un adivino le hiciera, le obligó a establecer por todo el harem un enmarañado sistema de espionaje que vejaba a cuantos ponían en él sus plantas. Una atmósfera misteriosa se extendía por aquella ciudad, dentro de otra ciudad, con sus millares de eunucos, chambelanes, pajes, oficiales, guardianes, confidentes, astrólogos, hechiceros...

COMO TODAS

La joven Magdalena Bastie hubiera sido la más exquisita de las mujeres de su siglo sin la desdichada tendencia que tenía de engañar a sus pretendientes con otros hombres por un sí o por un no, y a veces ni por un sí ni por un no.

En el momento en que comienza este relato, su amante era un excelente joven llamado Juan Pusse (de la casa Juan Pusse y Desmeilleurs).

Un gran corazón de muchacho y, digamos de paso, un verdadero prestigio del comercio parisiense.

Además, amaba a Magdalena locamente.

La primera vez que Magdalena le engañó, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—Porque es muy guapo, respondió Magdalena.

—¡Bien, está bien! — murmuró por lo bajo Juan.

¡Oh poder del amor! ¡Oh fuerza de la voluntad!

Cuando Juan volvió al día siguiente a casa de Magdalena, Juan estaba transfigurado, y el propio Apolo de Belvedere al lado suyo era un guiñapo despreciable...

La segunda vez que Magdalena engañó a Juan, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con este hombre?

—Porque es rico — respondió Magdalena.

—¡Está bien! — gruñó Juan.

Y al día siguiente Juan inventó un procedimiento estupendo para, con una manipulación sencillísima, transformar el estiércol de caballo en terciopelo color malva.

Los norteamericanos se disputaban su marca a golpes de dólares y de águilas (el águila es una moneda de oro yanqui que vale veinte dólares).

Ahora precisamente el águila representa exactamente 1.104 francos.

La tercera vez que Magdalena engañó a Juan, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Porque es un hombre graciosísimo! — respondió Magdalena.

—Bien, está bien — suspiró Juan.

Y se encaminó resueltamente a la librería Ollendorf y compró A se tordre, el exquisito libro de nuestro simpático camarada Alfonso Allais.

Juan leyó, releó y volvió a leer este libro, verdaderamente único, y de tal modo se impregnó, se saturó de su gracia desopilante, que Magdalena se retorció de risa todas las noches oyendo a Juan.

La cuarta vez que Magdalena engañó a Juan, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Ah! ¿Qué por qué te he engañado?... ¡Porque sí!...

La mil ciento catorce vez que Magdalena engañó a Juan, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué me has engañado con ese hombre?

—¡Porque es un asesino! — respondió Magdalena.

—¡Bien, está bien — exclamó Juan.

Y Juan mató a Magdalena.

Próximamente por esta época, Magdalena perdió por completo la mala costumbre de engañar a Juan.

Alfonso ALLAIS

EL CORAZON SOBRE LA ROCA

¿Sabes, hermana mía, del corazón que gime?

Un girasol de carne que florece en la boca, y cae, deshojado del dolor que lo oprime sobre el alma del mundo como sobre una roca...

Flor de bien que se estrella por la sombra profunda y que infinitamente piadosa al desengaño, le pregunta al culpable con la voz gemebunda del corazón materno: Por Dios, ¿te has hecho daño?...

Y la roca enmudece con la preciosa ofrenda. Y el culpable se espanta con agria hipocresía. Y el corazón prolonga su clamor, de la senda, tal como alzando al cielo su perdón ¡todavía!

¡Ese es el mío, hermana! Todos lo ven ya trágico... todos lo ven deshecho como rosa de otoño. Pero nadie comprende su transformismo mágico bajo el sol que hace cruces en mi hacedor bisoño.

Emblema del misterio que se agranda en la vida; holocausto de un lirio postrado a la querella, nadie lo mira nunca con la noche encendida ni en la irisada tarde ni en la trémula estrella;

¡y nadie sabe nunca que su deshojamiento fija un alma de Dios, musical y desnuda, que ritmada en la eterna clave del firmamento va flechando los siglos desde la rosa muda!

Alberto G. OCAMPO

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —



Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

Y a medida que mis horas transcurrieran en el harem, me confirmaba en lo restadora que era aquella vida, donde la riqueza y el boato cubrían engañosamente los pesares de unas pobres mujeres a quienes la laxitud de su vida condenaba al suplicio de la añoranza constante”.

Uno que conocía el paño

“Hermanos míos, decía desde el púlpito un predicador, recordaréis que os prometí hablar esta noche acerca de los mayores mentirosos del mundo, y que os aconsejé viniésemos preparados leyendo de antemano el capítulo diez y siete del evangelio de San Marcos. Aquellos que lo hayan hecho que tengan la bondad de levantar la mano.” Todas las manos se elevaron como si fuesen una sola. “Muchas gracias, continuó el predicador. Como el evangelio de San Marcos sólo contiene diez y seis capítulos, veo que mi asunto no deja de tener actualidad”

En el restaurante

Hacia media hora que el cliente esperaba le sirvieran el pescado pedido. Por último, cansado de esperar, se encara con el camarero y le dice:

—“Oiga, camarero ¿puede usted decirme qué clase de cebo ha puesto usted en el anzuelo?”.

Una víctima

Un calavera de buena familia, pero que desde hace tiempo vive trampeando decía a un amigo:

—“Mira si será desgracia la mía, que me veo precisado a estafar como un ladrón para poder vivir como un caballero”.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Los paraguas manchados de barto se limpian engrasando primeramente el varillaje para que no se oxide, y lavando después las manchas con agua ligeramente jabonosa y un cepillo suave. Luego se aclara la tela con agua fría, por dentro y por fuera, y se pone a secar al sol. Tanto para el lavado como para el secado, hay que tener abierto el paraguas, el cual se queda como nuevo después de seco.

Jabón para disecadores. — Un jabón muy bueno para preparaciones taxidémicas se hace con las siguientes substancias: arsénico blanco, un kilo; jabón blanco, dos kilos; azúcar en polvo, 360 gramos; sal tartárica, 360 gramos; yeso en polvo, 180 gramos; alcanfor, 150 gramos. Se corta el jabón en pedazos pequeños, y echándolos en un puchero con agua, se van deshaciendo a fuego lento, revolviéndolos con un palito. Una vez deshecho el jabón, se añade el azúcar, el yeso y la sal tartárica. Se retira entonces del fuego y se añaden el arsénico y el alcanfor, mezclándolos muy bien. Este jabón arsenical debe guardarse en un frasco o puchero muy bien tapado.

Cuando se quieren preparar pieles de animales que hay que manejar con frecuencia, y se teme el uso del arsénico, puede emplearse esta otra receta: coloquinto, 125 partes en peso; áloe, 25 partes, y 1.500 partes de agua concentrada por cocción hasta la mitad de su volumen, y en la cual se echarán los otros dos ingredientes en caliente. Prepárense por otra parte 500 partes de jabón moreno y 250 partes de jabón blando, deshechas en agua a fuego lento hasta formar una pasta. Mézclese con la primera composición la segunda, y añádanse en caliente 125 partes de glicerina y 40 de aceite de colza. En esta mezcla se echan luego 50 partes de naftalina pulverizada, 35 de esencia de trementina y ocho de ácido carbólico.

Color negro para papel de luto. A una disolución de 500 partes de goma arábiga y 40 de bicromato de potasa, se agrega la cantidad de negro de marfil necesaria para obtener la tonalidad deseada.

Para que no se resquebraje esta mixtura, puede añadirsele un poco de glicerina.

Cemento fuerte. — En caseína bien lavada y limpia se echan 12 1/2 partes de aceite de linaza hervido y otro tanto de aceite de ricino. Todo ello se pone a la lumbre hasta que hierva, moviéndolo fuertemente, y se añade una pequeña cantidad de disolución acuosa saturada de alumbre. Se quita del fuego, y al cabo de un instante se verá subir a la superficie un líquido lechoso, el cual se decanta. Al residuo se añaden 120 partes de almíbar de azúcar cande y seis partes de dextrina.

Las sillas de cuero sucias y grisesas, se limpian perfectamente y toman muy buen aspecto frotándo-

las con un paño mojado en clara de huevo.

Igual procedimiento puede emplearse para la limpieza de maletas y baúles de cuero.

Tinta para máquinas de escribir. Se mezclan 120 gramos de aceite

curo: 1 parte de azufre, 1 de alumbre quemado, 1 de carbonato de cobre, 1 de goma laca en escamas y 4 de clorato de potasa. Azul claro: 1 parte de azufre, 2 de alumbre quemado, 4 de clorato de potasa y 1 de goma laca. Verde obscuro: 4

bre quemado, 1 de carbonato de potasa, 1 de azufre, 4 de clorato de potasa y 1 de goma laca. Blanco. 32 partes de nitrato de potasa, 1 de carbón vegetal, 4 de azufre y 4 de goma laca. Amarillo: 1 parte de azufre, 2 de carbonato seco de potasa, 5 de cloruro de potasa y 1 de goma laca. Amarillo: 1 parte de

El hombre que tenía que casarse...

Cuando apenas tenía doce años, convinieron mis padres en que debía casarme con Berta Martedot, y yo acogi esta resignación con indiferencia. ¡Estaba aún tan lejos para mí la época en que tendría que contraer matrimonio.

Pasaron muchos años, terminé mi carrera e hice mi servicio militar sin que volviese a acordarme del tal compromiso. Hasta que un día — dos años después de perder a mis padres — recibí una carta del Sr. Martedot, en la que, a más de recordarme el compromiso contraído, me estimulaba a cumplirlo lo más rápidamente posible.

¿Qué hubieran hecho ustedes en mi lugar? Pues, sencillamente, hacer lo que yo hice, o sea trasladarme a la capital de provincia en que vivía mi futura esposa.

Tal vez sea bonita — pensé —. Y si al fin y al cabo he de acabar casándome, más vale que sea con ésta, que tiene una buena dote.

En la estación me estaba aguardando el Sr. Martedot. Apenas me vió vino hacia mí y me llamó "hijo mío".

Era un hombre de aspecto severo, que encuadraba su rostro bajo una barba gris. Sus primeras palabras fueron:

Me agrada que seas hombre de palabra. Berta y tú estáis prometidos hace mucho tiempo, y no hay necesidad de prolongar más esta situación. He decidido, por consiguiente, que os caséis dentro de quince días.

Estas palabras me hicieron estremecer; pero cuando sentí verdadero espanto fué al presentarme a la que dentro de poco había de ser mi esposa. Era de una fealdad tan horrible, que pronto me di cuenta de que no sería capaz de casarme con Berta.

Me quedé a comer en su casa, y el almuerzo — en el que tuve que corresponder a las atenciones que los Martedot tuvieron conmigo — fué para mí un suplicio tan espantoso como el esfuerzo que tuve que hacer a los postres, cuando el padre de mi prometida brindó en estos términos:

— ¡Brindo por vuestra eterna felicidad! ¡Abrazaos!

Al retirarme a mis habitaciones empecé a pensar qué medio podría utilizar para salir decorosamente del compromiso horrible en que me encontraba. Y, aparte el suicidio, no se me ocurrió más que uno, que puse en práctica inmediatamente.

A media noche comencé a pedir socorro a grandes voces, fingiendo las convulsiones de un ataque nervioso, y echando por la boca gran cantidad de espuma, procedente de un trozo de jabón que tuve el cuidado de meter en mi boca.

— ¡Un médico! ¡Qué venga un médico! — grité.

Y apenas éste estuvo junto a la cabecera de mi lecho, le expliqué:

— Perdone usted, doctor, pero... todo esto no es más que una comedia. He venido con intención de casarme con la señorita Martedot, a quien no conocía personalmente. Y no me siento tan héroe como para hacerlo. Le ruego a usted haga creer al padre que estoy muy enfermo, y de este modo me habrá salvado del compromiso. Yo sabré recompensarle.

El médico permaneció un momento pensativo, y al fin me dijo:

— Bien; no tengo inconveniente.

Y saliendo de mi alcoba dijo al padre de mi prometida:

— Este muchacho es un epiléptico incurable.

— Entonces... ¿cree usted que no debo casarlo con mi hija?

— ¡De ningún modo!

Dos horas después salía de aquella casa completamente libre de mi compromiso.

Bien es verdad que como el médico tenía una hija muy linda, tuve que casarme con ella en señal de agradecimiento.

Roger REGIS

de ricino con 30 de ácido fénico y otros 30 de aceite de casia, y en todo ello se disuelven 30 gramos de violeta de etilo o de cualquier otro color del mismo género, pero de tonalidad diferente.

Luces de Bengala. — Azul obs-

curado: 1 parte de azufre, 1 de alumbre quemado, 1 de carbonato de cobre, 1 de goma laca en escamas y 4 de clorato de potasa. Azul claro: 1 parte de azufre, 2 de alumbre quemado, 4 de clorato de potasa y 1 de goma laca. El rojo claro se obtiene con la misma fórmula, pero empleando la mitad de nitrato y de estroncio. Violeta: 1 parte de alum-

Pimienta de Cayena soluble. — Se echan dos partes de pimienta en tres de alcohol y, transcurridos dos días se filtra la tintura resultante, se la agregan dos partes de sal común, y después de revolver todo bien en un mortero, se pone a evaporar a un calor moderado. La sal de Cayena que se obtiene después de la evaporación, se pasa, finalmente, por un támara de malla ancha.

Cementos de dentistas para obturar las cavidades de las muelas cariadas.

"Cemento de Teichtinger". — Los polvos se preparan mezclando 30 gramos de óxido de cinc puro con 10 de cristal finamente pulverizado; el líquido se obtiene disolviendo un gramo próximamente de borax en 50 gramos de cloruro de cinc a 1,5 de densidad. — **"Cemento de Villenois".** Polvos: 53 gramos de óxido de cinc y 16 de cristal finamente pulverizado. Líquido: 20 gramos de cloruro de cinc a 1,5 de densidad, 8 gramos de agua. — **"Cemento de Faithorne".** Polvos: 200 gramos de óxido de cinc, 8 de sílice, 4 de borax, y 5 de cristal porfidizado. Líquido: Solución saturada de cloruro de cinc. — **"Cemento de Hubner".** Polvos: 100 gramos de óxido de cinc, 20 de cristal, 2 de borax y 1 de ocre. Líquido: disolución a saturación de cinc, exento de hierro, en ácido clorhídrico puro y evaporación después de filtrado, hasta consistencia de jarabe.

Para emplear cualquiera de estos cementos se amasa el polvo con líquido bastante para hacer una pasta blanda, y se aplica en seguida, porque el endurecimiento es muy rápido, sobre todo si los polvos no contienen borax. Para que se sostenga bien el mastic hay que raspar bien la cavidad y quemar el nervio hasta la raíz, por lo cual no pueden emplear estos cementos más que los dentistas, pero los profanos pueden servirse de ellos para pegar mármoles, barro y porcelanas rotas, para unir junturas de ladrillo o piedra, etc.

Envolturas de neumáticos deterioradas. — Para reparar las averías en las envolturas de los neumáticos cuando no llegan a la tela, se compra una pequeña cantidad de caucho vulcanizado y se disuelve en gasolina a falta de sulfuro de carbono que da mejor resultado aunque es más peligroso por ser su naturaleza inflamable. Así tendremos un cemento al que se añadirán algunos gramos de caucho vulcanizado que podemos obtener raspando tan fino como sea posible, pedazos de caucho que no sirvan para otro uso.

"Las batallas de Coronel y de las islas Falkland" (Malvinas) — La casa Max Glucksmann dará a conocer próximamente la película de su programa extraordinario "Las batallas de Coronel y de las Islas Falkland" (Malvinas).

Se trata, como oportunamente se informó, de una grandiosa reconstrucción de los únicos encuentros decisivos en el mar durante la pasada guerra.

No es esta reconstrucción una de las tantas fantasías inspiradas en la conflagración mundial. En la realización de "Las batallas de Coronel y de las Islas Falkland" (Malvinas) ha colaborado directamente el Almirantazgo Británico, poniendo a disposición de los realizadores desde pequeños barcos auxiliares hasta poderosos dreadnoughts, oficiales de marina de alta graduación, marinería, tropas de desembarco, los grandes apostaderos navales del imperio, etc.

Esto se comprueba con los siguientes detalles. Las unidades de la marina de guerra británica que toman parte en la acción son: el *Barham*, el *Malaya*, *Cardiff*, *Concord*, *Conquist*, *Coventry* y *Cores*.

La dirección naval técnica del monumental film ha estado a cargo del Almirantazgo con la ayuda de la Liga Naval. La dirección general contó con la colaboración de un Consejo del que forma parte los comandantes Carlos B. Cochran y Percy Nash. La dirección cinematográfica la desempeñó Walter Summers "metteur en scene" insuperable en producciones de este género.

Como se recordará el primer encuentro de las escuadras británica y alemana se produjo en Coronel, cerca de la costa chilena. Los británicos perdieron el *Good Hope* y el *Monmouth*. El Almirantazgo Británico a raíz de esta derrota envió, sigilosamente, a los mares del sud a los acorazados *Invincible* e *Inflexible*. El 8 de diciembre de 1914 la escuadra de Von Spee, vencedora en Coronel se vió sorprendida en las islas Malvinas y derrotada, hundiéndose toda, excepto el *Dresden*. La forma en que está realizado este film es, no solamente grandiosa por la vastedad del escenario marino, sino por la intensidad del drama que se desarrolla en la lucha.

Prueba de la imparcialidad y respeto con que está hecho este film es de que se ha pasado simultáneamente en Inglaterra y Alemania.

"El nido del gavilán". — Un reparto extraordinario tiene esta película que acaba de estrenar Glucksmann: Milton Sills, Montagu, Love, Mitchell Lewis, Doris Kenyon y el actor chino Sojin.

Notas cinematográficas

Son todos hombres populares de grandes prestigios y que constituyen una garantía de éxito. El asunto es de un interés melodramático emocionante que se desarrolla en el famoso barrio chino de Nueva York, con sus misterios, sus ritos exóticos y personajes siniestros.

Dan (Montagú Love), sujeto de la peor calaña, es propietario de un café-concert donde se reúne gente de siniestra catadura y que atrae a los turistas deseosos de aventuras, como los de los bajos fondos de París. Hay otro café conocido

No obstante ello, Kent es condenado a muerte. El Gavilán, en vista de que no puede con sus palabras sinceras salvar a su amigo, disfrazándose convenientemente y tomando el nombre de Finchley se introduce entre los de la banda de Dan y gana la confianza de la bailarina Madelon (Dosi Kenyon). Esta sabe la verdad de lo ocurrido pero por temor no quiere declarar.

Imposible seguir en todos sus detalles los episodios que se suceden a partir de aquí, pues el "consejo" de Chinatown resuelve que si Kent

le pide que pare el auto y que le permita volver a pie a su casa.

Cuando Mary pasa junto a un charco, el automóvil de Charles (Harrison Ford) agente de seguros, la pone de barro a la miseria.

Charles le propone a Mary que suba a su coche y que detrás de las cortinas se quite el vestido para que él se lo limpie y lo ponga a secar.

Pero, he aquí que inesperadamente llega al lugar Marion (Vera Reynolds) novia de Charles. La situación complicate cuando Marion insiste en que Charles la lleve a la ciudad con su auto.

Marion se entera al fin de que está en el coche una mujer en ropas menores. Mary, vistiendo overalls que obtiene en un garaje, huye.

Mas tarde, Mary y su amiga Ethel (Kathleen Key) cuyo marido es también un "chiflado" por el golf, resuelven ir en busca de distracciones en vista de lo poco que la atienden sus respectivos conyuges.

Concurren ambas señoras a un famoso café de Hollywood y allí encuentran a Billy (John Patrick) joven rico y "clubman" que les propone un viaje en aeroplano hasta Tía Juana, en la frontera con México.

Irán con ellos un amigo de Billy. Aceptan ellas y Mary queda pasmada cuando se entera de que el otro compañero de aventura es Charles, el joven aquel del episodio del charco.

Charles, por su parte, que ha asegurado al marido de Mary y al de Ethel contra posibles disertaciones se encuentra con que está conspirando contra sus propios intereses.

Apenas emprenden el vuelo se aperciben que los maridos persiguen a sus esposas en un auto, y en otro Marion a su novio.

Todos se encuentran luego en un hotel de Tía Juana, y aquí, después de una serie de incidencias cómicas, las cosas vuelven a su quicio.

Las películas en colores *Tiffany* han sido bien recibidas. — Las películas en colores, de corto metraje, marca Tiffany, que acaba de lanzar al mercado la Corporación Argentina Americana de Films, han sido bien recibidas por los señores exhibidores, como hemos podido comprobar diversos elogios que ellos nos han hecho al respecto.

La Corporación Argentina Americana de Films piensa recibir una serie de 24 películas anuales, de esta clase, las que irá estrenando a razón de dos películas mensuales, más o menos.

ELOGIO DE LA AMADA

Amada, tú eres frágil como un lirio lunado
y tu alma es un claro diamante de Golconda.
Tú eres leve, pequeña, toda pálida y blonda,
pero en el ritmo lento de tu andar ondulado
tienes toda la gracia de la hembra española,
el desmayo de un tango y el vaivén de la ola.
Tú eres bella por blanca, por pequeña, por leve
y también por risueña; pues cuando tú sonríes
tus labios se dirían dos arcos de rubies
en torno a la corola de alguna flor de nieve.
Y así, mujer o lirio que perfumó mi fronda,
en la pupila llevas lo azul de una mañana
y tu melena rubia como la mies lozana
te agrega un raro encanto de muñequita blonda.

Adolfo QUEVEDO

por "El nido del gavilán" que es rival de aquel, pero cuyo propietario, apodado "El Gavilán" (Milton Sills) permanece en el más impenetrable misterio.

Dan trata de adquirir el café de "El Gavilán" que lo perjudica, pero como no lo consigue, trata, secundado por los de su pandilla de hacerlo desaparecer. En una batallita que en el café de "El Gavilán" provoca la gente de Dan, cae muerto uno de éstos y se acusa a Kent "manager" del café de "El Gavilán" como al homicida.

El Gavilán aparece ahora para salvar a Kent. Es un hombre con la cara desfigurada.

Cuenta como conoció a Kent en la guerra, cómo éste le salvó la vida cuando lo hirieron, cómo rechazado en todos los antiguos círculos de sus actividades por su horrible desfiguración resolvió con la colaboración de Kent establecer ese café para atraer a los turistas.

no se salva Dan debe pagar con su vida la de aquél. Se entabla una terrible batalla, hasta que Kent, que ya va a ser ejecutado, se salva, y entre Madelon y El Gavilán se inicia un idilio.

"Esposas víctimas del golf". — Divertida comedia que tiene de protagonista a la joven y simpática pareja formada por Vera Reynolds y Harrison Ford y cuyo argumento trata de las aventuras graciosas que le suceden a una esposa cuyo marido, maniático del golf, deja que ella se aburra soberanamente.

Hollywood, la localidad de Tía Juana en la frontera mejicana, con su famoso hipódromo, links de golf, un accidentado viaje en aeroplano son detalles del film que contribuyen a hacerlo más atrayente.

Mary (Sally Rand) aburrida porque su esposo no tiene más preocupación que ir a los links de golf,

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1890

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . \$ 2.50	Trimestre . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . 5.00	Semestre . . 6.00	Semestre . . oro 4.00
Año 9.00	Año 11.00	Año oro 8.00
N.º suelto . . 0.20	N.º suelto . . 0.25	
N.º atrasado . 0.40	N.º atrasado . 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12 —	3.70
Tapas sueltas	" " " 8. —	3. —
" " " grande	" " " 9. —	2. —
" " " chico	" " " 6. —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 1 — CHARADA

Primera: Virtud.
Segunda y tercera: Mineral, apellido de un ex presidente.
Tercera y segunda: Vehículo.
Tercera y primera: Vegetal muy conocido en América.
Todo: Máquina de locomoción.

N.º 4 — COMPRIMIDO

TT

N.º 6 — CHARADA

Muy prima y dos era un jaco
prima tres que yo tenía
y tanto me fastidió
que le apliqué cierto día
un todo y ¡horror!.. voló.

N.º 9 — FRASE CRIOLLA

FRASE CRIOLLA



N.º 2 — FRASE HECHA



N.º 3 — ADIVINANZA

¿Qué dos nombres de mujer se componen de nueve letras distintas?

N.º 5 — JEROGLIFICO



N.º 7 — COMPRIMIDO

DOR

N.º 8 — JEROGLIFICO



COLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 43—Bacalao.
„ 44—Edificio.
„ 45—Lavalle.
„ 46—Antecristo.
„ 47—Alameda.
„ 48—Dos grados bajo cero.
„ 49—Para capear un temporal.
„ 50—Sonsonete.
„ 51—Convite.
„ 52—Triste despedida.
„ 53—¿Qué chico más alto!

Todos los pueblos en todos los tiempos han empleado materias a las cuales se atribuyen poderes especiales para preservar del peligro y atraer la buena suerte. Los amuletos que gozan de mayor favor entre la gente supersticiosa son los siguientes:

El muérdago, colocado en la habitación o llevado en forma de alhaja, trae fortuna durante todo el año y debe renovarse para Navidad. Es una planta parasitaria, que crece en el tronco y entre las ramas de otros árboles y a sus expensas.

Parece que el origen de esta relación entre Navidad y el muérdago data de la época de los antiguos druidas celtas.

Entre éstos el roble era un árbol sagrado, y, por consecuencia del culto que le rendían, adoraban las plantas próximas a él.

Instituyeron el último día del año como festividad destinada a la recolección del muérdago. En este día se hacían regalos entre ellos y favorecían a los pobres con dádivas, más o menos, generosas, según los medios de cada uno.

En francés "muérdago" se dice "gui". Los pobres pedían su limosna ese día, al grito de: "Au gui de l'an", que quiere decir: "¡Por el

Los amuletos más generalizados y su significado respectivo.

muérdago del año!" De la frase "au gui de l'an" procede nuestro vocablo "aguinaldo".

En Inglaterra y en los Estados Unidos, durante las comilonas de Navidad, los jóvenes cuelgan una rama de muérdago en el dintel de una puerta, o en una araña, y debajo de ella les está permitido besarse en las mejillas. Las niñas no tienen derecho a rehusar lo que el hábito ha impuesto como manifestación cordial en esa ocasión.

También el acebo es una planta "porte-bonheur", que asegura una perfecta salud. Quizá se deduzca esa virtud de su condición de permanecer siempre verde.

En las ramas del acebo existen numerosos pequeños racimos, alojados en las axilas de las hojas.

Estas yemas son como promesas de las bayas próximas, pero muchas están condenadas a muerte, pues deben servir de alimento a ciertas pequeñas orugas que, con el tiempo, se transforman en hermosas mariposas.

Pero no sólo a ellas da el acebo hospitalidad: también cobija a la llamada "mosca del acebo", que mi-

de no más de una décima de pulgada de largo.

Es de color negro, con probóscide blanca. Pone sus huevos en junio, eligiendo para ello el nervio medio de la hoja. Al nacer, la larva busca alimento en los mismos jugos del nervio y allí permanece por espacio de cuatro meses. Cuando, en noviembre, su "stock" alimenticio se ha agotado, la larva busca cobijo entre los tejidos de la hoja y devora las células verdes, abriendo largas galerías y produciendo ciertas ampollas, las cuales, al romperse con un alfiler, dejan al descubierto una o dos larvas de un color blanco amarillento y cabeza y cola negras.

Si se rompen esas ampollas en abril o en mayo, encontraremos, en vez de larvas, unos capullos aplastados, es decir, las crisálidas.

El trébol tiene muchos adeptos, especialmente cuando presenta cuatro hojas. Entonces se le considera indicado para atraer suerte en los negocios y procurar fortuna.

La retama es el emblema de la juventud y de la salud. Su color recuerda al oro y llama a "futuras riquezas".

Tales son los amuletos vegetales que pudiéramos llamar universales.

La fauna suministra también algunos amuletos interesantes:

La "vaquita de San Antonio" figura en gran cantidad de joyas como símbolo de felicidad perfecta para quienes la lleven. Según la leyenda es preservativo contra los accidentes.

El "gato negro" es animal precioso entre los supersticiosos, a los que proporciona salud y riqueza.

El "chanchito", representado en un dije, asegura amistad, fidelidad, abundancia y fortuna en el juego.

La "piel de serpiente", puesta en medallón evita los accidentes de camino y asegura el éxito en las empresas.

La "cola de lagarto" acondicionada en un marco o simplemente puesta en la cartera, significa buena salud y abundante riqueza.

El "elefante" blanco se considera como panacea universal contra todas las calamidades y manantial de suerte inagotable.

El "escarabajo", insecto sagrado de los egipcios, se representa en dije como prototipo de la dicha y elemento el máspreciado para que los que lo lucen gocen de una felicidad inagotable.

PAPEL Y TINTA

"Ideario nuclear", por Núcleo Diógenes. — Librería "El Ate-neo", 1928.

He aquí un libro escrito en colaboración. Nueve escritores y artistas platenses, bajo la denominación común de "Núcleo Diógenes", acaban de abocarse la ardua tarea de darse a conocer por medio de este ideario, en el cual tratan infinitas de temas de gran trascendencia espiritual. Es tan amplio el campo de acción que han abordado, en este primer volumen, que nada ha escapado a su órbita sin ser estudiado, corregido, o dado una pauta para mejor comprensión de sus semejantes, sobre éste o aquel tema tratado con amplitud de criterio.

El "Núcleo Diógenes", es una escuela de mutuo mejoramiento en el sentido esencial, que confiere a cada Nuclear una conciencia múltiple en renovación constante. "Es la concreción de fuerzas y corrientes espirituales latentes en nuestra época". Definido su carácter, sigamos ocupándonos del libro.

En el "Ideario nuclear", se ocupan de asuntos religiosos, filósofos, morales, jurídicos, económicos, estéticos, etc., que son expuestos en capítulos separados.

En su segunda parte, bajo el acápito de "Revisión de valores", (ligeras apuntaciones críticas, sobre autores argentinos), se formulan diversas apreciaciones — que a veces disintimos con sus autores — sobre los valores literarios más significativos de nuestro país, agrupados en pensadores, novelistas, poetas, etc.

Con esta primera obra, queda demostrado, que al "Núcleo Diógenes" le guían propósitos altamente dignos de aplausos, y que es necesario fomentarlos; pues estas manifestaciones del espíritu, cuando es desapasionado, siempre son beneficiosas.

Bienvenido sea, y en buena hora, estos heraldos del "Núcleo Diógenes".

"Sobre casi todo" y "Sobre casi nada", por Julio Camba. — Editorial "Espasa - Calpe".

Julio Camba, con estos dos libros, por demás interesantes, volverá de nuevo a atraer sobre sí las múltiples simpatías, de que goza este humorista español, allende y aquende los mares. Pues este escritor, es sin disputa uno de los escritores favoritos del público; sus obras, siempre sorprenden y nunca desagradan. El lector, no bien lee alguna de sus prosas amenísimas, queda en seguida encantado con la sonrisa que despierta su humorismo contagioso.

Por todo ello, repetimos, "Sobre casi todo" y "Sobre casi nada", serán libros rápidamente leídos y gustados por todos los lectores deseosos de amenizar la gris existencia de cada día.

Estos dos nuevos libros, vienen a confirmar la reputación de que gozaba este autor, después de la publicación de "La rana viajera" y "Aventuras de una peseta", publicados años ha.

"Senda de Amor", por Fernando Lizarralde. — Librería "La Facultad", de J. Roldán y Cía. 1928.

El poeta Lizarralde, con "Senda de Amor", se inicia en las lides literarias en inmejorables condiciones: domina su medio de expresión, no le faltan cultura, buen gusto, y posee, como corolario de todas estas buenas cualidades, un entusiasmo y tesón para el trabajo de la pluma, que son ya en él una virtud que los distingue cabalmente.

A pesar de ser éste, su primer libro de versos, se nota en el joven autor excelentes aciertos, que, no dudamos, se ha de superar aún más, hasta darnos en próximos libros el fruto acabado de sus estudios y experiencias. Decimos esto, porque "Senda Amor", contiene composiciones felicísimas, y originales, por lo que se refiere al concepto de la misma; cuando no, a veces, por el giro dado al tema escogido.

Así, por ejemplo, participa de aquel concepto, la poesía titulada "Los divinos pintores", y al segundo enunciado, "Afrodita de Milo".

También son dignas de citarse, las poesías "Emoción", "Senda de Amor", y los sonetos "Amor filial", "Desengaño", "Meditación inútil" y muchos otros, como "Desolación Amorosa" que tuvo su elocuente comentario, en el poeta, también platense, doctor Enrique El. Rivarola, con la composición "A un poeta desolado".

En suma, "Senda de Amor", de Fernando Lizarralde, es un libro bueno, que se lee con interés y de un solo tirón.

José MAURICIO PEIXOTO

"Nosotros"

Acaba de aparecer el número correspondiente al mes de junio de esta importante publicación mensual, con un material escogido subscrito por reputados hombres de letras.

De entre las colaboraciones que integran su extenso sumario, merecen citarse los siguientes trabajos:

"Pierre Mac Orlan", por Manuel Gahisto; "Tregua" (poemas), M. López Palmero; "Valor de Galdós", por Federico de Onís; "España y Cataluña", por F. Cambó; "Poesías", por Jorge Obligado; "Notas políticas", por C. Villalobos Domínguez; y "Notas y comentarios".

Biblioteca "Almafuerte".

La Biblioteca "Almafuerte" de Guaymallén, Mendoza, solicita a los intelectuales extranjeros y del país, el envío de libros para enriquecer sus medios de divulgación cultural y artística. Los que quisieren cooperar en esta obra podrán enviar sus volúmenes a la citada Biblioteca.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PABAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Batio

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 16 a 19 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

BOY SCOUTS ARGENTINOS

Concurso para maestros de primera enseñanza

El directorio de esta entidad a moción del profesor don José J. Berrutti, ha resuelto realizar un certamen entre los maestros de enseñanza primaria del país.

En consecuencia nos pide invitemos a dichos maestros a escribir una monografía sobre la "IMPORTANCIA DEL SCOUTISMO" y los "MEDIOS PRACTICOS PARA SU MAYOR DIFUSION ENTRE NOSOTROS".

Para este concurso se instituyen dos premios:

PRIMER PREMIO: 50 argentinos y medalla de oro;
SEGUNDO PREMIO: 25 argentinos y medalla de plata.

El directorio designará oportunamente los miembros del jurado que ha de estudiar estos trabajos; su fallo será inapelable. El jurado queda facultado para declarar desierto el concurso si a su juicio ningún trabajo llena el propósito del certamen.

Para optar a los premios los trabajos deberán remitirse por triplicado, impresos o escritos a máquina, a la secretaria de la institución Paraguay 2285, Capital Federal, antes del 20 de agosto del corriente año. Los trabajos deberán ser inéditos.

Los premios serán entregados en acto público el 11 de setiembre próximo, día del maestro.

Los trabajos premiados y los que a juicio del jurado merecieran este honor, serán publicados por el directorio, en la forma que estime más conveniente para su mayor difusión.

Con este motivo ha solicitado la cooperación del H. Consejo Nacional de Educación a fin de difundir en todas las escuelas de la República las bases del concurso.

ESTRENOSE "LA COMEDIA DE LA FELICIDAD"

El ansia de renovar las fórmulas teatrales se acentúa sensiblemente en la actividad escénica universal. Quisás el género teatral sea el más propicio para alentar las inquietudes de originalidad que agitan a tantos espíritus, y parece innegable que se han dado muchas pruebas de la posibilidad de encontrar nuevos procedimientos, sin menoscabar el sentido artístico ni atentar contra la belleza.

Nicolás Evreinoff, autor ruso, se nos presenta con "La comedia de la felicidad", recientemente estrenada por la Compañía Rivera-De Rosas-Franco, como un buen representante de los nuevos cuños teatrales. Su obra tiene un claro sentido artístico y, también, resulta en cierto modo una enseñanza. El protagonista, doctor Frégoli, hombre adinerado, es de esos tipos de filántropo que busca los goces morales de los semejantes, convencido de que sólo saciando anhelos íntimos logra el ser humano la felicidad. Y es la felicidad lo que él procura, mediante un ingenioso recurso cual es el de que los desdichados sientan la emoción de sentirse felices. Al contrario de lo que a veces sucede en la vida que gente desventurada finge ser feliz, él la hace jugar en una comedia el papel de dichosa de verdad, resultando así que la ficción toma contornos de realidad. He aquí su filantropía. Cada uno de sus personajes siente en la ficción escénica lo que no ha podido sentir en la realidad de la vida. Esta piadosa mentira está tan bellamente compuesta, que los partícipes de la farsa son felices. Y el doctor Frégoli ha conseguido lo que se proponía. La alegría de vivir ha desalojado los fantasmas de la tristeza y todo sale a maravilla. Hasta el mismo final, la caída del telón sobre el baile de máscaras, deja la sensación de que, si bien la comedia ha terminado, seguirá en la vida la felicidad irradiando sobre aquellos personajes desdichados que no la conocieron sino bajo la mentira convencional creada por el Dr. Frégoli.

Una bella sensación de arte, de ingenio y de grandeza espiritual produce esta obra, que el público aplaudió largamente. De Rosas actuó con brillo, desdoblando su personaje en cinco aspectos, y a su lado las actrices Rivera, Franco y demás intérpretes se desempeñaron con mucha eficacia, siendo muy celebrados por la sala, que premió la labor inteligente del discretísimo conjunto.

"SILLAS DE PREFERENCIA", en el NUEVO

Que un muchacho se dedique al boxeo, no tiene nada de particular. Tampoco lo tiene que llegue a ostentar el título de campeón, puesto que alguno lo tiene que ser. En este orden de ideas, no puede constituir nada extraordinario, que ese muchacho se enamore de la hermana de un amigo, pues es cosa que la estamos viendo todos los días y nada más indicado que la coincidencia de los dos amigos en el sudoroso deporte, pues la amistad nace casi siempre de la camaradería, como nacen, ¡ay! el suspiro del dolor, la luz de la dulce aurora y la potranquilla retonzona de la yegua que le dió el ser. Hasta ahora

TEATROS

no hemos salido del terreno de la más absoluta vulgaridad y nos mantendremos dentro de él si suponemos que el hermano de la novia del campeón se opone a que prosperen esas relaciones porque el pérfido del campeón hace vida marital con una mujer. Como es lógico, los dos amigos se convierten en enemigos y los camaradas en rivales, por lo que a nadie asombrará que pueda llegar un momento en que se encuentren frente a frente disputándose el campeonato. Todos los boxeadores saben como entran a un match, pero no saben como van a salir y es, sin duda, por esta curiosa circunstancia que el aspirante al campeonato no puede prever que dé un sopapo le van a dejar ciego. De no ser una fiera feroz, el biabista tiene que compadecerse de la víctima y los boxeadores no serán hermanas de la caridad por lo sensibles, pero también tienen su corazoncito. Entonces, nada más lógico que una gestión de arreglo, un perdón y el casamiento que constituye el final obligado de estas odiseas.

Pues bien, todas estas cosas sencillas y vulgares forman el argumento de la pieza del epígrafe, estrenada por Casaux y de la que es autor Florencio B. Chiarello. Y no tenemos nada que decir después de esto, pues los personajes actúan y hablan en la misma forma en que ocurre la serie de sucesos relatados.

De agregar algo, sería que Casaux desempeñó su papel con el talento que pone siempre en su labor artística y que le secundaron con acierto Carmen Jiménez, Josefina Muñoz, Enrique Serrano, Domingo Garriga, Oreste Soriani, Fagiolli y Palomero.

"EL SABADO A LA NOCHE" en el NACIONAL

Las crónicas de los estrenos de Vaccarezza son siempre la misma, cualquiera sea el que la escribe o la obra que la motiva. Todos los sainetes de este autor parecen iguales y hasta se diría que los personajes no varían, pero sea o no así, lo cierto es que después de reprochar a Vaccarezza que no cambie ni dignifique su producción, después de haber puesto reparos y de haber dicho que se trata de un sainete más que nada agrega al repertorio conocido, el cronista imparcial tiene que añadir que el público recibió con estruendosos aplausos la nueva producción.

En el mismo caso nos encontramos frente al estreno de "El sábado a la noche" y no hay más remedio que repetir la consabida fórmula de que Vaccarezza se copia a sí mismo, pero terminando igualmente con la constancia de que el público también se repitió prodigando sus aplausos entusiastas al autor.

Dieron vida a los personajes de esta obra, las actrices Catá y Lagos y los actores Ciccarelli, Arrieta, Mutarelli y Bustos, Felisa San Martín cantó bien para las primeras filas de la platea, un agradable tanto.

"SE NECESITA UN EMBAJADOR" en el SMART

Inspirados en un cuento del escritor italiano Lucio D'Ambra, genealogía confesada noblemente por

los autores, han escrito Eliseo Gutiérrez y Manuel Sofovich una pieza que hizo reír mucho al público del Smart. En ella se explotan los equívocos y líos a que da margen en una casa la presencia de dos personas que pasan por un alto personaje, pero en circunstancias que hacen aparecer como falso al que en realidad es el verdadero y viceversa. Ciertamente que estos conflictos tienen pocas variantes, pero se prestan para componer obras amenas y ligeras que siempre tienen adeptos y eso basta.

En "Se necesita un embajador" están bien aprovechadas las situaciones y bien conducido el enredo para que divierta y no fatigue.

Héroe de la jornada, no habría que decirlo, es Marcelo Ruggero que con su comicidad inagotable saca partido de todo para hacer reír al auditorio. Le acompañaron en buena forma Lea Conti, Totó Billy, Juan Bono y Mario Fernández.

"PARA TODOS LOS GUSTOS"

La compañía Menicchelli-Migliari-Pescatori posee un repertorio que satisface las más opuestas exigencias. La comedia fina, el vodevil y la humorada picaresca, tienen brillante representación en el Politeama y para muestra citaremos los dos últimos éxitos: "Scompartimento per signore sole" e "I due signori della signora".

UNA CUADRA AFORTUNADA

La de Rivadavia, entre Uruguay y Paraná. Es la cuadra del Liceo o "La cuadra de casa" como dice Mertens en la pieza últimamente reprisada con mucho aplauso por Pierina y Zárate. Esta producción es la que con el título de "Gente bien", del mismo autor se estrenó hace años con éxito.

POR LO DE ARATA

Los del Cómic tienen dos buenos filones con "El escándalo del día" que confirmó en sucesivas representaciones la buena impresión del estreno y la reposición de "Nialtri zeneixi siammo cosci" que estrenó el mismo Arata en el Liceo hace años, en su versión original de tres actos.

LA OLONA

El elenco español que encabeza la interesante actriz Sra. Concepción Olona, continúa actuando con el favor del público, que acude en buena cantidad al Marconi. En los diez días que faltan para finiquitar la temporada, ofrecerá nuevas obras de interés.

Para el 18 se anuncia la presentación de un elenco lírico, que será dirigido por maestro Emilio Cappizzano.

"YO SOY TU PADRE", en el MAYO

Una aceptable comedia ha puesto en escena la compañía Díaz-Perdiguero, dando entrada en su repertorio a los autores nacionales Eduardo Beccar y Carlos Romeu. La fábula elegida para desenvolver la pieza gira en torno de un vagabundo que abandonó a su familia y está dispuesto a reincorporarse a ella, trocando su vida soli-

taría y andariego en un apoyo para los suyos. Iniciada con características de comedia de enredo, la pieza vira hacia la comedia cómico-sentimental, lo cual favorece y eleva la parte artística que debe ponerse en toda producción teatral. El desenlace favorable, después de numerosas incidencias, pone una nota amable, en el remate del proceso escénico, bastante bien desenvuelto.

El actor Perdiguero, principalmente, por el papel a su cargo, estuvo muy eficaz, lo que no nos priva de subrayar la labor de los demás intérpretes.

GOMEZ ESTRENO

La compañía de José Gómez, que actúa en el Ateneo, dió a conocer por segunda vez en su temporada una novedad de autor nacional. Nos referimos a "Mi hogar es éste", comedia en tres actos de Jorge Dowton, que comentaremos extensamente en nuestro próximo número, no sin adelantar que gustó al público.

SIGUE PARRA...

...haciendo estallar el cohete en sus dominios de Villa Bonete, pieza cómica que va resultando la más afortunada de la temporada del popular bufo, rey de la risa porteña.

MUIÑO

La temporada del Buenos Aires es la más afortunada del año, entre las de género chico. Baste saber que el sainete de Vaccarezza, "El cabo Rivero", hace cuatro meses que brilla en el cartel, sin miras de apagarse. Ahora lo acompaña "Trigo guacho", la obra de Pico que tanto gusta y reúne valores realmente no comunes en la producción del teatro por horas.

Primer estreno será "El casamiento de Bulfarini", de Martine-lli Massa y Aguilar.

GRAN SPLENDID

La magnífica sala de la calle Santa Fe, que con tanto acierto administra el Sr. Carbone, continúa desenvolviendo con éxito su temporada, que se caracteriza por la afluencia cada vez mayor de familias calificadas de nuestra sociedad. En esta semana el cartel ofrecerá las mejores cintas del momento.

CAPITOL

Se ha estrenado en exclusiva en este cine la película "Alas", de argumento relacionado con la aviación y sus héroes. Es una producción bien realizada, con escenas emocionantes que llegan a conmovir por su veracidad. Gustó mucho al público.

GLORIA

La sala a cuyo frente está don Marcos Sánchez es el lugar de esparcimiento de los que pasean por la avenida de Mayo. Sus programas incluyen diariamente bonitas películas que el público celebra.

PARC

La sala de mayor prestigio de Palermo atrae a sus funciones numerosas familias del barrio, que se muestran satisfechas de los interesantes cintas que forman los carteles cotidianos.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Blusa recta, para deportes, ejecutada en crespón de China color verde jade, adornado con bordado de varios tonos y aplicación de satén negro. Falda de raso verde. — También se puede confeccionar dicha blusa con crespón tono marfil, empleando los mismos bordados que los del modelo y conservando igualmente la falda de raso verde. — 2 — Vestido para deportes compuesto de una blusa recta de crespón de China negro, con cinturón de cuero barnizado, color negro; falda y pañuelo de tamaño grande, de crespón de China estampado negro, anudado al cuello. — 3 — Paletó de raso color rojo cereza, orlado con galón encerado negro. — Falda de jersey de seda gris con rayas cereza. Echarpe guarnecida con la misma tela.

HESPERIDINA

BUEN APERITIVO

RICO LICOR



Una Copa de
Hesperidina
es una Copa de Salud

